



SALVAJES

Rubén Gozalo

Título: Salvajes
Autor: © Rubén Gozalo
Foto portada: © Maksym Dykha / Fotolia.com
Primera edición en libro electrónico: Febrero 2019
Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Índice

El cuerpo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

SEGUNDA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

El cuerpo

A pesar de que son más de las dos de la madrugada, repara en las luces que brillan a lo lejos. Circula durante medio kilómetro más y finalmente detiene el vehículo junto al arcén. Un gesto de fastidio se vislumbra en su rostro. Después, apaga la colilla en el cenicero, se pone el chaleco reflectante y busca la linterna en la guantera. Cuando la encuentra, la enciende y se apea del vehículo.

Afuera hace frío. Y la noche le resulta oscura y traicionera. Una brisa, procedente de la sierra, sacude las ramas de los árboles que se hacinan junto a la cuneta de la carretera comarcal y le eriza el vello de los brazos.

«Quizá debí haber traído la chaqueta», piensa el inspector Ramírez mientras camina campo a través.

Atraviesa una parcela sembrada de trigo y echa un vistazo a las luces que resplandecen en la oscuridad como si fueran un ejército de luciérnagas. La tierra aún está húmeda a causa del rocío y debe caminar con cuidado si no quiere hundirse entre los cerros. Tarda unos minutos en internarse en la espesura del bosque. Para entonces, los zapatos se le han llenado de barro. Entre los pinos, el viento sopla con más fuerza. Las hojas se estremecen y entonan una macabra melodía. Parecen chisporroteos, como cuando la carne a la parrilla arde con viveza en la lumbre.

Tras más de tres días sin dormir, había conseguido conciliar el sueño. Sin embargo, una llamada del comisario a última hora de la noche le había sacado de la cama.

—Es importante. Han encontrado algo —dijo en un tono que le inquietó.

De alguna forma, este caso está acabando con él. En tres semanas ha envejecido más que en los últimos diez años. O eso, al menos, es lo que le ha confesado su mujer poco antes de verle partir desde la ventana. Al parecer, el pelo del inspector ha adquirido una tonalidad plumiza, los pliegues de arrugas se han extendido por el semblante, las ojeras no se le despegan de los ojos y ha adelgazado más de tres kilos. La ropa le empieza a quedar grande.

Hasta el momento han asesinado a tres personas y los investigadores no tienen nada a lo que aferrarse. Ni una sola pista que los pueda llevar a la captura del asesino. Si algo sabe, es que se trata de un homicida muy particular. Es inteligente y, por la forma de proceder, bastante metódico. Hasta

ahora, no ha cometido ni un solo error. Y el comisario exige resultados. Quiere algo para calmar la ansiedad de la opinión pública. Los lobos acechan y desean sangre. Los periódicos no hablan de otra cosa. La gente tiene miedo.

Oye los ladridos en la distancia. Los perros se encuentran rastreando cada metro cuadrado del bosque. Antes de sortear el cordón policial, uno de los agentes que custodia el perímetro se cuadra ante él, arruga el semblante y le observa con preocupación.

—Esto pinta muy mal, señor.

Él asiente con la cabeza y le palmea el hombro. Luego alza su linterna, camina unos cuantos metros más y realiza un barrido. En el suelo descansa un cadáver. Lo han tapado con una sábana blanca. Junto al cuerpo distingue a dos técnicos de la oficina del forense. Marta, una rubia oxigenada con la que salió años atrás, está cubriendo con polvo la zona a la caza de huellas dactilares. Detrás de ella se encuentra Juan Carlos, el Siniestro, sacando fotos con su cámara. Le apodan así porque no se inmuta ante nada. Parece el Hombre de Hielo. Además, cuando hay sangre en abundancia o un cuerpo que presenta un estado deplorable, le envían a él para realizar el trabajo sucio. Y el Siniestro suele disfrutar cada minuto al máximo. Si dependiera de él, trabajaría gratis.

—Llegas tarde —dice con sorna.

—Lo sé. El coche me ha dejado tirado. A ver si de una vez por todas lo llevo al taller.

—Aquí... ya casi hemos terminado. Por cierto, ¿adivina qué es lo que el asesino le ha tatuado en el pecho?

Ramírez advierte en los ojos fríos y líquidos, la nariz menuda, el cabello encrespado como un nido de cigüeñas y la fibrosa constitución del ayudante del forense.

—Tres, cuatro, cinco, siete, nueve.

—¡Bingo! Deberías ir a uno de esos programas de la tele...

Desde hace más de quince días esa cifra le obsesiona. Aún no sabe lo que es, pero tiene la certeza de que no tardará en averiguarlo. Para el asesino ese número posee un significado especial. El equipo de investigación criminal está trabajando en ello. Se especula con la posibilidad de que pueda tratarse de un código.

Los jefes no están escatimando en horas extras. Han movilizado a todo el personal disponible.

—Es la tercera víctima en menos de veinte días —dice el inspector, inquieto.

—Pero si te fijas bien, esta presenta una pequeña particularidad.

—¿Cuál?

—¡Adelante! Compruébalo tú mismo —dice con sorna.

Los ojos de su subordinado le retan. El inspector se enfunda unos guantes de látex que le ha tendido el Siniestro. No quiere contaminar la escena del crimen. Enseguida se pone en cuclillas delante del cadáver para examinarlo.

—Yo que tú... no lo haría —le avisa Marta.

—¿Y eso?

Al levantar la sábana no puede evitar un estremecimiento. Un fuerte hormigueo se desliza por su columna vertebral. Las cuencas oculares se le agrandan. Las piernas le flaquean. Su rostro se encoge. La respiración se torna sibilante. De inmediato aparta la mirada.

—¡Joder! —farfulla asqueado.

Juan Carlos esboza una sonrisa.

—Te lo advertí —dice la técnico forense.

—¡Vaya puta carnicería!

—Esta vez nuestro asesino se ha ensañado con la víctima de forma cruel. Una cosa es matar y otra bien distinta... esto —masculla entre dientes.

Tiene ganas de vomitar. De echar el café y los dos pinchos que cenó la noche anterior. Se levanta con rapidez y se aleja unos metros para pensar y recobrar la compostura. No quiere que nadie le vea así. El juez de guardia llegará de un momento a otro para proceder al levantamiento. El ambiente le resulta malsano. Opresivo. Asfixiante. Siente que se ahoga, que se le obstruyen las vías respiratorias.

Extrae el inhalador del bolsillo, lo conduce a su boca y aprieta. Aspira sin pensarlo. Una. Dos. Tres. Cuatro veces. El albuterol se desliza por la garganta. Espera que el corticoide no tarde en hacerle efecto. Lo que menos necesita en estos instantes es que le dé un ataque de asma que le deje en evidencia delante de sus superiores.

Creía que lo había visto todo, pero esto... esto le sobrepasa. Escapa a su comprensión. En sus más de quince años en el cuerpo, jamás había presenciado nada semejante. Sí, muertos ha visto. Muchos a lo largo de su carrera policial. Sin embargo, este caso es diferente debido a la extrema crueldad.

Quizá tenga razón el comisario. El caso les viene grande. Tal vez deberían pedir ayuda al Grupo de Homicidios de la Policía Nacional de Madrid. Recurrir a alguien de la capital. Alguien nuevo, que aporte un enfoque

diferente al caso. El asesino los desafía constantemente. Necesitan con urgencia elaborar un exhaustivo perfil. Nunca antes se habían enfrentado a algo así. Si nadie lo remedia, en las próximas horas podría haber más víctimas. Se trata de una contrarreloj.

No tarda en regresar sobre sus pasos. Una película de sudor se desliza por su frente. La camisa se le adhiere al cuerpo como una segunda piel. Las hojas caídas crujen bajo sus zapatos. En las alturas, el aire agita las ramas. El Siniestro continúa con las fotos. Marta se halla recogiendo el equipo.

—¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto.

—Es esta maldita úlcera.

Su voz suena extraña. Ni siquiera la reconoce. La imagen del cuerpo le ha impactado. Por más que lo intenta, no puede apartarla de su mente.

—Pues deberías ir al médico...

—Eso mismo dice mi mujer... A propósito, ¿quién encontró el cadáver? —pregunta.

—Están ahí, por si quieres interrogarlos —dice Marta, señalando a una pareja de jóvenes que se hallan custodiados por un par de agentes de la Guardia Civil.

—¿Y qué hacían en el bosque a estas horas?

—¡Imagínatelo! —dice el Siniestro, con una sonrisa en los labios.

—El difunto debió de cortarles el rollo —añade Marta.

—Pues a mí algo así me pone... pero mucho.

—¡Joder, Juan Carlos, siempre estás igual! ¡Ya te salió la puta vena necrófila! Empiezo a estar harta de tus impertinencias.

—Solo era una broma, mujer. ¡No es para tanto!

—No tiene ninguna gracia.

El Siniestro deja la cámara en el suelo, se arrodilla, junta las palmas de las manos y agacha la cabeza como si estuviese rogando su perdón.

—Lo siento... no volverá a pasar.

—Deja de hacer el chorra...

El inspector observa con inquietud a sus compañeros. Repara en los ojos de Marta que deambulan inquietos de un lado a otro. El Siniestro se mofa de ella con su peculiar sentido del humor.

—¿Podríaís estimar la hora de la muerte?

—Unas seis horas —dice ella.

—¿Seis horas? O sea, que murió entre las siete y las ocho de la tarde.

—¡Ah, y lo más importante! No lo mataron aquí. Lo trasladaron. Apenas

hay sangre —dice deslizando las yemas de sus dedos por su cuero cabelludo.

—¿Habéis encontrado huellas?

Ella mueve la cabeza a derecha e izquierda.

—Hasta que no realicemos la autopsia —continúa— no podremos decirte nada más. Pero sí, a primera vista, el *modus operandi* corresponde al del Asesino Numérico. No hay duda. ¡Es obra suya!

Él asiente y centra su interés en la sábana. La vuelve a levantar. De inmediato, contrae el rostro. Nota un ligero temblor en la tripa. Trata de reprimir las arcadas. Se lleva la mano izquierda a la boca. Por su mente desfilan decenas de pensamientos. Cada cual más sobrecogedor.

«¿Qué clase de enfermo podría haber hecho algo así? Y sobre todo, ¿por qué? ¿Qué puede llevar a un hombre a cometer semejante atrocidad? ¿Por qué tanta crueldad?», se pregunta.

El recuerdo del difunto le acompañará toda la vida. Es una de esas imágenes que perduran en la memoria. Que se graban a fuego lento en la retina. Como cuando uno pilló a su abuela de noventa y siete años, desnuda en la sala de estar, jugando con un consolador.

De repente, a su espalda, escucha unos gritos. Al girarse, descubre una figura recortada en la penumbra avanzando a trompicones hacia él. El agente tarda unos segundos en llegar hasta su posición.

—Los perros, señor —dice jadeante.

—¿Cómo?

El pecho del agente no deja de subir y bajar.

—Los perros han encontrado la cabeza. Y lo más terrorífico... le han sacado los ojos.

—Eso es nuevo —matiza el Siniestro.

PRIMERA PARTE

Cuando Aitor Fernández despierta y abre los párpados se encuentra con la oscuridad. Enseguida se percata de que está atado a una silla, ligeramente encorvado, tiene una mordaza en la boca y apenas puede respirar. Desconoce dónde se encuentra, cuánto tiempo lleva y qué hace allí. Abre las mandíbulas todo lo que le dan de sí y grita angustiado. De su garganta brota un quejido ininteligible. Nadie en su sano juicio lo entendería. Sin embargo, su propósito es bien distinto. Que lo escuchen y avisen a la policía.

Al estirar el cuello, le arde la parte de atrás de la cabeza. Es un dolor fuerte. Intenso. Una descarga eléctrica, que va y viene cada poco. Está convencido de que le han golpeado con un objeto contundente. Por más que se esfuerza es incapaz de recordarlo. Por alguna extraña razón, le cuesta pensar con claridad. Siente como si la noche anterior hubiera estado de borrachera y hubiese bebido un mar de güisqui. Cree que le han suministrado algún tipo de droga para atontarlo.

Aitor tiene las piernas atadas y las manos encima del reposabrazos. Las cuerdas le oprimen la cintura y las muñecas y le cortan la circulación.

«No es tiempo para lamentaciones».

Sus neuronas se ponen a trabajar.

«Piensa, piensa. Debes hacer algo y deprisa... Necesitas salir de este agujero cuanto antes».

Casi de inmediato aflora su instinto de supervivencia. Ese que sale a relucir en las situaciones límite. El mismo que cada mañana le permite mantenerse con vida en la jungla en la que se ha convertido la ciudad desde hace un tiempo.

Cuando ha gritado no ha oído el eco de su voz. Por ello, deduce que se halla en un sitio de reducidas dimensiones. Tal vez en un sótano. En un zulo. O quizá en la bodega de una casa. Y el olor del lugar le repugna. Una mezcla a madera, tubería rota y humedad.

De pronto nota un hormigueo en el tobillo. Algo sube por su pierna. A la altura del muslo, el cosquilleo cesa. Ahoga un grito de terror al comprender que se trata de una rata. La tiene encima. Mueve los pies todo lo que le permiten las cuerdas. Pero el roedor no se inmuta. Continúa ahí, ovillado, como una madeja de lana. Sus patas se aferran a la tela del pantalón. Nota las

uñas del animal hundiéndose en la piel. Él pánico se adueña de él cuando comprende que el bicho está a menos de medio metro de su cara.

Le repugnan los roedores. Los detesta. Las ratas son focos de infección y enfermedades. Le viene a la memoria el hámster de Raquel, su hija pequeña. Simón había sido un regalo del abuelo. La niña se había encaprichado con el animal en cuanto lo vio en el escaparate de una tienda de mascotas. Simón no medía más de diez centímetros. Tenía el pelo blanco, motas marrones y unos dientes tan finos que recordaban a los alfileres. Casi siempre solía estar en la jaula. Bien dormido en el interior de una pequeña caseta o bien subido en una de las ruedas. Allí podía pasarse horas y horas corriendo y dando vueltas.

Raquel estaba encantada con su nuevo amigo. De vez en cuando, lo sacaba de la jaula y le daba pipas, cacahuetes, trozos de plátano o manzana. A menudo, Simón se escapaba. Aprovechaba cualquier descuido de su hija para ocultarse en los rincones más insospechados. Aitor solía encontrárselo encaramado a la estantería del salón, encima de la mesa de la tele, debajo de la cama y hasta oculto entre la ropa del armario. Con él, Simón se comportaba de forma hostil. Era como si su presencia lo incomodara, lo estresara. En cuanto lo veía, el roedor le enseñaba los dientes, se mostraba arisco y no permitía que lo cogiera. En más de una ocasión, le había intentado morder.

A su hija le advertía que no debía dejarlo suelto.

—¿Y qué quieres que haga, papi? —le preguntaba ella.

—Pues... no sacarlo de la jaula. Con eso sería más que suficiente.

—Pero si Simón es muy dócil.

—¿Llamas dócil a ese pequeño monstruo?

—Simón no es ningún monstruo.

—Ah, ¿no?

Cogió tirria al animal, harto de verlo merodear por todos los rincones de la casa. Conforme transcurrían las semanas, incrementaba su aversión. Detestaba aquellos ojos más negros que el alquitrán. Aquellos finos bigotes. Aquella cola estrecha y alargada que parecía la de una rata callejera surgida de las alcantarillas. Aquellos dientes diminutos que roían con fervor la madera. Aquel ruido que surgía de la jaula cuando el hámster se subía a la rueda y giraba y giraba sin parar, como si estuviera encaramado a la noria de una feria.

—¡Pequeño, cabrón! Siempre que me pongo a ver un partido de fútbol tienes que estar jodiendo, ¿no? —le decía cuando estaban a solas.

Una tarde, al regresar del trabajo, descubrió a Simón encima de la taza

del váter. El hámster se frotaba el hocico con las patas delanteras. Ni siquiera se lo pensó. Fue un acto reflejo. Como cuando notas que un mosquito se te ha posado en la cara. Con el dedo índice y el pulgar, agarró la cola del roedor y lo sostuvo en el aire durante unos segundos.

El animal se revolvió sobre sí mismo. Trató de encaramarse a los dedos de su captor. Agitó las patas. Intentó morderle. Aitor esbozó una sonrisa de oreja a oreja y, finalmente, lo lanzó al interior del inodoro. Se escuchó un horrible chapoteo. Un chorro de agua le salpicó la camisa. El hámster intentó escalar por la taza, pero se resbalaba. Sus patas no podían subir a la superficie.

—Espero que sepas nadar, amigo.

Tiró de la cadena y un tsunami lo engulló. Simón desapareció sin dejar huella.

Esa noche Raquel estuvo buscando a su mascota durante horas. En la cocina. En el salón. En los dormitorios. En la habitación de invitados. En la terraza.

Nada.

—¡No está, papi! No lo encuentro.

—¡Ves! Te lo dije.

Cuando los animales están muertos de hambre son impredecibles. Una rata que lleva días sin comer es muy peligrosa. La desesperación puede ser el detonante de cualquier tragedia. A su cabeza viene una noticia que escuchó unos meses atrás en una emisora de radio: un bebé de apenas cuatro meses que había sido devorado por las ratas.

Imagina la escena y experimenta los primeros escalofríos. Un temblor se expande por su espalda. Imagina a esas bestias encima del pequeño, echando espumarajos por la boca. Visualiza a las ratas, hundiendo los incisivos en la piel, desgajando la carne, comiendo los dedos, la nariz, los párpados mientras el bebé llora, impotente.

Pierde los nervios. Está desesperado. El animal continúa trepando. Ya ha alcanzado la cintura y amenaza con ascender hacia el pecho. De pronto, la rata da un salto, cae al suelo y la escucha alejarse. Siente un inmenso alivio.

«Por algún lado debe de haber un agujero. Ese bicho ha tenido que entrar por algún sitio. Si lograra soltarme. ¡Joder, ya podía ser MacGyver! Ese tío, con un clip y un chicle, podía fabricar en menos de un periquete una bomba atómica. O el Equipo A. Cuando los encerraban, siempre conseguían construir cualquier artefacto que los ayudaba a escapar. Si al menos tuviese el

teléfono».

Se acuerda de la pluma estilográfica que le regaló su mujer por su quinto aniversario. Una Montblanc que le había costado un ojo de la cara. Sonríe. Mueve la cabeza hacia la izquierda. Frota la mejilla contra su hombro. Realiza el movimiento con insistencia. Se le tensan los músculos. La sangre se le inyecta en los ojos. Es imprescindible que se libere del jirón de tela. Si consigue deshacerse de la mordaza puede que tenga una posibilidad.

Desiste tras unos cuantos intentos fallidos.

«Joder, no puedes rendirte ahora. Si no lo haces por ti... al menos hazlo por las niñas. Sí, las niñas. ¿Qué pensarán Claudia y Raquel? Porque tienes que volver a verlas. Aunque solo sea una vez más. Al salir de casa ni te despediste de ellas. Además, tú eres un hombre de éxito. ¡Un triunfador! No uno de esos jodidos perdedores. Nunca te has dado por vencido. Y, por supuesto, no vas a hacerlo ahora, ¿lo entiendes?»

Toma aire y, tras recobrar el aliento, vuelve a intentarlo. Empuja la tela con la lengua. Nota una fuerte tirantez en el rostro. El nudo que se encuentra a la altura de la nuca se tensa aún más. La tela del pañuelo comienza a ceder, se da de sí poco a poco y, finalmente, desciende hasta el mentón.

—¡Sí! —grita, eufórico.

El aire por fin se interna en sus pulmones. Jadea y se retuerce en el asiento. Siente un ligero temblor en las mejillas. A pesar de que le duele la espalda y se le ha sobrecargado el hombro, está contento. Pero no puede detenerse. Aún no ha conseguido nada.

—Ahora solo tengo que coger la estilográfica con los dientes y llevarla hasta mi mano. ¡Cómo si eso fuera lo más fácil del mundo! —dice en voz baja.

La pluma se encuentra debajo de la americana. En el bolsillo superior de la camisa. Al estirar el pecho nota el bulto a la altura de su corazón. Detrás de los tabiques escucha el ruido de unos pasos acercándose. Un escalofrío recorre su columna vertebral. Alguien se aproxima. Se empieza a poner nervioso. El pecho se le acelera. Le sudan las palmas de las manos. Las costillas le presionan la piel. Mientras forcejea, le aumenta la presión sanguínea. La carótida se le marca bajo la piel.

«No puedes perder la calma. Pero si quieres salir de aquí, hay que darse prisa», piensa inquieto.

Ladea la cabeza. Y con la barbilla aparta la solapa de la americana. Luego hunde la nariz en el bolsillo de la camisa y con los dientes atrapa la Montblanc. La tiene. Ya es suya. No la piensa dejar caer. En esos instantes es

su tesoro más valioso.

Tira con fuerza hacia arriba. Una baba se desliza por la comisura de sus labios y le recorre el mentón.

«Venga, venga, un poco más».

Un haz de luz se dibuja alrededor de la puerta. Escucha el tintineo de unas llaves. Alguien, afuera, se pone a toser.

La desesperación se proyecta en su rostro. Desea detener el tiempo. Parar las agujas del reloj. Los ojos se le salen de las órbitas. El sudor le envuelve. Dos lamparones asoman bajo las axilas. Su pecho late desbocado. Los segundos transcurren con una inusitada rapidez.

—¡Están aquí, están aquí! ¡Y no me pueden ver con esto! —farfulla en un ortopédico castellano.

La estilográfica cuelga de su boca. Desesperado, inclina el tronco hacia delante. Se le tensan los músculos de la espalda y siente un fuerte dolor en el trapecio.

En la cerradura, la llave da un par de vueltas.

Casi de inmediato, estira el cuello hacia la derecha. La estilográfica le roza las falanges de los dedos. Nota el frío tacto del metal. Está a punto de cogerla.

«La he tocado. La he tocado».

El picaporte se mueve lentamente. Las bisagras de la puerta emiten un gruñido.

«¡Otra vez! ¡Vamos, vamos! No puedes fallar».

Pero lo hace.

«Mierda. Mierda. ¡No!»), susurra en voz baja.

Y se desespera. Alguien está a punto de entrar. Lo tiene encima. No sabe qué hacer. Y como le vea con la Montblanc entre los dientes. Mejor ni pensarlo.

Realiza un nuevo intento. Forcejea. Atrapa la pluma con una pericia asombrosa. Las gotas de sudor se precipitan por la barbilla. Oculta la Montblanc bajo la palma de su mano. Trata de introducirla entre la muñeca y la cuerda. Al realizar fuerza con los dedos, la mano se le hincha.

Aunque hace décadas que no pisa la Iglesia, encomienda su suerte a Dios.

—Si me sacas de esta, Señor, te juro por mis muertos que todos los domingos iré a misa. Y los lunes te rezaré hasta la Novena —dice en voz baja.

Se entreabre la puerta.

Traga saliva.

El aire se inmiscuye en el cuarto. Una siniestra sombra se proyecta en la penumbra.

David Rodríguez, alias Jota, mira constantemente por el espejo retrovisor. El cenicero está lleno de colillas. Una nube de humo se extiende por el habitáculo. Circula con precaución por la carretera comarcal del término de Aldealengua. Se encuentra a escasos kilómetros de Salamanca. En las alturas, el sol es un queso gigante que golpea con fuerza la grisácea carrocería del Peugeot 405. En la radio suena un viejo éxito de Joaquín Sabina.

—Peor para el sol, que a las ocho...

A ambos lados de la vía se extienden interminables campos de cereales y patatas. La luna delantera está llena de excrementos de pájaro y de cadáveres de mosquitos, que se arrojaron cuando el vehículo se encontraba en marcha. Adelanta a un par de ciclistas que ocupan el arcén, sin exceder el límite de velocidad. No quiere problemas.

Conducir le relaja. A veces, se pone al volante, coge la carretera de Madrid y no se detiene hasta que en el cuadro de mandos empieza a parpadear la aguja de la gasolina. Entonces para a repostar en una estación de servicio y emprende el camino de vuelta. Aunque en los últimos meses la gasolina está por las nubes, su particular terapia es más económica que lo que le podría cobrar un psicólogo por estar dos horas reclinado en un diván.

Suena el teléfono. Solo dos personas tienen ese número. Al reconocerlo se desespera. Apaga la radio y conecta el manos libres. No desea hablar con ella. El móvil es de prepago. Una reliquia en la era tecnológica. Solo lo utiliza para llamar y está registrado a nombre de otra persona que ni siquiera conoce ni conocerá nunca. Es un teléfono de quinta o sexta mano de alguien, probablemente un inmigrante, que en un locutorio vendió sus datos. Él tan solo lo recarga para que la línea siga operativa. En cuanto termine, destruirá la tarjeta y se deshará del móvil.

—Este teléfono solo es para emergencias. Te lo dejé muy claro.

—Lo sé, pero me apetecía escuchar tu voz. ¿Acaso hay algo malo en eso? Es su esposa.

—No.

—¿Vas a venir hoy, cariño?

—No creo que me dé tiempo.

—¿Y eso?

—Estoy muy liado.

—Tú siempre estás liado.

—El trabajo, ya sabes.

—No, no lo sé, David.

—Ya estamos otra vez con estas historias.

—¿De qué hablas?

—De tus celos, Maite.

—¿Mis celos? ¿Acaso crees que estoy celosa?

—¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación en las últimas semanas? Dímelo. ¿Cuántas? Porque yo... empiezo a estar cansado.

Desde hace meses su relación hace aguas. Maite se ha instalado en un universo de suspicacias y sospechas. En cuanto llega a casa, le pregunta dónde ha estado, con quién y qué ha hecho, como si fuera una agente de la Stasi. Quiere saberlo todo. Le pide un sinfín de detalles. Sin embargo, él le da largas. Hay muchas cosas de las que no puede hablar.

Cuando Jota se encuentra en la ducha o cambiándose, Maite le revisa el móvil, los bolsillos o huele la ropa en busca de olores extraños que delaten una infidelidad. Él cree que la vida de su mujer es tan trivial que necesita entretenerse con tonterías para salir de la rutina que a diario la rodea.

Maite trabaja de administrativa en una empresa de logística. Se encarga de llevar la contabilidad y de realizar las facturas. De vez en cuando, también desempeña tareas de promoción y relaciones públicas. Un trabajo de oficina mecánico, de ocho de la mañana a tres de la tarde, con el que no parece sentirse satisfecha. Ella desea más de la vida. Una casa más grande, una segunda residencia en la costa, unas vacaciones en el Caribe y niños. Con treinta y seis años cree que está malgastando su existencia.

A veces, Jota piensa que lo mejor para ambos sería separarse. Que cada uno se fuera por su lado. No obstante, siguen juntos, como dos siameses que están obligados a convivir el resto de sus días. Las hipotecas unen mucho. Y las deudas aún más.

—Llevas dos días fuera de casa.

Él desea mayor libertad. Detesta las ataduras y las explicaciones.

—El trabajo de comercial tiene estos inconvenientes. Además, cuando me pagan las comisiones, no te quejas.

—¡Qué gracioso! A propósito, ¿dónde estás?

—Camino de La Coruña —miente.

—Podías pasar a visitar a mis padres.

—¡No te preocupes, Maite! Me quedaré a dormir en cualquier hostel. La reunión con los clientes está programada a las seis.

—¿Has oído lo de esos asesinatos?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado otro cadáver. Lo acaban de anunciar en el Telediario.

—¿Otro más?

—Ajá.

—¿Y han dado con el culpable?

—Me temo que no.

Se forja un incómodo silencio.

—¡Ah, se me olvidaba! Te he comprado un regalo.

Una pequeña bolsa de plástico con el logotipo de una joyería descansa en el asiento del copiloto.

—¡Te has acordado!

—¡Cómo podría olvidar algo así! Maite, debo dejarte. En esta zona hay muy poca cobertura. Te llamo esta noche.

Antes de alcanzar la rotonda que conduce a la urbanización de Cabrerizos ve a un par de agentes de la Guardia Civil, embutidos en sendos chalecos reflectantes, en la parte derecha de la calzada. Uno de ellos, el más alto, extiende su brazo hacia arriba, indicándole que detenga el vehículo en la vía de servicio que hay unos metros más allá. Siente deseos de pisar a fondo el acelerador y huir. Pero se contiene. Sabe que eso sería una estupidez.

Suelta la mano derecha del volante, la introduce debajo del asiento y acaricia la empuñadura de la pistola. Es una Bersa Thunder. Semiautomática. Fabricada en Argentina. Calibre 9 milímetros. Con el número de serie borrado. Si alguien, en balística, se tomase la molestia de realizar un exhaustivo análisis descubriría que ha sido empleada en dos asesinatos al otro lado del charco. Un ajuste de cuentas en Buenos Aires. Y una ejecución de un confidente en Ciudad de México.

Adquirió el arma a través de Internet. En la deep web se puede conseguir cualquier cosa. Medicamentos falsificados. Anfetaminas. Antrax. Órganos. Venta de información y datos personales. Pasaportes. Libros y documentos clasificados. Vientres de alquiler. Mercenarios. Esposas por catálogo. Plutonio. Y hasta carne enlatada de oso panda.

Esconde la pistola debajo de la alfombrilla y vuelve a colocar la mano derecha encima del volante.

Detiene el vehículo junto a una fila de conos y aguarda expectante. Frente al espejo ensaya una sonrisa. Un guardia civil que luce unas gafas de sol se acerca. Le observa a través del espejo retrovisor. El funcionario se toma su tiempo. Camina con dificultad, como si le pesaran las botas. Solo espera que no le haga abrir el maletero. Como se lo ordene, con toda probabilidad, pasará la noche en el calabozo. Y tendrá que dar muchas explicaciones.

Debe aparentar tranquilidad. Ser un témpano de hielo. A la mayoría de los delincuentes los capturan porque no saben mantener la cabeza fría. Siempre terminan cometiendo alguna estupidez.

—¿Ocurre algo, agente?

El funcionario tiene el rostro quemado por el sol, la nariz prominente y los pelos le salen por las orejas. Del peto amarillo sobresale una enorme barriga.

—El carnet de conducir, por favor.

Él asiente con la cabeza. Saca la cartera del bolsillo de la cazadora, busca el permiso de circulación y se lo tiende. El guardia civil mira la foto estampada en el papel y luego a él. Tras unos segundos, le devuelve el documento y enarca las cejas.

—¿Podría acompañarme un momento?

Enseguida saltan las alarmas.

«¿Qué coño quieres?»

Jota se fija en las llaves. Están en el contacto. El pie derecho en el acelerador. La mano derecha en el pomo de la palanca de cambios. Duda por unos instantes.

—¿Acaso he hecho algo malo?

El semblante del agente de la ley adquiere un rictus de gravedad.

—¿Ha bebido?

—¿Cómo?

—Que si ha tomado algo antes de coger el coche.

—No, claro que no. Soy abstemio —dice aliviado.

«¿Abstemio? Y una leche. Si me pongo... soy capaz de beberme hasta el agua de los floreros».

El agente acerca su cara a la de Jota. Su aliento huele a una mezcla de chicle de menta y tabaco. Le estudia durante unos instantes. El semblante de Jota se proyecta en los cristales de las gafas.

—¡Baje del vehículo, por favor!

La idea le desagrade. Principalmente por lo que podría encontrar. A pesar

de todo, se muestra condescendiente.

«Calma, chico. Calma», se dice.

Se quita el cinturón de seguridad, abre la puerta y se apea del Peugeot. Acompaña al agente de la Benemérita hasta el furgón. Allí, el otro guardia civil, un joven de tez cetrina, ojos negros como las ascuas de la lumbre y pelo encrespado, le insta a que tome asiento. Jota echa un vistazo al interior. Apenas una mesa y varias cajoneras, dos butacas, un portátil, triángulos reflectantes, una radio y una impresora inalámbrica.

«Con la cantidad de vehículos que hay a estas horas y solo me paran a mí. ¿Qué pasa? ¿Que no tienen nada mejor que hacer estos dos jodidos picoletos?», piensa Jota.

—No se preocupe. La prueba no nos llevará ni dos minutos.

Lo leyó hace unos meses en un diario local. En los últimos tiempos, los policías de tráfico se dedican a recaudar. Las arcas de la Administración están bajo mínimos y deben recurrir a cualquier artimaña con tal de alcanzar el cupo de multas que les exigen sus superiores. Por eso, han incrementado los controles. Por eso, detienen a todo hijo de vecino. Actúan con astucia. Se colocan debajo de los puentes. Aguardan en carreteras comarcales. Ponen radares en los lugares más insospechados.

—Hace calor aquí, ¿no le parece?

Jota se desabrocha un par de botones de la camisa. El agente sonríe mientras su compañero sale de la furgoneta.

—Le voy a realizar una prueba de drogas.

—¿Drogas?

Enseguida se enfunda unos guantes de látex y coge un bastoncillo de un botiquín que ha sacado de la cajonera.

«Te lo podías meter por el culo. A lo mejor hasta te gusta», piensa Jota.

—Voy a tomarle una muestra de saliva.

Por el rabillo del ojo ve al otro agente. Está fuera, a unos cuarenta metros, mirando el maletero del coche. Jota comienza a impacientarse. Por su mente pasan decenas de pensamientos.

«Ha visto algo, seguro. Quizá no fui cuidadoso. Y si...»

Se siente cercado. Acorralado. Atrapado. Como un león tras las rejas de una jaula.

—Abra la boca.

Jota se abalanza sobre el guardia civil y le asesta un certero golpe en la cara. Del puñetazo le revienta el tabique nasal. La sangre le salpica la camisa.

El hombre se tambalea, incrédulo. Está a punto de gritar, pero Jota le golpea de nuevo. En esta ocasión en el estómago. Cae de rodillas y, al hacerlo, arrastra el ordenador, la silla y la pila de papeles que descansan sobre la mesa.

El funcionario se lleva las manos al vientre. Se encuentra aturdido, confuso. La lluvia de golpes no cesa. Jota le da patadas en las costillas, en los muslos, en las nalgas. El hombre se retuerce en el suelo, como una alimaña, pero pronto deja de moverse. A su alrededor se ha formado un charco de sangre. Los folios están por todas partes. Jota agarra el cuerpo por las axilas y lo arrastra hasta el fondo del furgón, para que su compañero no pueda verlo desde fuera. Después, coge la pistola del agente, quita el seguro y se coloca junto a la puerta.

—¿Por qué mierda me tuvisteis que parar? —masculla en voz baja.

El otro picoletto no ha oído los ruidos. Sigue estudiando el coche. Mira los faros, los tapacubos, el parachoques trasero. Se fija en los raspones y en unas imperceptibles gotas rojas. Jota le observa con inquietud. Las lunas tintadas le protegen. Desde su posición, no puede ver el interior de la furgoneta. Sabe que no hay nada peor que un estúpido que se inmiscuye en la vida de otra persona.

—Nada de esto debería haber ocurrido. Si me hubieseis dejado en paz. Si hubierais hecho la vista gorda. ¡Pero no! Siempre hay algún idiota que tiene que tocar los cojones —susurra.

Enseguida escucha unos pasos acercándose. Se apostea junto a la puerta, pega la espalda a la pared y amartilla el arma.

Cuando el agente alcanza el umbral de la furgoneta, le coloca el cañón de la pistola a escasos centímetros de la sien. El guardia civil se queda paralizado.

—Ni se te ocurra moverte.

Lo dice con tanta determinación que el rostro del picoletto se desencaja.

—No tienes por qué hacerlo.

—¡Cállate!

—Baja el arma y haré como si esto no hubiera ocurrido.

Una sonrisa se dibuja en la cara de Jota.

—Y todos tan amigos, ¿no? No creo que tu colega sea de la misma opinión.

El tipo advierte en el desorden. Repara en las hojas desperdigadas, los restos de sangre, la silla rota y su compañero tirado en el suelo.

—¿Qué le has hecho a Iván?

—Iván... está ahora en el país de los sueños.

—Cabrón.

—¡Sí, soy un cabrón! Entra y no hagas ningún movimiento. Por si no lo sabes, los cementerios están llenos de héroes.

En ese momento se oye una voz procedente de la radio.

—¿Hola? ¿Estáis ahí?

3

El visitante permanece agazapado en la penumbra. Aitor divisa una sombra junto a la puerta y ve avivarse la llama de un cigarrillo.

—¿Quién eres? —pregunta.

No obtiene ninguna respuesta. La figura envuelta en sombras lanza la colilla al suelo y la apaga con el tacón de la bota.

—¿Qué quieres de mí?

En el techo se proyecta un fognazo de luz. Al principio, la luminosidad de la bombilla le deslumbra. Cierra los párpados para que las cuchillas de luz no le desgarran los ojos. Tarda unos segundos en acostumbrarse al nuevo ambiente.

El lugar es más grande de lo que ha imaginado. Está en el centro de una habitación rectangular. Las paredes se hallan desnudas y presentan vestigios de moho. En el techo se vislumbran manchas de humedad. El suelo es de cemento y, bajo sus pies, hay una pequeña rejilla que hace las veces de desagüe. Al fondo, vislumbra una destartada lavadora, una bicicleta de la era del pleistoceno y una oxidada estantería sobre cuyos anaqueles descansan un sinfín de trastos viejos. El sitio le recuerda a uno de esos refugios antiaéreos que construían los yanquis para protegerse de las bombas.

Observa con inquietud a un hombre alto, de constitución gruesa, con una sudadera verde y unos holgados vaqueros. Calza unas zapatillas viejas que una vez fueron blancas. El rostro está oculto detrás de una máscara. Le resulta familiar la desproporcionada sonrisa, las mejillas sonrosadas, el bigote con las puntas hacia arriba y, como broche, una fina barba vertical terminada en punta. Vio la máscara de Guy Fawkes en una película: *V de Vendetta*. El tipo que la lleva seguro que no sabe ni lo que significa. Podría haber escogido una del Pato Donald o de Ronald Reagan.

Avanza hacia él con determinación. Los pasos resuenan sobre el cemento. Aitor desea que lo engulla la tierra. Se coloca a su lado y lo estudia con interés.

—¡Al fin te has despertado, Blancanieves! Llevas más de siete horas dormido. Y por lo que veo, te has deshecho de la mordaza.

Al oír su voz, se le hiela la sangre.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —grita.

Escucha una risa amortiguada por la máscara. Parece extraída de una película de terror.

—Puedes gritar todo lo que quieras. Aquí nadie va a escuchar tus plegarias.

El enmascarado se aleja, coloca los nudillos sobre la pared y la golpea con insistencia. Se escucha un ruido seco, intermitente, que se propaga por todo el recinto.

—¿Lo ves? Nadie va a venir a rescatarte.

Sin embargo, no le cree. Por eso, abre la boca y grita. Esta vez con más fuerza. Se le tensan los músculos, las cuerdas vocales y de su garganta emerge un grito de angustia.

—¡Que alguien me ayude, por favor! —grita desesperado.

—No te desgañites. No merece la pena.

—¡Suéltame, por favor, te lo ruego!

El enmascarado lo observa con interés.

—¿Sabes cómo llamo a este lugar?

Aitor niega con la cabeza.

—La habitación del pensar. ¡Así la llamo yo! Para mí es como una pequeña caja que me permite aislarme del mundo.

—¿Quién eres?

—Todo a su debido tiempo. ¡Va a ser una noche muy larga! ¿Quieres tomar algo? Te apetece un café, un refresco, unas patatas fritas, unas pastas...

—¡Suéltame!

—Veo que no tienes hambre. En fin... tú te lo pierdes.

—¿Qué es lo que estoy haciendo aquí?

El desconocido se quita la máscara. Aitor aparta la mirada. No quiere verle. Si lo hace, estará perdido. Su vida no valdrá nada. Agacha la cabeza, mira hacia el suelo y, a continuación, cierra los párpados. Cuenta hasta veinte en voz muy baja e imagina que esta pesadilla no puede estar sucediendo.

—¿No me recuerdas? ¿Tan mala memoria tienes?

Las palabras del hombre le cogen desprevenido.

—Es... estoy confuso —dice titubeante.

—Tú querías que nos viésemos.

—¿Yo? —responde sorprendido.

El hombre se vuelve a enfundar la máscara. Aitor abre de nuevo los ojos. Por su mente desfilan decenas de pensamientos.

—¡Insistías! ¡Ah, por cierto, soy Nick356!

Le tiende la mano a pesar de que es consciente de que, al estar atado, no puede estrechársela.

—¿Cómo?

—¡Tu cita de las siete de la tarde! ¡Por si no lo recuerdas, habíamos quedado en la cafetería para charlar!

Se hace un silencio. Aitor está aún más confundido. Desconoce de lo que le está hablando.

—¡Dios! ¿Por qué me duele tanto la cabeza?

Siente como si en el interior del cráneo hubiese un bicho que le estuviera estrangulando el cerebro.

—Hay que tener mucho cuidado con lo que se bebe. Te voy a dar un consejo de amigo. Cuando vayas al servicio, procura llevarte siempre la bebida. No la pierdas de vista ni un instante. ¡Nunca se sabe lo que te pueden echar!

—¿Qué me has dado?

—Uno ya no puede fiarse ni de los camareros. ¿Has oído hablar de la escopolamina? Es un inhibidor de la voluntad muy potente. En algunos países latinoamericanos la denominan «El aliento del diablo». Se extrae de las plantas de la familia de las solanáceas. Es la droga preferida por ladrones, violadores, secuestradores y gentuza de la peor calaña. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque a los pocos segundos de administrarla anula de inmediato la voluntad de la víctima dejándola indefensa y a merced de sus agresores. Sus efectos son devastadores. Te desorienta, te produce euforia y toda clase de alucinaciones. Quien la toma parece actuar de forma normal, pero con frecuencia es incapaz de recordar lo que hizo. La CIA la utilizó durante años en sus interrogatorios. Por suerte, solo te he suministrado una pequeña dosis. Únicamente, quería traerte hasta mi pequeño rincón. ¡Deseaba que lo conocieras! ¡Ah, y no te preocupes! ¡Porque no me he propasado ni nada de eso! ¡Aunque podría haberlo hecho y ni siquiera te habrías dado cuenta!

Ahora sí está convencido de que se encuentra frente a un perturbado. Un loco le ha secuestrado. Y lo peor, sus reacciones pueden ser impredecibles.

—¡Suéltame!

El hombre se ríe. Un escalofrío le recorre la columna vertebral.

—¡Tranquilo! Lo peor que puedes hacer es perder la calma.

—¡No tiene gracia! Me duelen los hombros y me estoy despellejando las muñecas.

Acaba de cometer un error. Se percata de inmediato. Debió permanecer callado. El corazón se le acelera aún más. La estilográfica la tiene entre los dedos y sobresale un poco, lo suficiente como para que pueda verla. Le invade la angustia. Se le acelera la respiración.

«Como la vea. Como me pille con ella encima ¿Qué voy a hacer?», se pregunta aterrado.

Empuja la pluma con el dedo índice y con el corazón hacia abajo. Aprieta cuanto puede. La estilográfica se desliza poco a poco hasta el antebrazo.

El sucedáneo de Guy Fawkes se le acerca y mira de reojo las ligaduras.

«Ha visto la estilográfica. La ha visto. Ahora sí que estoy jodido. Ya no tengo ninguna oportunidad», piensa.

—Si quieres te pongo un poco de yodo en las heridas —dice con sorna.

Una mueca de alivio se proyecta en el semblante de Aitor. Rabioso, pasa al ataque:

—¡No sabes con quién estás hablando!

—Sí, claro que lo sé. Por lo que veo te ha salido la vena chulesca. Odio a las personas que van por la vida avasallando a los demás. Detesto a todos los individuos que se creen superiores al resto de los mortales.

—¡Hijo de puta!

—¡Oye, oye, cuida ese lenguaje! ¡Mi madre no tiene nada que ver con esto! Ante todo, demuestra un poco de educación. ¿Acaso tus padres no te enseñaron modales? Si te comportas así, voy a tener que recurrir a medidas mucho más drásticas. ¡Seguro que no te van a gustar nada! No querrás que te lave la boca con agua y jabón. ¿O prefieres la lejía y el amoníaco? Son muy buenos desinfectantes.

—¿Qué es lo que quieres?

El hombre de la máscara saca una navaja del bolsillo trasero de los tejanos. Aitor se fija en el brillo de la hoja y se queda paralizado.

—¿Sabes lo que hacen en México DF cuando secuestran a alguien? Lo atan a una silla atornillada al suelo y, si su familia no atiende las peticiones de los secuestradores, le practican la cirugía estética con un cuchillo. Le arrancan la piel trozo a trozo, como hacían los indios con los cowboys en el Oeste.

Guy Fawkes le coloca la navaja debajo de la barbilla. Y la mueve, trazando pequeños e irregulares círculos. Aitor se estremece. Nota un terrible cosquilleo. La punta del arma blanca le recorre el rostro hasta alcanzar la oreja. Rememora una escena de una película de Quentin Tarantino.

En *Reservoir dogs*, Michael Madsen encarna al Señor Rubio, un

delincuente de poca monta que ha secuestrado a un agente de la ley que intentó frustrar el atraco a una joyería. El señor Rubio ata al rehén a una silla que se encuentra en una nave abandonada y comienza a acuchillarlo sin piedad. Le inflige cortes en los brazos, en el pecho, en la cara. Finalmente, le corta una oreja y juega con ella. Cuando se cansa del macabro espectáculo, coge un bidón de gasolina y lo vierte sobre el policía. Al evocar esa escena, se le revuelve el estómago. De fondo se escucha: *Stuck in the Middle with You*. Tiene ganas de vomitar. De echar los hígados por la boca.

—Lo hacen —continúa— con calma. Sin prisas. Tomándose su tiempo. Disfrutando cada instante. Después le degüellan...

Ahora nota el arma en la garganta. La afilada hoja mientras se posa encima de la nuez. Reza para que sea rápido. Bastaría con un corte limpio, de lado a lado. El cuerpo humano contiene alrededor de seis litros de sangre. Calcula que si el corte es profundo, en menos de cuarenta segundos se habrá desangrado.

—...y lo filman. A veces envían los vídeos a sus familiares o los suben directamente a YouTube. ¡Son espeluznantes! Exhiben las cabezas de las víctimas, como si fuesen trofeos. ¿Conoces el ruido que hace un cráneo al desmembrarse del cuerpo?

—¡Déjame ir!

—¡No has llegado y ya pretendes marcharte! ¿Pero no estabas deseando que tuviéramos un encuentro? ¡Pues aquí estamos! Los dos juntos. A solas. Sin nadie que nos moleste. ¿No es eso lo que ansiabas? ¿Quieres que te refresque la memoria? ¡Tengo aquí el teléfono móvil! Podría leerte algunos de los wassap que me enviabas.

Guy se guarda la navaja y del bolsillo del pantalón extrae un móvil. Desbloquea la pantalla, hurga en el menú del teléfono, busca una serie de mensajes y se los muestra.

—No dejo de pensar en ti. Quiero hacer realidad todas mis fantasías. Te deseo. Ya es hora de que nos veamos después de tantas conversaciones en el chat. ¡Pues aquí estoy! Para mí, tus deseos son órdenes...

—¡Cabrón!

—Esa boca. No te lo voy a repetir. La próxima vez habrá consecuencias. Relajémonos un poco, ¿te parece? Hay mucha tensión en el ambiente. Si te toco con el dedo... creo que me electrocutaría. Ya sé lo que haremos. Pondré algo de música. ¡Sí eso, es! ¡Quédate aquí un poco que vuelvo enseguida!

«Como si pudiera irme cuando quisiera».

Nick365 retrocede sobre sus pasos hasta una puerta que hay al fondo. La abre y la cierra detrás de sí. Las luces se apagan.

—Estoy encerrado con un puto psicópata. ¿Qué voy a hacer ahora? Me tiene atrapado en una especie de búnker. Como no consiga desatarme... Si al menos tuviese el teléfono móvil —se lamenta mientras acaricia la estilográfica.

Jota apunta con la pistola a los dos guardias civiles mientras cavan un agujero. Se hallan en un pinar, lleno de vegetación. En las alturas se escucha el trino de los pájaros. Hay un sinfín de mosquitos revoloteando en las ramas de los árboles. El pueblo más próximo se encuentra a más de diez kilómetros de distancia. No conoce el sitio, pero parece un buen lugar. Piensa que ha tenido suerte al reducir a los dos policías. No le ha costado demasiado meterlos en el maletero. Después de eso ha conducido durante un par de horas y se ha alejado lo suficiente del lugar donde le detuvieron para realizarle el control de alcoholemia.

—¿Qué harás con nosotros? —le pregunta Iván.

—No hables tanto y cava.

El chico hunde la pala, coge un montón de tierra y la apila al lado del agujero. Hay una mezcla de rabia y miedo en sus ojos.

—Nos vas a matar, ¿no es eso?

—Que te calles, coño.

—Tengo una niña de seis años.

—Y yo un perro, no te jode, ¿y qué? Todos los días muere gente. ¿Acaso no ves el Telediario? —dice Jota mientras saca un cigarrillo del bolso de la camisa y lo enciende con el mechero.

La vida es injusta, sí, pero él no ha hecho las normas. Tan solo es un hombre con un peculiar instinto para la supervivencia.

Da una calada y expulsa el humo por la nariz. Jota se limita a seguir sus reglas. La primera es sencilla: nunca te fíes de nadie. Ni siquiera de tu padre.

En los últimos quince años ha seguido esa máxima al pie de la letra. Esa norma le ha permitido seguir con vida tanto tiempo.

—¿Me das uno? —le pregunta el otro guardia mientras se pasa el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor.

—¿Por qué no?

Le ofrece el cigarro que tiene en la boca. El hombre se acerca y lo coge. Jota le sigue apuntando con la otra mano. El dedo no se despega del gatillo. Luego lo conduce a los labios, da una calada y regresa al trabajo.

—Nos va a liquidar, ¿no lo ves? Y encima le estamos ahorrando el puto trabajo.

Está cansado del maldito sentimentalismo. Él es un tipo frío. Calculador. Metódico. Le gusta mantener las distancias. Como las meretrices cuando realizan su oficio. Las verdaderas profesionales son aquellas que no intiman con los clientes. Una paja, un coito, sin besos ni historias. Y él es un profesional sin escrúpulos. No puede dejarlos libres. Le han visto. Podrían proporcionar un retrato robot y averiguar su identidad. Indagar en las bases de datos de la policía o de la Interpol. Eso en su profesión es un cabo suelto. Los cabos sueltos constituyen un lastre. Un oficio como el suyo no admite errores. Las negligencias se pagan con treinta o cuarenta años de cárcel.

Rememora a Julián, un antiguo sicario que le enseñó cuanto sabía. A Julián le contrataron para que liquidara a una mujer. Se trataba de la amante de un importante empresario catalán. Le ofrecieron quince mil euros por adelantado y otros treinta y cinco mil cuando concluyese el trabajo. Durante un tiempo, Julián estudió la rutina de la joven. Analizó sus movimientos. La siguió durante semanas. Se pegó a ella. Se convirtió en su sombra.

Finalmente una noche, cuando se le presentó la oportunidad, forzó la puerta del apartamento con una ganzúa y entró. Exploró las diferentes dependencias. La halló tumbada en la cama. Estaba sola. Dormía. Julián cogió un cojín que yacía sobre el edredón y acercó la pistola. Detestaba las salpicaduras de sangre. De pronto, al colocarse junto al cabecero de la cama, ella se despertó.

La chica le miró. Julián se quedó petrificado. Solo debía apretar el gatillo y concluir el encargo. Le esperaban otros treinta y cinco mil euros. No obstante, por más que lo intentó, no pudo. Fue incapaz de disparar. Posiblemente, vio algo en los ojos de la mujer. Quizá la chica le recordó a su hija. Tal vez se dio cuenta de que ya era demasiado viejo y no servía para esa clase de oficio. O a lo mejor fueron los remordimientos o la voz de la conciencia que, después de tantos años, le decía que lo dejara. El caso es que no realizó el encargo y advirtió a la mujer que hiciera el equipaje cuanto antes y desapareciera para siempre. Si hablaba de él a la policía, regresaría. Y si le hacía volver, no tendría ningún reparo en meterle un tiro entre las cejas. Antes de marcharse, le aconsejó que se mantuviera alejada de su marido.

Jota se encontró con Julián en un bar un par de días más tarde. Estaba desmejorado. Decaído. Parecía mucho más viejo. Como si una década le hubiese caído encima. Casi ni le reconoció. Había adelgazado bastante desde la última vez que se vieron en Madrid. Su cuerpo era un amasijo de huesos, venas y piel. Le recordó a un prisionero fugado de un campo de exterminio.

Tan solo le faltaba el traje de rayas. Tenía canas, ojeras, los mofletes hundidos y un sinfín de arrugas le surcaban el rostro. El aliento le olía a una mezcla de jerez, vodka y vino de dudosa calidad.

Jota pidió al camarero una botella de whisky y dos vasos. Tomaron asiento en una de las mesas y hablaron y bebieron durante un par de horas. Recordaron los viejos tiempos, cuando Jota solo era un mocoso de catorce años que se había fugado de un reformatorio y mendigaba en las calles de Zaragoza. Julián le había recogido, le había educado y le había proporcionado algo que él nunca había tenido: un hogar.

Él procedía de una familia desestructurada. Tania, su madre, era una yonqui que se prostituía por unas cuantas pesetas y se metía toda clase de mierdas en las venas: heroína, cocaína, etorfina, fentanilo. A su padre nunca le llegó a conocer. Una tarde, al regresar del colegio, encontró a Tania tirada en el suelo de la cocina. Le salía espuma por la boca y del brazo izquierdo le colgaba una jeringuilla. Él trató de socorrerla, de hacer que volviera a respirar. Llamó a emergencias. Ella falleció en la ambulancia de camino al hospital. Como no tenía parientes cercanos que le reclamasen, los Servicios Sociales se hicieron cargo de él con la intención de buscarle una familia de acogida. Jota era un chico conflictivo y su carácter difícil hizo que pasase por diferentes hogares. Siempre terminaba escapándose.

La primera vez que vio a Julián tuvo la impresión de que aquel hombre lo único que le interesaba era follar. El tipo rondaba los cuarenta, tenía un pendiente en la oreja y llevaba un pañuelo de seda alrededor del cuello. Le recordó a Espartaco Santoni. Aquel playboy que en Ibiza se ligaba a todas las «famosillas» de la jet-set. Vestía una camisa blanca, pantalones de lino y mocasines. Jota no era ningún chaperó. En aquel entonces los chicos de la calle hacían cualquier cosa para sobrevivir: vendían pañuelos en las esquinas, repartían propaganda en los buzones, hacían mamadas por trescientas pesetas, sustraían bolsos y carteras o rompían las lunas de los coches para adueñarse de los objetos de valor.

—Te he visto merodeando por aquí —le dijo.

—Lo siento, pero yo no la chupo y no me mola que nadie me dé por el culo. No soy ningún maricón, ¿vale? —dijo Jota.

—Nadie ha dicho que lo seas.

—Pues entonces aire... queda claro, ¿no?

—¿Qué quieres hacer con tu vida?

La pregunta del desconocido le descolocó. Nunca nadie había sido tan

franco con él ni le había hablado de esa forma.

—¿A qué te refieres?

—Si sigues robando y metiéndote en líos durarás muy poco en la calle. Conozco a chicos mucho más duros que tú que murieron a las pocas semanas. La calle es muy dura. Te ofrezco un techo y comida, pero, eso sí, tendrás que ganártelo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada que no quieras.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó.

—Porque una vez, hace mucho tiempo, yo estuve perdido y alguien hizo lo mismo por mí.

A medianoche Jota se percató de que Julián apenas podía mantenerse en pie. De vez en cuando soltaba alguna que otra tontería. Se ofreció para llevarle a casa. Su coche estaba aparcado un par de calles más abajo. Salieron del bar. Caminaron en silencio, como dos viejos camaradas que ya no tienen nada más que decir. Jota sentía mucho respeto por Julián. Por él sería capaz de hacer cualquier cosa. Al llegar a la esquina, dos hombres armados salieron de un Mercedes gris con las lunas tintadas.

Jota quiso alertar a su amigo, pero no le dio tiempo. Uno de los hombres le agarró por detrás, le tiró al suelo y, con una llave de kárate, le redujo con una asombrosa destreza. Si aquella noche no hubiese bebido tanto, quizá podría haber ofrecido algo más de resistencia. El otro individuo plantó el revólver en la cara de Julián y le disparó. Los sesos se desparramaron por la acera. El cuerpo del sicario cayó. El otro desconocido golpeó a Jota con la culata de una pistola y le dejó inconsciente.

Días más tarde, supo que a Julián le habían liquidado porque fue incapaz de asesinar a la amante del empresario catalán.

Una vez que se acepta un encargo es imprescindible llegar hasta el final. Los trabajos a medias generan recelos y desconfianza. Siempre existe otro sicario capaz de aceptar un nuevo trabajo.

Cuando se da cuenta de que el hoyo es lo suficientemente profundo, mira a Iván y apunta hacia el maletero del coche.

—¡Ábrelo!

Le lanza las llaves. Iván las coge al vuelo, agacha la cabeza y camina con apatía hasta la parte trasera del vehículo. Introduce la llave en la cerradura del maletero. Cuando la puerta se abre, arruga el ceño y se asusta.

—¡Joder! ¿Qué es esto?

—Échale una mano —dice Jota al otro guardia civil.

Los dos hombres sacan un bulto envuelto en una alfombra y lo transportan hasta la zanja que han cavado en el pinar. Jota les ordena que lo entierren y que no hagan preguntas. Cuando cogen las palas y se disponen a echar la tierra, el asesino a sueldo abre fuego. Le bastan dos disparos.

Iván y su compañero se desploman. Jota se acerca a los cuerpos, apunta a la cabeza y, con frialdad, los remata. No quiere testigos. Antes de exhalar su último aliento, uno de los guardias solloza entre lágrimas.

Cuando mata a alguien no piensa en que está delante de una persona. En esos instantes se imagina a una boa en una ciénaga o a cualquier otra clase de animal peligroso que merece ser sacrificado.

A continuación, coge una mochila que guarda bajo el asiento del copiloto y la abre. Se quita la ropa y se enfunda un mono de color azul, unos guantes y unas botas de goma. Ha visto demasiadas veces los documentales de la televisión como para saber que una fibra, un pelo o una gota de sangre pueden ser su perdición. Los forenses son muy minuciosos. Analizan cualquier detalle.

Él suele echar cal a los cadáveres. La cal es muy útil cuando se pretende hacer desaparecer un cuerpo. Su gran poder corrosivo consigue destruir los músculos, los tejidos y los nervios. Ha oído por ahí lo que hacen los rusos con los muertos. Los decapitan, les cortan los dedos de las manos, los pies y cualquier señal que pueda servir para identificarlos. Luego, los abren en canal y tiran las partes a los cerdos. Los marranos devoran todos los desperdicios, los *cabrones* roen hasta los huesos.

Detesta que se le compliquen los encargos. Porque si eso sucede, no se cobran los suplementos. El precio es el mismo, no así el trabajo. Se acuerda de un hombre al que le mandaron liquidar en Viena. Se trataba de un diplomático francés que se acostaba con la mujer equivocada. Su muerte debía pasar inadvertida. Por eso, ideó un sutil accidente.

Durante más de cinco meses, estuvo planificando el crimen: un escape de gas, un neumático que revienta en el momento más inesperado, un resbalón en las escaleras, una caída estúpida mientras esquiaba. Lo intentó varias veces, pero el tipo se resistía a morir. Cada vez que lo intentaba, el diplomático salía ileso como si fuera un gato con siete vidas. Finalmente, el hombre falleció de la manera más absurda. Se atragantó con un hueso de pollo en un restaurante mientras comía. Lo curioso es que él no tuvo nada que ver con su muerte.

De pronto, mientras cava, repara en el joven que hay a menos de diez metros y que le ha visto arrojar los cadáveres a la zanja.

Aitor mueve la silla de un lado a otro como si estuviera balanceándose. Parece un agónico ciclista realizando un último esfuerzo en las rampas más duras del Tour de Francia. Las patas vibran. Está tratando de volcarla. Si lo consigue y se rompe alguno de los reposabrazos, tal vez podría soltarse. Carga toda la fuerza de su cuerpo hacia el lado derecho. Las ligaduras de las muñecas le están cortando la circulación. Siente que se le duermen los dedos. Las dos patas de la izquierda se levantan unos centímetros, pero, de nuevo, se vuelven a caer.

— ¡Venga! ¡Venga!

Debe hacerlo antes de que regrese. Sería bueno pillarle desprevenido.

Lo intenta otra vez.

La silla se inclina hacia la derecha. Esta vez se ha levantado más que durante el intento anterior.

—Eso es.

Está cerca de conseguirlo.

—¡Un poco más!

Se oye un estruendo. La silla cae al suelo. La estilográfica se le escurre de la mano y rueda directa hacia los bajos de la lavadora.

—¡Putá mierda!

La silla no se ha roto y él se encuentra peor que antes. Con el brazo dolorido, las piernas entumecidas y un terrible malestar en la espalda. Tiene la sensación de que se ha dislocado el hombro. Se retuerce como un pez que acaba de quedar atrapado en las redes de los pescadores. Estira la espalda, mueve las muñecas y aprieta los dientes.

Es consciente de que ha metido la pata. A partir de este momento, necesita desarrollar una estrategia. Guy Fawkes no está en sus cabales. Eso es evidente. Pero hasta las personas más taradas siempre buscan algo.

«He estado en peores situaciones. Lo principal es conservar la calma y salir de aquí con vida. Seguramente, está buscando dinero. Bien... se lo daré, llegaremos a un acuerdo y cada uno se irá por su lado. La pasta no es un problema».

El enmascarado le observa desde el umbral.

—Pero qué cojones...

Desde su posición solo puede verle los pies.

—¡Ah, mierda! ¡Ah! ¡Creo que me he roto algo! ¡Joder! ¡Aaahhhh!
¡Cómo duele! ¡Maldita sea!

Guy Fawkes camina hacia él. Sus pasos resuenan en el sótano. Repara en la suciedad de las zapatillas. Están manchadas de barro.

—¡Está muy mal lo que acabas de hacer. ¿Lo entiendes? ¡Te advertí que no cometieras ninguna estupidez!

Cuando llega a su altura, ve que Guy porta una cámara debajo del brazo. La deposita en el suelo, se pone en cuclillas y lo estudia con interés.

—¿Qué tal se ve el mundo desde ahí?

—Creo que me he dañado el hombro.

—¿Te duele?

—Sí.

—¡Pobrecito! Vamos a curártelo.

El enmascarado se incorpora, alza el pie y le pisotea el brazo. Se retuerce a consecuencia del dolor.

—¡Cabrón! ¡Cabrón! —grita entre lágrimas.

El secuestrador se separa y dirige los pasos hacia una vieja estantería que se encuentra empotrada en la pared. Sobre los curvados anaqueles descansan un montón de latas de conservas.

—¡Suéltame! Te lo suplico.

Coge uno de los botes y retrocede sobre sus pasos.

—¿Sabías que en ocasiones excepcionales el gas pimienta ha causado la muerte?

—¿Qué vas a hacer?

Cuando le levanta del suelo, se fija en el aerosol que sostiene en la mano. Es un bote pequeño, con dosificador, que se comercializa como método de defensa contra los violadores.

—¡No! Eso sí que no. Déjalo pasar por esta vez. ¡Me portaré bien! Te lo prometo.

Agita el spray y se lo coloca delante de los ojos.

—Tú me has obligado a hacer esto. Yo no quería. Cuando se rompen las normas hay consecuencias.

Aitor cierra los párpados, pero él se los abre a la fuerza y le rocía con la pimienta.

—¡No! ¡No, por favor!

Desesperado, se pone a gritar:

—¡Hijo de perra! ¡Hijo de perra!

Patea el suelo con los zapatos, mueve la cabeza en todas las direcciones y se retuerce en la silla. Abre la boca y su pecho no deja de subir y de bajar. Le quemán los globos oculares. Grita, se desespera como un animal malherido. Le escuecen las pupilas. Necesita frotarse los ojos. Meter cuanto antes la cabeza en un barreño de agua fría.

Abre un poco los párpados y se pone a soplar, pero el aire no consigue mitigar el picor. Parpadea de forma frenética y tose. Nota la falta de aire. Apenas puede respirar.

— ¡Noooooo! ¡Para, para, por Dios! ¡Cómo pica esta mierda! ¡Me arden los ojos! No puedo respirar, joder. ¡Me ahogo!

El enmascarado se aleja un par de metros y sonrío.

—¿Por dónde íbamos? —dice.

El ardor le resulta insoportable. Se le han inflamado los ojos, la nariz, la boca y también los pulmones. Cuando respira, lo hace con dificultad y puede oír con nitidez los silbidos. Parece un enfermo de asma al que le acaba de dar un ataque.

«Este hijo de puta va en serio. Esto no es ninguna broma», piensa.

—¡Estás como una puta cabra!

Aprieta los dientes y nota que le lloran los ojos. Trata de acompañar la respiración. Los jadeos son constantes.

—Eres el primero que me lo dice. Quizá estés en lo cierto. Nunca fui un chico normal. De pequeño, mi abuela quería llevarme a un psiquiatra.

«¿Qué coño pretende? Contarme su vida. Que vaya a un bar, pida una copa y se ponga a conversar con el camarero, joder. O mejor, si quiere hablar con alguien, que entre en una iglesia y busque un confesor. Los sacerdotes sí saben escuchar».

—¿Me puedes dar un poco de agua, por favor?

Guy Fawkes sigue a lo suyo. Las palabras de Aitor le entran por un oído y le salen por el contrario.

—Mientras los otros chicos de mi clase jugaban al fútbol, yo prefería mirar la naturaleza. Se aprende mucho observando. Siempre me han gustado los animales. ¿Has tenido una mascota alguna vez?

Opta por seguirle la corriente y asiente con la cabeza. No desea más sorpresas inesperadas. Con la pimienta ya ha tenido suficiente.

—¡Yo sí! Tuve un pastor alemán. Se llamaba Rocky y vivió unos cuantos meses, hasta que un día, un coche que pasaba por mi calle lo atropelló y el

conductor se dio a la fuga. ¡Pobre chucho! Murió en el acto. Al verlo allí, tumbado sobre la carretera, no sentí lástima por él sino curiosidad. Creo que aquel día fue la primera vez que comenzó a fascinarme la muerte. Al principio, cogía insectos que me encontraba en el campo y les cortaba las alas y las patas. Era divertido observar a aquellos bichos mientras agonizaban. Con doce años, capturaba gatos. Como vivíamos en un bajo, les dejaba un cuenco de leche en el jardín. Muchos de los gatos callejeros se acercaban y bebían. Algunos, sobre todo los más pequeños, se dejaban acariciar. En cuanto se confiaban un poco, los cogía, los metía en un saco y hacía un nudo con una cuerda. Después, me acercaba hasta el río y los tiraba desde lo alto del puente. Los gatos maullaban desesperados, movían las patas tratando de salir del saco antes de que los engullera la corriente. En una ocasión, cogí las pastillas que mi abuela usaba para dormir, las machaqué y las mezclé con la leche. Cogí tres gatos y, con un cuchillo, los abrí en canal. Resultó una tarea muy sencilla. Los cabrones ni siquiera se enteraron. Dormían plácidamente. Les extraje las vísceras y los diferentes órganos y los puse al sol durante horas para que se los comieran las moscas.

— Eres un puto psicópata, coño.

Guy se ríe. El comentario le ha hecho gracia.

—Por cierto, ¿sabes cuántos litros de sangre hay en el cuerpo de una persona normal? Yo te lo diré. Unos cinco litros. Hace poco leí por ahí que si vertiéramos la sangre de todas las personas que hay en el mundo en el mar Muerto, sus aguas tan solo subirían dos centímetros.

Con el dedo índice y el pulgar de la mano izquierda le muestra lo que son veinte milímetros. Aitor no lo ve. A su alrededor solo divisa siluetas borrosas y sombras. El picor en los ojos persiste.

Guy hace una pausa y recoge la cámara de vídeo que minutos antes había depositado en el suelo. La enciende y, tras comprobar que funciona, enfoca el semblante del hombre que está maniatado en la silla.

—¡Estás guapísimo! Deberías verte.

—¡Que te jodan!

—¿Has oído hablar de las películas snuff?

—¿Qué?

Un escalofrío le sacude la columna vertebral. Sus sentidos vuelven a estar en alerta.

—Vídeos snuff.

—No —dice tragando saliva.

Enseguida, su corazón se pone a bombear sangre a toda velocidad.

—Son grabaciones que registran torturas, violaciones y asesinatos. Se comercializan bastante bien. Hay todo un mercado de gente que las compra. A finales de los noventa, Alejandro Amenábar hizo una película sobre el tema: *Tesis*. ¡No sé si la has visto!

—Nunca veo cine español.

—¿Por qué?

—Por una cuestión de principios.

—¿Principios, eh? Pues tú te lo pierdes.

—Yo soy más de teatro —dice tratando de ganar tiempo—. En eso precisamente consiste la vida, ¿no? En interpretar un papel. No sé a quién se lo escuché. Pero es una verdad como un templo. La vida es una gran obra de teatro, la única diferencia es que la vida es un estreno continuo y no se pueden corregir los errores.

—Y tú, ¿te has equivocado mucho?

—Claro que he cometido errores. Como todo el mundo, imagino.

—Quizá por eso estás aquí.

—¡Vayamos al grano! No me gustan los rodeos. ¿Qué es lo que pretendes?

—¿Yo? Nada —dice encogiéndose de hombros.

—Se trata de un secuestro exprés, ¿no? Ahora querrás sacar toda la pasta que puedas.

—Podría ser... Pero si te das cuenta...

Guy Fawkes se quita la máscara y se coloca a escasos centímetros del rostro de Aitor.

—...me has visto la cara.

—Imposible. Con la pimienta que me has echado... no veo una mierda.

—Conoces mi aspecto. Si sales de esta habitación podrías facilitar una descripción detallada a la policía.

—No. Yo... yo no he visto nada. ¡No sé quién coño eres ni tampoco me importa!

—¡Di tu nombre completo!

—¿Y para qué quieres que diga mi nombre?

—¡Hazlo!

—Ya sé. Es una prueba de vida, ¿no?

—Aquí el que hace las preguntas soy yo.

—Ya sé de qué va esto. Antes he visto que traías una cámara. Ahora grabarás un video y exigirás un rescate. ¿Dónde tengo que mirar? ¿Dónde está

la puta cámara? —dice enfadado.

Sigue sin ver nada. Le arden los ojos.

Recuerda una mañana de noviembre que fue con su padre al monte a coger setas y le dio un apretón. Se refugió detrás de unos árboles y aprovechó para bajarse los pantalones. Cuando concluyó, se fijó en que no tenía a mano ningún papel. De modo que arrancó unas cuantas hierbas y se las pasó por el trasero sin darse cuenta de que había cogido un matojo de ortigas. A los pocos segundos, notó una fuerte quemazón en sus partes íntimas. El escozor era insoportable. Sentía como si decenas de piojos le estuvieran picando. Su padre le tuvo que llevar de inmediato a Urgencias. Desde aquel día, odia el campo y no ha vuelto a interesarse por los niscalos y las setas.

—Tu nombre... No te lo repetiré una vez más.

—Me... me llamo Aitor Fernández Díaz.

—Ahora di: voy a morir.

—¿Qué?

—Vas a morir.

Se agita en la silla, aprieta los dientes y un grito desgarrador emerge de su garganta.

El hombre de la máscara toma un primer plano y después se aleja un poco para registrar mejor la escena. Coloca un trípode a la cámara y se acerca con un cuchillo.

—Quizá debería poner unos plásticos, ¿no crees?

6

Aunque el cerebro de Jonathan no funciona al mismo ritmo que el de los otros chicos de su edad, sabe que lo que ha visto no es nada bueno.

«¡Ese hombre estaba enterrando a otro tío! ¿Por qué has tenido que entrar a jñar? ¿No podías haber plantado un pino en otro sitio? O haber esperado a que llegaras a casa. ¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!», piensa mientras atraviesa a toda velocidad las hileras de árboles que se abren a su paso. Conoce el bosque a la perfección. Sabe dónde se encuentran los mejores escondrijos.

La maleza cruje bajo sus pies. Si le atrapa está convencido de que no tendrá ninguna posibilidad. Ha oído historias de personas sin escrúpulos que disfrutaban haciendo daño a los demás. Hace poco leyó en una revista algo sobre un hombre en Ohio que secuestraba niños, los violaba y los degollaba lentamente en el sótano de su vivienda. Lo hacía por diversión. Como si fuera un hobby o un pasatiempo. Le cogieron por casualidad, en un control de carreteras, después de que hubiera asesinado a más de quince chicos.

«¡Corre, joder! ¡Corre!»

Como se entere el novio de su madre se va a enfadar. El Richard es una persona muy complicada. Siempre está de mala leche. Todo le parece mal. Se irrita por cualquier estupidez. A veces, tiene la impresión de que convive con un ogro. Está harto de aguantar sus quejas:

«No hagas eso», «¡Quítate de ahí, puto retrasado!», «¡Venga, lárgate!», «No toques la tele que la puedes romper» «¡Aire, que tu madre y yo nos vamos a enrollar».

Jamás le ha dedicado ni una sola palabra de afecto. Sí, es cierto. Él no es su padre, pero al menos podría mostrar algo de respeto. Está convencido de que quiere mucho más a su perro que a él. Recuerda la escena de la roulotte un par de noches atrás.

—Pero ¿qué cojones estás haciendo puto idiota? —le dijo.

—Los deberes de clase.

—¿De clase? Pero si la mitad de días no vas.

—Sí, sí que voy.

—Te lo he dicho cientos de veces: estudiar es una pérdida de tiempo, hijo.

—¿Ah, sí?

—¡No sirve para nada!

—Pues mi profesora no es de la misma opinión.

—¡Mírame a mí, chico! Ni siquiera terminé EGB. Y en mi vida he abierto un libro. Y aquí estoy... con un buen fajó de billetes y una autocaravana cojonuda. Las tías me adoran, pero eso no se lo digas a tu madre. ¡Lo que debes hacer es usar esto! —dijo llevándose el dedo a la frente.

—Claro.

—Tienes que dejar de parecer un retrasado y mostrar un poco de inteligencia. Deberías dejar esos malditos videojuegos que lo único que hacen es destrozarte el cerebro. Los chavales de ahora estáis todo el santo día con esas mierdas. Que si la play, que si el móvil, que si la tablet, que si las jodidas apps. ¡El mundo es una puta jungla, chaval! Y cuanto antes lo asumas, mejor para todos. Uno debe adaptarse o morir. Los listos son los únicos que sobreviven en esta ciénaga, ¿lo entiendes?

—Desde luego.

—¿Por qué coño no ves Breaking Bad? Con esa serie se aprende un montón... seguro que mucho más de lo que te puedan enseñar en clase.

El Richard admira a Walter White. Es su ídolo. Se puede pasar horas y horas viendo los distintos episodios. Le fascina uno de la primera temporada. En él, Walter le pide a Jesse Pinkman, su nuevo socio y antiguo alumno del instituto, que compre un barreño de plástico en el que disolver el cadáver de un traficante con ácido fluorhídrico. Sin embargo, Pinkman desoye el consejo y se pregunta para qué narices necesita un recipiente de plástico si podría introducirlo directamente en la bañera. Al sumergirlo en ácido, el cadáver se disuelve, pero también lo hacen la bañera, los azulejos del suelo y las cañerías. Con lo que gran parte del primer piso se derrumba y la vivienda queda hecha un cristo.

—Ese fulano es un puto genio. El mejor cocinero que existe. Nadie fabrica la metanfetamina mejor que Heisenberg. Yo, algún día, seré tan grande como él.

El Richard siempre está haciendo negocios. Buenos negocios. Se codea con personas importantes. La élite. Gente con mucho dinero. En la ciudad todos le conocen. El material que tiene es de primera. Nada de esa mierda adulterada que venden los chinos y los camellos del ensanche. Él cuenta con un contacto en el aeropuerto de Barajas que le trae el producto desde Colombia. Cuando se tiene dinero y se soborna al personal de aduanas para que miren para otro lado, se puede introducir en el país cualquier paquete.

No suele mover grandes cantidades porque no desea llamar la atención. Nunca lleva cadenas ni joyas. Conduce un viejo Renault 19 que se cae a pedazos. El tío es astuto. Huye de la buena vida. Lleva una existencia austera. No tiene tarjetas de crédito. Utiliza móviles desechables. Permanece lejos del radar de la policía.

El Richard, su madre y él viven en una caravana. Eso les permite moverse de un lado a otro sin levantar sospechas. Nadie desconfiaría de un individuo que aparenta no tener efectivo ni para comprar gasolina. A veces, se mezclan con la gente y se instalan en los campings. Allí una roulotte pasa inadvertida.

—Perfil bajo —le dice a menudo—. Si haces señales de ostentación estás jodido, ¿me oyes?

Él asiente, pero todavía sigue sin entender por qué viven como si fueran marginados de las zonas del Arrabal. El Richard está forrado. El dinero le sale por las orejas. Antes tenía montones de billetes hasta que un día se los comieron los ratones. Desde entonces, solo esconde lingotes. El oro lo oculta en una pequeña parcela que adquirió a muy buen precio a las afueras de Florida de Liébana. Él le ha visto alguna vez guardarlos. Su madre siempre le dice:

—¡Joder, cariño! Podrías tener un detalle. ¡No sé! Quizá podrías comprarme un abrigo de visón y gastar algo. ¡A este paso vamos a ser los más ricos del cementerio!

—De eso se trata, querida. Y además, ¿para qué coño quieres tú un visón? Te vas a Zara y por treinta pavos te compras un abrigo, ¿me oyes? La pasta está para cuando la podamos necesitar. La vida es muy larga, cariño. Y nunca se sabe...

De vez en cuando le lleva a hacer negocios con él.

—Cuando ese tío me pague, yo levanto el brazo y tú le surtes, ¿entendido?

—Sí.

—A mí no me tienen que ver con el producto. Porque si me pillan puedo pasar los diez próximos años en el talego. Y la cárcel es muy jodida. Ahí sí que te enculan, pero bien. Por delante, por detrás, por todos los sitios. Si pueden te la meten hasta por las orejas. En cambio, tú... al ser menor... en tres meses estás otra vez en la calle.

Él prefiere obedecer. Porque si lo hace mal o le lleva la contraria, el novio de su madre es capaz de partirle la cara. El hombre no se anda con rodeos. Cuando quiere, puede ser muy violento. Hace unos meses le atracaron. Dos yonquis le cogieron desprevenido en un callejón y le pusieron la aguja de

una jeringuilla usada en la garganta. Le dijeron que tenían el sida. O les daba el material o le joderían vivo.

Aquella noche, el Richard se tragó su orgullo y les entregó la mercancía. Perdió casi diez mil pavos. Para él constituía una cantidad ínfima. No obstante, lo primero que pensó fue que peligraba su reputación. Si se corría la voz y los atracadores se iban de la lengua, su negocio podía resentirse. Cuando te roban una vez y los responsables salen indemnes, se corre el riesgo de que puedan volver a intentarlo. Las personas suelen ser avariciosas por naturaleza.

Una semana más tarde, localizó a los dos drogadictos. Malvivían en una casa abandonada en las afueras de la ciudad. El Richard contactó con el camello que los surtía y le ofreció dinero a cambio de que pasara a los atracadores una dosis de heroína adulterada. Los dos desgraciados doblaron la servilleta esa misma noche. Al día siguiente, el Richard envió a la funeraria una corona de flores. En la nota se podía leer:

El mundo es un lugar mejor sin esos dos gilipollas.

Jonathan gira la cabeza y mira hacia atrás. El sepulturero corre detrás de él. Se encuentra a menos de cincuenta metros. Cuando llega a la roulotte, ve al Richard. Está sentado sobre el capó de la autocaravana fumándose un porro. Tiene los ojos inyectados en sangre y un rostro lleno de arrugas y marcas de viruela. Viste una camiseta azul con la imagen estampada del Pato Donald, pantalones cortos de lino y chancletas. Sus piernas tienen más pelo que las patas de un lobo. Matas negras que se enroscan alrededor de los gemelos. Le observa con desgana.

—¿Qué coño pasa, chaval?

—Hay un tío. ¡Está loco! Me está persiguiendo. Creo que quiere matarme —dice jadeante después de señalar con preocupación a una figura que sale de entre los árboles.

El Richard echa una ojeada. Se le contrae el rostro y traga saliva.

—¡Hostia, puta!

Se levanta a una velocidad frenética, tira el porro al suelo y se encara con el chico.

—¿En qué clase de mierda te has metido?

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Que no has hecho nada? Tú nunca haces nada. ¡Puto desgraciado! Y luego soy yo el que tiene que solucionar tus mierdas.

—Te lo juro... tan solo estaba dando una vuelta.

—¿Una vuelta, eh?

—Sí.

—¿Cuántas veces te he dicho que no debes llamar la atención?

El Richard entra en la casa ambulante, se dirige hasta un armario empotrado y lo abre. Se avecinan problemas. Tiene la mercancía oculta en una de las ruedas. Es menos de medio kilo, pero suficiente como para pasar una larga temporada a la sombra. Coge una escopeta recortada de dos cañones e introduce un par de cartuchos. El arma cuenta con un alcance más corto que cualquier otra pistola, pero resulta mucho más efectiva. Un disparo a menos de tres metros te destroza. Se mete los cartuchos restantes en el bolsillo mientras observa de reojo a Jonathan, que se ha escondido detrás del sofá.

Unos golpes resuenan en la puerta.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

El Richard mira al hijo de su novia y se lleva el dedo índice a los labios. Enseguida apunta con el arma hacia la puerta. Nota los músculos en tensión. La adrenalina hirviendo en su cabeza. Advierte que no ha echado el pestillo y eso le pone aún más nervioso. No es la primera vez que dispara una pistola. Ya lo ha hecho antes, pero siempre sobre latas, botellas de vidrio y algún que otro pájaro que sobrevolaba el cielo. Nunca ha matado a nadie. No ha tenido que hacerlo.

Cuando las cosas se ponen feas suele recurrir a un par de matones del barrio de Buenos Aires. Tipos duros, sin escrúpulos, curtidos en la cárcel y en la miseria, que no dudarían en vender a su madre por unos pocos cientos de euros. A él no le gusta ensuciarse las manos. La sangre implica riesgo. Un asesinato conlleva de quince a veinte años. Por eso, prefiere que sean otros los que se encarguen de sacar la basura.

El silencio se puede comprar, sobre todo si se cuenta con dinero. En la cárcel de Topas hay un preso que cumple condena por rajar a un individuo que quiso meter la nariz en los negocios del Richard. El Escayolas no acabó con la vida del tipo, pero estuvo muy cerca de enviarlo al otro barrio. Lo cosió a puñaladas y lo dejó en medio de la calle, envuelto en un charco de sangre, para que todos lo vieran. Aquello era una advertencia. Así se las gastaba el Richard cuando alguien trataba de invadir su territorio. Con el pan no se juega.

Desde entonces, cada mes y hasta que obtuviese la libertad condicional, el Richard pasa un sobre con dos mil euros a la esposa del Escayolas. El silencio y la lealtad tienen un precio. Ahora desearía que su antiguo compañero de fatigas estuviese allí. Él sabría mejor que nadie cómo manejar

la situación.

—¿Es usted el padre del chico que corría? Me gustaría hablar un momento con usted.

«¿Por qué no te vas a tomar por culo?», piensa.

—¿De qué se trata? —pregunta mientras fija la atención en el pomo.

—Es por algo que ha hecho su hijo.

—Yo no tengo hijos.

—¿Ah, no?

—Aquí no se te ha perdido nada. Así que, si no quieres tener problemas, te sugiero que te largues cuanto antes. ¡Mamón!

Escucha cómo los pasos se alejan.

—Creo que se ha ido —dice Jonathan.

De pronto, se escuchan unos disparos.

En cuanto nota el cuchillo deslizándose por la piel, Aitor se estremece. Siente el aliento de Guy Fawkes en la cara. Es un olor fétido. Desagradable. Como si en las últimas veinticuatro horas no hubiera comido nada. O peor aún, como si hubiera ingerido unos cuantos dientes de ajo. Apesta. La boca le huele a ratas.

A menos de cinco metros, la cámara registra la escena.

—¡Estás pálido!

«Tú también lo estarías si un gilipollas estuviese a punto de rebanarte el cuello?», piensa.

—¿Temes por tu pellejo? Así que, después de todo, tienes apego a la vida.

Se acuerda de un cortometraje que vio en internet unos meses atrás. En él, un ejecutivo baja hasta el parking donde ha estacionado su coche. Cuando está a punto de subirse, unos ruidos extraños le llaman la atención. Proceden del vehículo que está al lado. Al acercarse, se da cuenta de que los sonidos salen del maletero.

«Hay alguien dentro», piensa.

—¡Hola! —grita intrigado.

De pronto, escucha unos jadeos intermitentes. Le entran las dudas. Se debate entre marcharse a pedir ayuda o forzar la puerta con una llave inglesa.

A lo lejos ve acercarse a un individuo. En cuanto llega a su altura, le explica lo que sucede. El hombre le confiesa que se trata de su coche y que ahí no hay nadie dentro.

—Serán imaginaciones tuyas —le dice.

Para quedarse más tranquilo, le pide que abra el coche. Al levantar la puerta del maletero, el ejecutivo ve una cadena de música conectada a dos altavoces. Está encendida. El otro hombre le asesta un golpe en la cabeza y, de forma apresurada, lo mete en el maletero. Después cierra con llave, se sube al vehículo y sale del parking.

Cuando lo vio, Aitor se quedó impactado. Le dejó tan mal cuerpo que durante días pensó qué se sentiría al vivir algo así. Pues bien, ahora está muy cerca de experimentar ese sentimiento.

—Necesitas ayuda. Estás muy mal.

Le hace un pequeño corte en la mejilla y se ríe. Aitor se estremece. Respira como si hubiera corrido una maratón y hubiese llegado extenuado a la meta. La sangre le cae por la barbilla.

—No lo creo —dice sonriendo—. ¡Por cierto, ahora que te veo bien, no te pareces en nada a la foto de tu perfil de Tuenti!

El enmascarado se aleja.

—¿De qué hablas?

El rostro de Aitor se contrae. Las arrugas se repliegan por su frente. Los picores, a consecuencia de la pimienta, le han concedido una pequeña tregua. Aun así, le escuece la herida a causa del sudor. Necesita transmitir que no siente ningún miedo. Debe ser fuerte. Proyectar la imagen de alguien que no tiene nada que perder. Si percibe que está desesperado, Fawkes no tendrá piedad.

—Estás mucho más gordo. Y has envejecido de golpe. ¿Cómo es eso? Por lo menos, tienes treinta años más y se te ha caído el pelo. ¿Problemas de alopecia? Esa coronilla es bastante preocupante. Por tres mil pavos te hacen un trasplante en Turquía.

—¿Lo dices por experiencia?

Escucha una risita que le pone la piel de gallina.

—Me gusta tu sentido del humor.

—¿Qué buscas? ¿Quieres dinero? ¿Es eso? ¡Coge mi cartera!

—Ya la tengo.

Extrae del bolsillo izquierdo del pantalón una cartera de piel y se la enseña.

—Te la quité al poco de llegar.

La abre y se pone a revisar el contenido. Examina con detalle las distintas tarjetas: Mastercard, Visa oro, El Corte Inglés. Encuentra varias tarjetas de fidelidad de un par de establecimientos de ropa y de un supermercado. También un bono de descuento de una tienda de deportes. Le llaman la atención las fotografías. Hay dos. Una es de Rosa, su mujer, poco después de conocerse.

—Tu esposa es muy guapa. ¿Cuántos años tiene? Parece mucho más joven que tú. ¡Está para darle un buen repaso, eh! Ya lo creo que me la follaría —dice mientras saca la lengua por la ranura de la máscara y la desliza por los senos que aparecen en la foto.

—¡Suéltame!

Y la otra instantánea es de Claudia y Raquel, sus pequeñas.

—Y tus hijas parecen muy felices —dice mientras le muestra la fotografía.

Enseguida reconoce el sitio. La foto se tomó en la playa de San Sebastián, un día que hizo mucho calor. El asfalto ardía. El sol se proyectaba en el agua y por todos los lados había montones de sombrillas, toallas y personas atiborrándose de rayos ultravioleta. Las niñas estaban construyendo un castillo de arena.

—A ellas no las metas en esto —replica cabreado.

Le hierve la sangre cuando alguien se mete con sus pequeñas. En esos instantes, algo se desata en su interior, una furia desconocida aflora a la superficie. Aprieta los dientes. En su mirada hay una mezcla de asco e ira.

—¿Les has hablado de mí? O soy uno de tus secretos inconfesables. Robert Louis Stevenson decía que todo el mundo es como la luna: posee dos caras, pero en público solo muestra una. ¿Qué cara vamos a ver esta noche? La del doctor Jekyll. O te convertirás en Mister Hyde.

—¡Cállate! No quiero escucharte.

—Me pregunto qué es lo que pensarán cuando sepan que a su padre le gustan los niños.

—¡Déjame en paz!

—Porque te gustan los niños, ¿no?

Traga saliva y percibe que el corazón se le vuelve a acelerar. Palpita tan fuerte como el motor de una motocicleta en marcha. Está fuera de sí. Si pudiera se abalanzaría sobre el enmascarado y le rompería la cara. Le pisotearía la cabeza una y otra vez hasta reventársela.

—¡Que te den!

—¿Tienes idea de lo que les ocurre a los pederastas en la cárcel? Los otros reclusos los odian. Los presos cuentan con su propia ley. Entre rejas, existe un código no escrito que se cumple a rajatabla. Los pederastas lo tienen chungo en el talego. Son la escoria, la basura entre la basura. ¡La mierda! Los convictos odian a todos los sinvergüenzas que abusan de las niñas. ¡No existe un crimen peor!

—¿Me estás chantajeando?

—Podría ser.

—¡No te conviene! Además, nadie te creerá.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Es tu palabra contra la mía. Y, por si no lo sabes, soy un miembro respetado de la comunidad. Cuento con influencias.

—¿Influencias? ¡No me hagas reír! Eres tan respetable como uno de esos políticos que dan lecciones de honradez. Y luego la justicia los detiene por blanqueo de capitales porque tienen alguna cuenta en Suiza o en algún otro paraíso fiscal.

—¡Ni te imaginas de lo que puedo llegar a ser capaz! —dice con rabia.

—No estás en condiciones de amenazar a nadie.

—Por si lo has olvidado, sé dónde vives. ¡Tú mismo publicaste tus datos en el muro de Facebook!

—¿Acaso piensas que soy tan estúpido como para facilitar mi nombre y mi dirección a las primeras de cambio? He hecho lo mismo que tú. He creado un perfil falso y me he hecho pasar por alguien que no soy.

—¿Y por qué harías algo así?

—¿Para llegar a ti? Las fotos que te envié eran mías. De cuando tenía once años. Pero como has podido comprobar, he crecido bastante desde entonces. Ya ha pasado más de una década. ¡Y hasta me han salido pelos en los huevos! A veces, Photoshop puede resultar una herramienta muy útil cuando se necesitan realizar retoques y montajes.

—Pareces un tío listo.

—Lo soy. Fui el primero de mi promoción en el bachillerato.

—Pues si eres tan inteligente... quizá podríamos llegar a un acuerdo.

Guy Fawkes tira la cartera al suelo, cruza los brazos y le observa con detenimiento. Por su mente parecen desfilar un montón de ideas.

—Te escucho.

—Coge mis tarjetas y acércate a un cajero. Allí podrás sacar hasta un máximo de veinticinco mil euros. ¡Cógelos! ¡Son tuyos! Te los regalo. A cambio, tú me sueltas. ¡No te denunciaré, ni diré nada a nadie! Seré una tumba. Como si no hubiera pasado nada. Sin rencores, ¿de acuerdo?

El enmascarado se ríe.

—¿Me tomas por estúpido? ¿Crees que nací ayer?

—¡No! ¡Claro que no! Solo soy práctico.

—¿Práctico? ¿Piensas que me importa el dinero?

—¡Pues claro! El dinero mueve el mundo, te lo digo yo, que soy el responsable de una sucursal bancaria. ¿Por qué crees que las personas van todos los días a trabajar? Porque les gusta. Porque disfrutan con ello. ¡Y una mierda! Van porque les pagan un sueldo. Si no cobrasen su nómina a final de mes, ¿crees que irían? ¡Venga ya! Ve al cajero y luego me sueltas. Te juro, por mi madre, que no te pasará nada. Te doy mi palabra de honor.

—¿Tu madre no murió hace unos meses?

Aitor se sobresalta. Una punzada le sacude la tripa.

—¿Co... cómo lo sabes?

—Un infarto, ¿no? Que Dios la acoja en su seno. Lo sé todo de ti. Te he estudiado al milímetro. Eres el director comercial de una caja de ahorros. Estás licenciado en Dirección y Administración de Empresas por la Universidad de Málaga. Te gustan los deportes. Eres hinchado del Atlético de Madrid. Cada quince días sueles acudir al Vicente Calderón a presenciar los partidos. Tus hijas se llaman Claudia y Raquel. Sueles veranear en un chalet que tu suegro posee en Murcia. Hace poco te has comprado un vehículo de alta gama y vives en el número veintitrés de la urbanización La Paloma. Por cierto, hace unas noches me colé en tu chalet, drogué a los perros y meé en la piscina.

—¿Measte en mi piscina?

—Ajá. Y lo otro... porque no tenía ganas. Que si me llega a dar un apretón. Allí que lo dejo en el jardín. ¿Hubiera sido un buen regalo, eh?

—¡Joder! Reconozco que los tienes bien puestos. ¡Sí señor! Ya lo creo.

No puede evitar una risita.

—¡Ah, por si no lo sabías, tu mujer te engaña!

—¿Cómo?

—Te la está pegando con su profesor de tenis. Luis, creo que se llama el playboy.

—¿Estás de coña?

No se lo cree. Está convencido de que el jodido Guy está jugando con él. Pretende desestabilizarlo. Rosa no sería capaz de hacer algo semejante. La conoce demasiado bien. Aunque...

—No.

—¡Mientes! Eres un jodido mentiroso.

—Nunca deberías haberle permitido que se apuntase a esas clases en el club de campo. Eso sí, su drive parece haber mejorado bastante en los últimos meses.

—Con lo que cuestan las putas clases... como para no aprender algo. Y, ¿cómo lo sabes?

—La seguí hace unas semanas, poco después de que saliera de la peluquería. Por si sientes curiosidad, se lo montan en casa de él. Aunque a veces, cuando tú no estás, también utilizan tu chalet.

—No, no es posible. Ella nunca... nunca sería capaz de hacer algo así.

—Las apariencias engañan. A veces creemos vivir con alguien bajo el

mismo techo y no llegamos a conocerle. La vida tiene estas cosas. Que nunca sabes lo que va a ocurrir a continuación. Te voy a mostrar unas fotos —dice mientras vuelve a salir del sótano.

El chaval y el otro tipo están atrincherados en la caravana. Tal vez se ha impacientado. Disparar no ha sido una idea inteligente. Pero el chico le ha visto y ahora se ha convertido en un problema. Un testigo que probablemente abrirá la boca delante de un juez. Los muertos son los únicos que permanecen callados.

Debe actuar con premura antes de que consigan llamar por teléfono. Quizá ya lo han hecho y entonces la policía podría personarse de inmediato. Y si encuentran la tumba e identifican el cadáver que llevaba en el maletero, habrá consecuencias. Y no solo para él. Irán a por Maite. Y la violarán, la torturarán y la despedazarán como si fuera un vulgar trozo de carne. Para entonces, deseará no haber nacido y se preguntará si alguna vez había llegado a conocer a su esposo.

—Nadie tiene que saber que está muerto —le dijo su cliente poco después de contratarle—. Que pase por una desaparición. O mejor aún, que crean que se ha marchado de viaje durante una larga temporada.

—Como usted ordene.

David Verruti, alias el Capo, también conocido como David el Alto no era una persona que admitiese los errores. El Alto no llegaba al metro y medio de estatura, pero era el primogénito de un importante jefe de la mafia calabresa. El Capo se había instalado en la Costa del Sol y poseía un complejo hotelero que utilizaba como tapadera en sus turbios negocios. Verruti controlaba el juego, la extorsión y la prostitución en varias ciudades españolas. También estaba metido en el trapicheo de drogas. Gran parte de la heroína que entraba en España lo hacía a través de La Línea de la Concepción. Allí contaba con una importante infraestructura que incluía barcos, motos acuáticas y naves industriales donde ocultar la mercancía. Después la distribuía por Europa. En los últimos tiempos se había especializado en la trata de blancas.

Verruti era un hombre cauto. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía era conveniente prestarle atención. Si le encargaba algo debía hacerlo sin rechistar. Porque negarse equivalía a estar muerto. Jota había trabajado en un par de ocasiones para él. Siempre le habían encomendado cargarse a algún miembro de un clan rival. Hasta el momento, había acabado con la vida de tres

sicilianos que a Verruti no le caían demasiado bien. Los había matado a sangre fría. A uno de ellos lo degolló mientras dormía en el asiento delantero del coche. Fue tan rápido que el hombre apenas sufrió.

En su último encargo (y por el que ahora está así) había gato encerrado. Lo supo desde el mismo instante en que Verruti le contó que debía quitar de en medio al amante de su novia. En cuanto lo vio, Jota se dio cuenta de que aquel individuo no mantenía ninguna clase de relación con la pareja del mafioso. Era alto, huesudo y tenía demasiada pluma. A menudo se vestía con camisetas ajustadas, pantalones de pitillo, chaquetas de cuero y zapatillas de colores. Por las noches, cuando salía de fiesta con sus amigos, llevaba camisetas de tirantes y pantalones vaqueros que le marcaban la entrepierna. A aquel fulano le iban las pollas. ¿Por qué le había mentado? A él no le importaban las razones que tuviera para borrarlo del mapa. Jota no hacía preguntas, pero no le gustaba que le tomaran por un *gilipollas*. Allí había algo que no cuadraba. Verruti no le había dicho la verdad. Prefería que le ocultasen información a que se riesen de él.

Minutos después de liquidar a su objetivo, Jota había limpiado con esmero cada centímetro cuadrado del apartamento. Detrás de un falso estante había encontrado un cuaderno. Al abrirlo, había descubierto una memoria USB y un sinfín de anotaciones escritas con un bolígrafo. Tras leer el contenido, el sicario comprendió que aquel pobre desgraciado era el contable de Verruti. En el cuaderno había fechas, nombres, transacciones y números de cuenta bancarios. Si aquello caía en manos de la policía, el clan de la mafia calabresa quedaría desarticulado. Finalmente, vació el armario y llenó un par de maletas que esa misma noche depositó en un contenedor de basura. Cuando todos dormían en el bloque de apartamentos, enrolló el cuerpo con una alfombra y lo bajó en el ascensor.

Lo que Jota no conseguía comprender era por qué le habían encomendado aquel trabajo. El encargo podía haberlo realizado cualquiera de los lugartenientes que el mafioso tenía en nómina.

«Es más seguro lavar la ropa sucia en casa», pensó.

Por su mente sobrevoló la idea de que Verruti trataría de liquidarle una vez que se hubiera quitado de encima al contable.

Aún le tenía que pagar nueve mil euros. El cuaderno y la memoria portátil podrían convertirse en un valioso salvoconducto. En cuanto regresara a casa los pondría bajo llave en la caja de seguridad de algún banco.

«A ver qué inventas para sacarlos de ahí», piensa mientras echa un

vistazo a su alrededor.

Está a menos de quince metros de la autocaravana. Reconoce el modelo. Un conocido suyo al que le gusta ir de camping tiene una igual. Es una Hobby Siesta 650 AK. Un modelo económico pensado para familias numerosas. En su interior pueden dormir más de seis personas y, si se precisa más espacio, el salón puede convertirse en un dormitorio. Se pregunta cómo es posible que existan individuos que prefieran una casa ambulante a un hogar de verdad. Él no es quién para juzgar a nadie, pero eso de deambular de un sitio a otro tiene que ser divertido hasta cierto punto.

Introduce un nuevo cargador en la pistola y apunta hacia la ventana. Aunque le pese, no puede dejarlos con vida. Sería una estupidez. Y, por experiencia, sabe que las estupideces se pagan muy caras. En la parte inferior izquierda, detrás de las cortinas, cree divisar una silueta en movimiento. Los disparos resuenan como obuses en la arboleda. El cristal se hace añicos. Algunos pájaros echan a volar.

—¡Hijo de perra! ¡Te vas a enterar! —grita alguien desde el interior.

«¡Le he dado! ¡Seguro que le he dado!»

Para asegurarse, vuelve a abrir fuego hasta que vacía el cargador. Cuando se queda sin balas, echa a correr hacia la puerta. Enseguida le sorprenden los disparos. El primer proyectil pasa a escasos milímetros de su cabeza. El segundo le golpea en el hombro y lo desequilibra por completo. Cae de bruces sobre una alfombra de piedras y hojas secas. Al levantar la cabeza del suelo, se da cuenta de que está en peligro. Los proyectiles silban a su alrededor. El tipo de la autocaravana está rabioso. Debe ponerse a cubierto de inmediato. En ese lugar es un blanco fácil. Pese al fuerte dolor que siente, se arrastra con el brazo sano y con las piernas y se dirige hacia la parte de atrás de la autocaravana como si fuese una maldita serpiente que reptaba por la arena del desierto. Allí estará a salvo. El polvo se le mete en la boca.

«¡Vamos! ¡Date prisa, joder! Tienes que moverte y rápido».

Tras salir del ángulo de visión e instalarse en la parte trasera de la autocaravana, se hace una idea clara de la gravedad de la herida. Tiene un boquete enorme en el hombro y lo más preocupante es detener cuanto antes la hemorragia. Al mover el brazo, el dolor es tan intenso y agudo que le hace contemplar las estrellas. El proyectil sigue dentro. Le ha destrozado gran parte del tejido. Pese a ello, no le ha afectado a ningún órgano vital.

Jota advierte que está empapado en sudor y pierde mucha sangre. Siente escalofríos. No está preparado para tratar ese tipo de heridas. Debe acudir

cuanto antes a un hospital. Habrá preguntas.

Con los dientes se arranca parte de la camisa y pasa los jirones de tela alrededor del sobaco y del cuello. Repite varias veces la operación. Tras enrollarse bien el hombro, comprueba que no se mueve. El dolor es persistente.

«De momento, el torniquete servirá», piensa aturdido.

—Si me hacéis entrar... lo lamentaréis —grita para que sepan que sigue vivo y que los proyectiles no han acabado con él.

Con cierta dificultad saca otro cargador del bolsillo y lo introduce en el arma. No sabe cuántas personas hay dentro de la autocaravana ni cuántas balas tendrá que utilizar. Espera que pocas. El chico cavó su propia tumba cuando le vio deshacerse del contable y de los dos picoletos.

—¡Estás bien jodido! Hemos llamado a la pasma. ¡Llegarán de un momento a otro!

Cuando se actúa con precipitación se cometen errores. Jota lo sabe bien. Detesta proceder así, pero este trabajo se le ha ido de las manos. Existen determinadas variables que no se pueden controlar. El azar es una de ellas. Está malherido. Se siente débil, le pesan los párpados y el agujero del hombro le ha mermado las fuerzas. Ha perdido mucha sangre. La herida le escuece. Tiene mucha sed. Durante una fracción de segundo pasa por su mente la idea de abandonar, pero esa opción es inviable. Si lo hace, habrá represalias.

—¡Os vais a cagar! —farfulla entre dientes.

Se mete debajo de la autocaravana y se arrastra un par de metros hasta el lado opuesto donde se halla el tipo que le ha disparado. Están justo encima. Puede oír los pasos moviéndose de un lado a otro del vehículo.

Apenas hay espacio. Le cuesta avanzar como un soldado que se desplaza a través de un terreno lleno de arenas movedizas. Solo espera que al fulano no se le ocurra la genialidad de arrancar y dar marcha atrás. En caso de que lo haga, las ruedas podrían pasarle por encima. Observa que el suelo está cubierto de gotas de grasa. El depósito de gasolina se encuentra en un lateral. Cuando sale de debajo de las ruedas, se sienta a horcajadas y abre un panel que tiene la forma de un rectángulo. Procura no hacer ruido. En el interior hay un tapón. Trata de arrancarlo con la mano, pero no puede. Tira todo lo que le permiten sus fuerzas.

—¡Maldita sea! Si tuviera un jodido martillo...

De modo que, como hay unas hendiduras alrededor, hace palanca con el cañón de la pistola hasta que el tapón se dobla ligeramente. Con el brazo sano,

tira con fuerza hasta que finalmente cede. Con toda probabilidad, en el interior han escuchado los ruidos y se estarán preguntando qué está haciendo. Para desviar la atención, coge la pistola y efectúa dos disparos al aire. Eso los mantendrá entretenidos.

Oye la voz del chico.

—¡Está ahí, al otro lado!

—Sí, ya me había dado cuenta —dice una voz masculina.

Saca un pañuelo del bolsillo y lo introduce en la boca del depósito hasta que la tela se empapa con el combustible. Le gusta el olor que desprende la gasolina. Le trae recuerdos de su niñez.

Extrae la punta del pañuelo y busca un mechero en el bolsillo del pantalón.

«Esos cabrones se van a enterar. La venganza es un plato que se sirve frío», piensa mientras una sonrisa se perfila en sus labios.

Pocas veces ha experimentado tanta satisfacción. Pocas veces ha estado tan cerca del precipicio.

Enciende la tela, rodea la autocaravana y echa a correr en la misma dirección en la que vino.

—¡Que os jodan, hijos de perra!

Al cabo de un minuto mira hacia atrás y se da cuenta de que no ha ocurrido nada. Maldice su suerte.

«¡Mierda! Para una vez que necesito que eche a arder. ¡Joder!»

Regresa sobre sus pasos, mira el depósito de gasolina y descubre que el pañuelo se ha apagado. Lo prende y corre de nuevo como si le estuviera persiguiendo el diablo.

En el interior de la autocaravana el Richard se percata de lo que está a punto de suceder.

Ahora sí habrá fuegos artificiales.

—Pero... pero ella.

Mira las fotos y se siente ultrajado. Allí están desnudos, en acción. Practicando distintas posturas. Esa última es nueva. No la conoce. Parece una gimnasta en un complicado ejercicio de acrobacia. Se lo está pasando muy bien. Advierte en el placer que embarga a Rosa.

«Hija de perra», piensa.

Se le revuelve el estómago.

A pesar de que no lo quiera reconocer, Aitor se ha ido distanciando a lo largo de los meses. Ya nada es como antes. Cuando la conoció, él casi le doblaba la edad. Ella era una cría. Tenía dieciséis años. Más de una vez pensó que podría ser su padre. Desde que era pequeño siempre le habían atraído las chicas jóvenes. Cuanto más imberbes, mejor.

«Si es que las visten como putas», pensó al recordar a una chica de doce años que iba al mismo colegio que Raquel. La joven vestía un ceñido top azul que remarcaba sus pechos y unos vaqueros que moldeaban a la perfección sus caderas.

—A ver si un día la invitas a venir a casa —le dijo a su hija.

Un profesor de tenis ha terminado con su matrimonio. Cuando vuelva a verle, le cortará los huevos y se los meterá en la boca.

—Debo pensarme tu propuesta —dice Guy mientras se quita la careta.

Vislumbra el semblante del secuestrador. Pelo rubio, ojos achinados y una cara alargada y vulgar. Nariz pequeña y redonda. Nadie se fijaría en él. Es joven. Unos veinticinco o treinta años. Quizá menos.

—No hay nada que pensar. Es un trato justo. ¡Veinticinco mil euros! Dinero contante y sonante. Eso es mucha pasta. Podrías comprar un montón de cosas o irte unas semanas de vacaciones.

—Me parece poco. ¡Quiero más!

—¡Veo que empezamos a entendernos!

—¿Podrías aflojarme un poco las cuerdas? Me están cortando la circulación.

—De eso se trata.

—¿Veinticinco mil euros te parece una cifra irrisoria, eh? ¡Bien! ¡Pon tú el precio!

—¡Estírate un poco! Hazme otra oferta.

—Hmmmmm... ¿Tienes trabajo?

—¿Por qué lo dices?

—Porque en este país ser joven y tener un empleo digno son dos términos incompatibles. Solo hay que echar un vistazo a la tasa de paro juvenil. Seguro que has terminado la carrera hace poco.

—Estudié Económicas, pero desgraciadamente lo tuve que dejar. Después, hice un módulo de auxiliar de veterinario.

—Yo podría echarte un cable. Conozco a mucha gente. ¡Personas poderosas! Tengo mucha amistad con un político que podría colocarte de asesor.

—¿Asesor? ¿De qué?

—De lo que sea. Te crean un puesto específico y a cobrar. Y en la Administración pagan bien. De setenta y cinco mil a cien mil euros anuales y sin hacer nada. Encima con un horario cojonudo. De ocho de la mañana a tres de la tarde. Y solo tendrías que ir a calentar el sitio. Porque eso es lo que hacen la inmensa mayoría de los asesores... llevárselo crudo. Y además, alguien como tú, inteligente y preparado, contaría con muchas posibilidades.

—Los políticos me dan asco. Me revuelven las tripas cada vez que los veo en la televisión.

—¿Asco? ¿Por qué?

—Son unos mentirosos compulsivos. Prometen una cosa y hacen la contraria. Viven alejados de la realidad y de las necesidades de la gente normal. Utilizan cientos de eufemismos para ocultar las cosas. A la marcha de miles de jóvenes españoles para buscar trabajo en el extranjero la denominan movilidad exterior. El rescate a la banca se ha convertido en un préstamo en condiciones muy favorables. ¡Manda huevos! Se rescata a las cajas de ahorros. Y a las personas que desahucian de sus casas que las zurzan, ¿no? Vivimos en un país de vergüenza, donde los diputados votan cualquier cosa que les digan sus jefes de filas. Solo les interesa seguir con su culo pegado al sillón parlamentario. Los políticos son bazofia. ¡Están podridos!

—¿Y en este mundo quién no lo está? El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Si escarbas, la mierda sale a flote.

—¿Has hecho esto antes?

La pregunta sorprende Aitor.

—¿A qué te refieres?

—A quedar con niños a través de internet.

—No, claro que no. ¿Por quién me tomas? No soy ningún degenerado. ¡Tengo familia! Pero tú... tú parecías tan especial.

—Que yo era especial. ¡No me hagas reír!

—Es verdad. Tus mensajes me cautivaron. Esa manera de escribir, esos sentimientos que me contabas. Por eso me apetecía quedar contigo.

—Eso se lo dirás a todos.

—¡No! Estás confundido. ¿Qué hay de malo en charlar un rato? Hablar no hace daño a nadie.

—No. ¡Charlar está bien! El problema es cuando quieres llegar más allá. Por cierto, podrías decirme ¿por qué has creado más de trescientos perfiles en Facebook, Yoursphere, Tuenti y Hi5 con diferentes nombres y personalidades? ¿Por qué tienes más de quinientas cuentas de correo electrónico operativas? ¿Podrías explicármelo? Porque yo aún sigo sin entenderlo.

—No sé de qué estás hablando —dice mientras nota una punzada en la tripa.

—Me refiero a Lisa, a Iván, a Pablo, a Marta, a Jorge, a Nuria, a Inés... Y podría seguir. Mi pasión son los ordenadores. Hoy en día, quién no sabe manejar uno es un analfabeto. Hace unas semanas pirateé tu portátil.

—¿Mi portátil? Eso es ilegal...

—No veas lo fácil que resultó. Eres demasiado previsible. Para otra vez te aconsejo que actualices tus claves. Solo los tontos ponen como contraseña la fecha de nacimiento de sus hijos.

Guy Fawkes coge el teléfono móvil de Aitor, se conecta a internet y se pone a navegar.

—Accedí al servidor y a algunas de tus cuentas y mira lo que encontré...

—No.... Yo....

Le enseña algunos perfiles de Facebook y varias webs de contenido pornográfico.

—Visitas a páginas poco recomendables. Eres un depredador. Te haces pasar por alguien que no eres y acosas a los niños. Los convences de que eres su amigo, les pides que te envíen fotos. Fotografías en muchos casos comprometedoras. ¿Cuántos años tiene esta, eh? ¿Nueve? ¿Diez? ¿Cómo te ganas su confianza? ¿Qué les dices? Estudias a tu víctima, ¿no? Analizas con detalle su perfil, los contactos que tiene, miras sus fotografías, la sigues en las diferentes redes sociales, te haces su amiga, te sirves de cualquier argucia...

—Los sentimientos que albergaba hacia ti eran verdaderos. ¿Cuál es el problema?

El joven extiende los brazos como si fuese un sacerdote que ha abierto su alma a Dios.

—Que creías que tenía doce años. ¡Todos los chicos con los que te relacionas son menores, por el amor de Dios!

—El amor no entiende de edades.

—¡No me hagas reír! Si no hacen lo que tú dices... los extorsionas. Los amenazas con enviar las fotos comprometidas a sus familiares, a sus amigos... Conviertes sus vidas en un infierno. Todo comienza de modo inocente, ¿no? Al principio solo es un bailecito delante de la webcam. Después, cuando crees haberte ganado su confianza, les pides que se fotografíen en ropa interior, que se desnuden...

—¡El mundo es así! ¡Apesta! Yo no he hecho las reglas. ¿Acaso es justo que un tío por dar patadas a un balón de fútbol gane más que un médico que a diario salva vidas? ¿O que una indigente vaya a la cárcel por pagar unos pañales para su bebé con una tarjeta de crédito que se encontró en la calle? ¿O que los políticos desvalijen las arcas públicas y ni siquiera sean juzgados? ¿O que en África muera de hambre un niño cada tres segundos? En lo que tú y yo estamos aquí, ya han fallecido unos cuantos. El mundo es una cloaca.

—Ya, pero... si nadie hace nada seguirá apestando, ¿no?

—¿Y qué es lo que vas a hacer tú por mejorarlo, eh? ¡Dime! ¿Acaso te crees mejor que yo? No me juzgues, vale. No me conoces.

—Mejor de lo que crees.

—Ayudo a la gente. Colaboro en obras benéficas de la Iglesia. Doy dinero a Cáritas y, algunos fines de semana, echo una mano en un comedor social. ¡Presto ayuda a familias que lo necesitan! Gente que está pasándolo muy mal a consecuencia de la crisis.

—Me rompes el corazón. Así que ahora eres una hermanita de la caridad. ¡Un gran samaritano!

—¡Vete a la mierda!

Guy saca un recorte de periódico y lo pone delante de Aitor. Él no tarda en mostrarse esquivo e inquieto.

—Es una noticia de hace un par de años. Apareció en el periódico. ¡Léela! En voz alta.

—No tengo las gafas. De cerca no veo nada.

—Pero si en tu vida has usado gafas. ¡Lee!

—¡No quiero!

—Entonces tendré que volver a recurrir a la pimienta.

—¿Crees que eso me intimida?

—¡Comprobémoslo!

Guy hace ademán de volver a coger el espray.

—¡Vale, vale, joder! Ya lo leo. No hace falta ponerse así. Emepunto-gepunto-hache, de trece años de edad, se suicidó la semana pasada ahorcándose en su casa de Castellón. La policía cree que se trata de un nuevo caso de ciberbullying. En su perfil de Twitter han encontrado un mensaje de despedida de la joven: lo siento. No puedo más. Me rindo. Fuentes policiales señalan que Emepunto-gepunto-hache estaba siendo acosada desde hacía varios meses. Por el momento, el juez ha decretado el secreto del sumario.

—Eres tú, ¿no?

—¿De qué hablas?

—Eres el acosador. Tú hiciste que esa niña se quitara la vida con tus amenazas.

—¡No! ¡No! ¡No! A mí no me vas a colgar eso. Yo no tengo nada que ver.

—Quizá hayas conseguido burlar a la policía, pero a mí no me engañas.

—Te equivocas.

—¡Ah, sí!

—A mí jamás se me ocurriría hacer daño a un niño. ¡Los amo demasiado!

—¿Los amas? ¡Estás enfermo!

—Antes de hablar deberías mirarte en el espejo.

—En uno de los discos duros que tenías encriptado, he encontrado un montón de vídeos, miles de fotografías de menores desnudas o semidesnudas y decenas de enlaces a páginas web de pornografía infantil. ¿Te parece poco?

—Yo no les hago chantaje, ¿queda claro?

—¡Y yo soy la reencarnación de Elvis Presley! En uno de los mensajes de una de tus cuentas de correo me topé con esto.

Coge el móvil y se lo muestra. El rostro de Aitor se ensombrece.

—No, yo no...

—Creías haberlo borrado, pero... mala suerte. Cuando haces algo en un ordenador, siempre queda un rastro. Siempre existe un hilo del que tirar. Es lo bueno de la informática.

—¡Olvídame, joder!

—Aquí tengo un mensaje tuyo. ¡Mira lo que le decías, cabrón! ¡Hola, Marta! Tengo un montón de fotos tuyas y voy a enviárselas a todos tus amigos. ¿Qué crees que pensarán cuando te vean desnuda? ¿Qué dirán tus padres? ¿Y los profesores? Todo el mundo creerá que eres una putilla. Voy a publicarlas

también en algunas páginas porno. Te voy a arruinar la vida, a no ser que nos veamos la semana que viene... ¿Qué opinas ahora? ¡La cría se suicidó por tu culpa, maldito cabrón!

—No, yo...

—Sí, tú...

—No era mi intención. Te lo prometo. Yo no quería hacerle daño. No... no soy así —dice mientras rompe a llorar.

—Tus lágrimas me parten el corazón.

—¡Olvidame!

—Trece años. Solo tenía trece años y le jodiste la vida. Esa chica se suicidó. Ahora tú y yo vamos a jugar. Voy a coger el teléfono y llamaré a tu mujer. Le confesarás todo. Le dirás que estás enfermo y que eres un pederasta. Confesarás todas las cosas malas que has hecho durante estos últimos años.

—¡Te doy cien mil euros!

La explosión le tira al suelo. Al mirar hacia atrás, descubre que la parte trasera de la autocaravana se ha convertido en un amasijo de hierros, chapas y alambres. Los muebles del interior han quedado destrozados. Algunos de los cascotes están diseminados por el suelo. De los asientos sobresalen los muelles y lo que antes parecían unos muebles de salón y una cocina, ahora se han transformado en porciones inservibles de madera. Las ruedas han quedado reducidas a jirones de goma. La lluvia de cristales lo ha cubierto todo. La parte delantera ha conseguido sobrevivir.

Necesita asegurarse de que han muerto. Tiene que comprobarlo. En su trabajo los condicionales están mal vistos. Uno no puede estar pendiente del: «¿Y si?» ¿Y si han sobrevivido? ¿Y si han logrado escapar? ¿Y si están dispuestos a cantar *La traviata*? Los contratiempos se pagan caros.

Se levanta de mala gana, empuña la pistola y dirige los pasos hacia los escombros que aún se mantienen en pie. Una estela de humo surge de los bajos de la autocaravana. Camina con mucha dificultad. Lamenta no haberse puesto un chaleco antibalas. El dolor en el hombro le resulta insoportable. Solo espera que no le haya dado en la arteria braquial. De momento, ha conseguido detener la hemorragia. A pesar de todo, centenares de alfileres le taladran el cerebro.

Abre lo que queda de la puerta y, con paso cansino, sube las escalinatas. Las suelas de los zapatos tropiezan con los cascotes. Los ve tirados sobre una pila de chapas y cristal. El hombre está muerto, pero el chico aún respira. Tiene el rostro ensangrentado, los ojos bien abiertos y las manos recostadas sobre la cabeza. Está temblando. Le mira con horror. Esa mirada la ha visto antes. En los refugiados cuando huyen de las bombas y las guerras. En las mujeres cuando están siendo maltratadas.

No puede correr riesgos. Le apunta a los ojos con la pistola y piensa que eso que está delante de él no es un niño. Es un monstruo. Un cocodrilo que ha emergido de una ciénaga. Un reptil que pugna por un pedazo de carne. Una criatura dañina y putrefacta. El mundo es un lugar mejor sin ese ser.

Contiene la respiración. Nunca ha disparado a ningún niño. Se acuerda de Juan José Guzmán, un compañero del gremio. La noticia apareció en todos los periódicos. El jefe de un cártel le ordenó que acabase con una familia que le

había sustraído un cargamento de cocaína. Para ello le facilitó una dirección en México DF donde podría encontrarlos.

El sicario no se inmutó cuando apretó el gatillo. Mató a todos: al patriarca del clan, a su esposa, a sus hijos, a sus nietos. Incluso a un bebé de apenas seis semanas.

Fue un crimen atroz que conmocionó a la sociedad.

El asesino no se enteró hasta unas horas más tarde cuando la policía lo detuvo en Tlaquepaque mientras efectuaba un control rutinario de carreteras. Allí le informaron de que se había equivocado de familia. Su jefe le había dado mal las señas.

«¿Dónde está el límite?», se pregunta.

Si cruza la línea no podrá volver atrás.

El arma le tiembla en las manos. El sudor le perla la cara.

«O lo haces ahora o esta noche duermes en el talego. ¡No hay más opciones! Recuerda lo que le ocurrió a Julián», piensa.

El chico no deja de mirarle. No tiene más de diez años.

—¡Joder! ¡Me cagüen la puta! Aprieta de una vez el jodido gatillo. Acaba con él.

Cierra los párpados, frunce el ceño y levanta la Bersa Thunder.

«¡Menudo puto sicario que estás hecho! No eres capaz ni de liquidar a una mosca».

Sabe que es un error, pero hasta él alberga sentimientos.

Quizá debería levantarlo para que deje de mirarle. Tal vez si le da la vuelta podría meterle un tiro en la nuca.

Eso es lo que hacen los cobardes.

El chaval parece uno de esos perros apaleados y abandonados a su suerte en cualquier carretera.

—¡Levanta!

El crío no le entiende. Aún está aturdido por la explosión. Ni siquiera ha implorado por su vida.

Jota le ayuda a incorporarse. Se fija en la mancha húmeda alrededor de la entrepierna y en el temblor de las rodillas. Oye la forma en que le rechinan los dientes.

—¡A partir de ahora vas a venir conmigo y harás lo que yo te diga!

El chaval continúa en su mundo. Las palabras de Jota le entran por una oreja y le salen por la contraria. Agarra al chico del brazo y se dirigen hacia el coche.

Hay que evaporarse. Desaparecer. La explosión habrá despertado el interés de algún curioso.

Debe verle un médico. En caso de que la herida se le infecte podría darle un buen quebradero de cabeza. Tienen que extraerle la bala. No es un experto, pero cuanto antes le atiendan mejor.

Los hospitales están descartados. Si aparece por allí y los cirujanos comprueban que tiene un proyectil en el hombro, se pondrán en contacto con la policía.

Conoce a un médico en Reus. Es alguien que trabaja en la sombra y no hace preguntas. Un tipo que perdió la licencia por operar borracho y que realiza toda clase de trapicheos en la clandestinidad: abortos, trasplantes de órganos, circuncisiones, ablaciones, operaciones estéticas. El problema reside en que no se ve en condiciones de llegar. Son muchas horas al volante. Barcelona se encuentra demasiado lejos. Casi ochocientos kilómetros. Así que no le queda más remedio que improvisar sobre la marcha.

«¿Quién podría ayudarme?», piensa.

Trata de hacer memoria. El familiar más cercano se halla a más de trescientos kilómetros. Es un hermano de Maite. Un idiota con el que no iría ni a la vuelta de la esquina. En la última cena de Navidad estuvieron a punto de pegarse. El fulano se cree un Adonis y solo sabe hablar de «*fitness*», pesas y batidos de proteínas. Es uno de esos sujetos que disfrutan mirándose en el espejo y se pasan la vida en el gimnasio mientras se atiborran de esteroides. Trabaja como preparador físico y tiene unos músculos espectaculares. Aunque ha cultivado mucho el cuerpo, su coeficiente intelectual debe oscilar entre el cero y la nada.

—¿Dónde vamos? —le pregunta el chico.

—Eso no te importa.

Tras un rato, comprende que no tiene a nadie a quién recurrir. Un sicario siempre está solo. No puede confiar ni en su sombra.

«¿Cómo ha podido complicarse este puto encargo? Con lo fácil que parecía».

No le quedan muchas opciones.

Si no le miran el brazo morirá.

Cuando suben al Peugeot 405, Jota abre la guantera y saca una botella de agua y unos pañuelos de papel. Se los tiende al joven y le dice que se lave la cara y se instale en los asientos traseros. Jonathan obedece y pasa a la parte de atrás del vehículo. Al mirarse en el espejo, advierte en lo apagados que están

sus ojos. La tonalidad amarillenta de su piel le recuerda a un ajado pergamino. Su aspecto no es bueno. Debe conseguir alguna clase de atención médica. «En las películas es guay. Te hieren. Hay una elipsis de unos segundos y ya vuelves a estar bien, pero hostias... Ese cabrón me ha dado de lleno. Si al menos, la herida tuviese un orificio de salida».

Tendrá que conducir con una sola mano. Lo peor vendrá cuanto deba cambiar las marchas.

El brazo izquierdo permanece inmóvil, en cabestrillo. Introduce la llave en el contacto y arranca. El zumbido del motor retumba en la arboleda. Algunos pájaros echan a volar. Da marcha atrás unos metros y recorre un sendero sembrado de baches, vegetación y ramas rotas. Antes de incorporarse a la carretera, se coloca el cinturón y pone el limitador de velocidad. Sería terrible que lo detuvieran. Varios vehículos le adelantan. La oscuridad comienza a adueñarse del cielo.

Enciende la radio para comprobar si hay alguna noticia sobre los dos guardias civiles desaparecidos. Reconoce la voz de Adele mientras canta *Someone like you*. Tararea la letra durante unos segundos hasta que gira la rueda del dial. En una tertulia hablan de la brutal subida de impuestos del Gobierno y de la nueva tarifa para autónomos. También mencionan el golpe de estado que ha tenido lugar en Cataluña. Varios políticos han declarado la independencia. Ninguna emisora menciona a unos picoletos.

A partir de ahora, tendrá que circular por carreteras secundarias. En las vías principales hay cámaras de vigilancia. En cuanto pueda, está obligado a deshacerse del coche. Lo mejor será robar uno y cambiar la matrícula.

—¿Tienes hambre?

El chico se incorpora despacio y le estudia con la meticulosidad de un alumno que analiza las preguntas de un examen.

—Un poco.

Su voz suena débil, apagada, como si procediera de un ente que perteneciera a otra dimensión.

—Detrás hay un bolso gris. Coge una de las chocolatinas.

Él asiente. No sabe qué hacer con él. No le puede dejar libre. El chico se condenó en el mismo instante en que se cruzó en su camino.

—¿Cómo te llamas?

—Mi madre dice que no debo hablar con desconocidos.

—Yo no soy ningún desconocido. Puedes llamarme Jota.

Oye el ruido del envoltorio.

—Le has matado.
—Eso parece.
—Has matado al Richard. ¿Por qué?
—Porque eres un puto curioso, chaval. Por eso... ¿Acaso no te han enseñado a no meter la nariz donde nadie te llama?
—Sí, el Richard siempre me lo decía.
—Pues deberías haberle hecho caso.
—¿A dónde me llevas?
—¡Túmbate y permanece callado!
—Mi madre estará preocupada.
—Si no quieres acabar como tu colega, será mejor que sigas mis instrucciones al pie de la letra.

Jonathan asiente, se lleva la chocolatina a la boca y mira hacia la carretera. Los árboles que están más allá de la cuneta se suceden a una velocidad vertiginosa como si estuvieran unidos por las ramas. Mientras conduce se da cuenta de que no aguantará mucho. Está adormecido y el dolor persiste.

Tres cuartos de hora más tarde se fija en el rótulo de neón de una clínica veterinaria que se encuentra a las afueras de Valladolid. Examina con detalle un viejo edificio de ladrillo y hormigón, con grietas en la fachada y un escaparate de cristal. A unos cincuenta metros del local detiene el coche y apaga las luces. En el aparcamiento reina un silencio sobrecogedor, solo roto por el ruido de las chicharras. Las farolas emiten débiles destellos de luz. Se queda mirando el lugar durante unos minutos.

Cuando se apea del vehículo, abre el maletero y coge una maleta donde suele llevar el material. Extrae un bote de cloroformo y vierte unas cuantas gotas en un pañuelo. Después, abre la puerta trasera y, con sigilo, se acerca a Jonathan. El chico se encuentra acurrucado en posición fetal. Está dormido. Al abrir los ojos le observa sin entender qué es lo que quiere. Jota le acerca el pañuelo a la nariz unos segundos. No opone resistencia. Es como un indefenso pajarillo en manos de un depredador. Enseguida le hace efecto y comienza a respirar profundamente.

Tras guardar el bote y deshacerse del pañuelo, le ata las manos y los pies con cinta americana y le coloca otro pegote en la boca para evitar sorpresas. No quiere que se ponga a gritar cuando se despierte. Por último, le cubre con una manta para que nadie le vea desde fuera. Debe ser precavido. Más tarde, cuando le hayan curado, pensará qué hacer con él. Aún no lo ha decidido.

Mira el reloj. Son la doce y veinte de la noche. Se enfunda una chaqueta con la intención de ocultar el brazo en cabestrillo y las salpicaduras de sangre de la camisa. Introduce la pistola debajo del cinturón, se pasa la mano por el pelo y se aleja del Peugeot. En el cielo la luna tiene la forma de una uña recortada.

Camina hacia la clínica con un andar cansino. A su alrededor todo parece dar vueltas. Si el rótulo está encendido eso solo puede significar una cosa: hay alguien en el interior. La clínica debe de estar de guardia.

La idea es simple. Abordar al veterinario y obligarle a que le cure. Si hay más de una persona deberá tomar precauciones. Palpa el arma para sentirse más seguro. Está cargada. Al llegar a la puerta, advierte en la reluciente placa con letras negras: Tomás Ledesma, veterinario.

«Servirá», se dice mientras se estira un poco la ropa y se pasa la mano por el pelo para acomodarse las cuatro matas blanquecinas que aún conserva en el ralo cráneo. Extiende el dedo hacia el timbre.

—¿Cien mil euros? Juegas fuerte. ¡Acabamos de subir a otro nivel! — dice Guy mientras se acaricia ligeramente el mentón.

—Solo debes soltarme, me acompañas al banco y te hago la entrega en efectivo.

—Así que ahora estás intentando comprar mi silencio.

—Eso es.

—No sé, no sé...

El joven coge el móvil, busca un número de teléfono en la agenda de contactos y efectúa una llamada. Se oyen unos cuantos tonos hasta que alguien al otro lado de la línea descuelga el teléfono.

—¿Señora Díaz? Hay algo sobre su marido que debería saber...

Aitor mueve el cráneo de forma frenética.

—¡No! ¡No! ¡Déjala en paz! Negociemos.

Guy se coloca el teléfono en el pecho, para que no le escuche la mujer.

—¿Qué es lo que habría que negociar?

—Te daré lo que me pidas.

—¿Y si quiero la luna?

—La tendrás. Iré a por ella.

—¿Y si no deseo nada?

—Cometes un error. En... en la caja de ahorros donde trabajo hay tres millones de euros en efectivo. Es parte de la inversión de una inmobiliaria. El director general se ha ido de vacaciones y, ahora, yo estoy al cargo de la entidad. Nadie lo sabe, pero el dinero estará allí hasta el lunes...

—¿Tres millones? Eso me interesa más. Te escucho...

Guy cuelga la llamada y apaga el móvil.

—La caja fuerte cuenta con dispositivos de bloqueo y apertura automática retardada, pero con mi ayuda sería pan comido. ¡Sé la combinación! Puedo inutilizar las cámaras y las alarmas. Sería un trabajo fácil. Entrar y salir. ¡Eso sí, tendrías que darme una parte!

—¿Estás insinuando que seamos socios?

—Sí. Si damos el golpe habría que desaparecer. Necesitaría dinero. Efectivo, para esfumarme bien lejos. Si lo hacemos el viernes por la tarde, que la sucursal está cerrada, nadie sospecharía nada hasta el lunes. ¡Contaríamos

con cuarenta y ocho horas para marcharnos bien lejos!

—Pensándolo mejor... Creo que no me interesa.

—Es una pequeña fortuna...

—¿No sientes remordimientos?

—¿Por qué? —dice sorprendido.

—Por lo de esa niña.

—No hice nada.

—Claro.

—Soy inocente.

—¡Sí, ya! Y yo soy Pedro Picapiedra. ¡Vuelvo enseguida!

Guy recorre el sótano. Se escucha un ruido metálico cuando sale por la puerta.

—¿Dónde vas? ¡No me puedes dejar aquí tirado!

Aitor intenta soltarse, pero tras unos segundos se da por vencido.

—¡No! ¡No! ¡No!

El joven regresa con una carpeta. Saca unas imágenes del dossier y se las muestra.

—¡Mira esta foto!

Alza la cabeza y frunce el ceño como un anciano que está aquejado de hemorroides. Su frente no cesa de sudar.

—¿Sabes quién es?

—A ver... déjame pensar.

—¿La conoces?

—¡No! ¡Ahora no caigo!

—¡Mírala bien, por favor!

—¡Ya! ¡Ya! Estoy pensando. Hmmmmmm... Sigo confuso con la mierda esa que me echaste en la bebida.

—¿No te resulta familiar?

—Francamente... ¡No!

—Así que no te acuerdas.

—¡No! No sé quién es.

—Pues deberías.

—¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Ella es fundamental. Por eso estás tú aquí hoy. Cuando ocurrió todo... le di muchas vueltas a la cabeza. Me encerré aquí. En este mismo cuarto y me puse a pensar. Por eso lo de la habitación del pensar. ¿Tiene gracia, no?

—Ninguna.

—Permanecí recluido más de una semana entre estas cuatro paredes e ideé un minucioso plan.

—Si vas a matarme, podrías ahorrarte todo este numerito. Acaba conmigo de una vez...

—Todo a su tiempo. ¡Quiero enseñarte una cosa!

Guy saca una cuchara del bolsillo y se la pone delante.

—¿Te suena de algo?

—¿La cuchara?

—Sí.

—No sé dónde quieres ir a parar.

—¿Crees saber lo que es el dolor?

Aitor asiente.

—Sí. Lo descubrí a los diecinueve años. El dolor en su forma más cruel. El dolor en su forma más despiadada. Por aquel entonces, era un joven alocado. Estaba en la universidad y disfrutaba de la fiesta al máximo. Coqueteaba con las drogas y me tiraba todo lo que tuviese faldas. Aunque no lo parezca, yo también fui joven.

—¡Joder, con el gigoló!

—Una noche me encontraba conduciendo por la autopista. La niebla era bastante cerrada. Iba a recoger a mi primo porque al día siguiente teníamos una comunión. En una curva, me salió un corzo. Lo vi cuando ya lo tenía encima. Di un volantazo. Las ruedas derraparon. El coche se salió de la carretera, destrozó los quitamiedos y dio varias vueltas de campana. ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo! Por momentos, tuve la impresión de estar dentro del tambor de una lavadora durante un aclarado enérgico. Las lunas se hicieron añicos. En apenas unos segundos, el Seat Panda se convirtió en un amasijo de hierros, alambres, chapas y cristales. Tras más de una docena de vueltas, el coche se detuvo. Quedé bocabajo, atrapado en el asiento del conductor. Los muelles se me habían clavado en la espalda y mi pierna estaba fracturada por tres sitios. Me dolía el pecho. Tenía los pulmones encharcados y casi no podía respirar. No sé el tiempo que permanecí allí atrapado. Fueron minutos de impaciencia, de desesperación. Ví la vida pasar frente a mis ojos. Fotograma a fotograma.

—Pues esto es muchísimo peor. ¿Has oído hablar de la tortura de la cuchara?

—No.

—Es un método, cuanto menos, peculiar. Al preso, en este caso tú, se le

desnuda y se le ata. Durante un par de días, no se le da de comer y no se le permite dormir. Tras esas primeras cuarenta y ocho horas de angustia e incertidumbre, irrumpe en su celda el potencial torturador. Consigo lleva un maletín de piel. Lo deposita encima de la mesa y lo abre tomándose su tiempo. La víctima, muerta de hambre y aterida de frío, aguarda con ansiedad. Sabe lo que se va a encontrar. Espera un cuchillo afilado para rebanarle el gaznate, un soplete para quemarle las manos y los pies o unos alicates para arrancarle de cuajo los dientes, los párpados y los pezones. No obstante, en el maletín solo hay una cuchara. El torturador se ríe y se la enseña. Y se pone a jugar con ella. El objeto da vueltas en sus manos, se lo coloca en la boca y finalmente lo deja sobre la mesa. La víctima observa con terror el utensilio. Y su cabeza se pone a divagar. Piensa en los usos que se le puede dar a la cuchara. La imagina dentro de su boca, hundida en su garganta, introducida en sus ojos, en su nariz, en sus oídos, en otros orificios. Y no tarda en derrumbarse...

—Eso es lo que piensas hacerme, eh. ¡Pues menuda gilipollez! Ahora que me lo has contado, no te va a servir de nada.

—Observa la cuchara.

—¿Quién coño te crees que eres? Ni que fueras Uri Geller.

—¡Mírala! Es de acero inoxidable. Ocho milímetros de espesor. Acabado en mate. Formas estilizadas y mango redondeado. Esta cubertería la regalaba vuestra entidad. Mi abuela la llevó al banco con la esperanza de que le reintegraseis el importe de sus preferentes. La de esa foto es mi abuela. Su nombre era Trinidad López Paz. Murió hace un par de años del disgusto. ¡Y todo por tu culpa!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! Nunca deberías haberla engañado —dice apuntándole con la cuchara.

—Eso no es cierto.

—Jamás debiste encasquetarle aquellas malditas acciones preferentes. ¡Mi abuela ni siquiera sabía leer! Por el amor de Dios, ¿qué le dijiste, eh?

El chico le zarandea.

—Yo nada, te lo juro.

—Debería invertir sus ahorros, señora. Oportunidades así solo ocurren una vez en la vida. Se trata de un producto inmejorable. Es como un plazo fijo, pero muchísimo mejor. Además, no tiene ningún riesgo. Y en caso de que necesite el dinero, en menos de cuarenta y ocho horas lo tendrá disponible... ¡Que no tenía riesgo, eh! ¡Pues si lo llega a tener, la yaya pierde hasta las

bragas!

—Yo... solo soy un empleado de la entidad.

—¿Un empleado? Ahora solo eres un empleado —dice furioso—. Pues ostentas el cargo de director comercial. Y una mierda. ¡Sabías que estabas estafando a la gente y aun así no te importaba! ¡Te daba igual!

Tira la cuchara al suelo.

—Eso es mentira. ¡Yo solo cumplía órdenes! Era un mandado. Si ni siquiera nos instruyeron. ¡No nos impartieron ningún curso de formación! ¡No sabíamos lo que vendíamos!

—¿Que no sabíais lo que vendíais? ¡Ja, y yo me lo creo! Al menos podríais curraros un poco más las excusas.

—¡Me importa una mierda que no me creas! ¡Pero así fue! Es la verdad.

—¿Y por qué no os informasteis? Imagino que, antes de comercializar cualquier producto, es necesario conocer todas las condiciones.

—A todos los clientes, con los que me reunía, les entregaba un folleto para que se lo mirasen.

—¿Un folleto, eh?

—¿Acaso conoces el funcionamiento de una caja de ahorros?

—Mi abuela confiaba en vosotros. Se fiaba de lo que le dijerais. La llevabais asesorando los últimos treinta años. Perdió todo el dinero que había ahorrado a lo largo de su vida. ¡Treinta y cuatro mil euros! Puede que para ti fuese poco, pero para ella era una fortuna. ¿Sabes a qué se dedicaba la yaya? Durante más de veinte años, limpió culos y escaleras. Se partió la espalda para que yo pudiera salir adelante. Ella no lo tuvo nada fácil. Se esforzó y se dejó el alma. ¿Y todo para qué? Para acabar muriendo de un ataque al corazón porque unos sinvergüenzas la habían estafado.

—¡Todos cometimos excesos!

—Algunos más que otros. ¿Sabes cuál es el problema de los banqueros? Que jugáis con las ilusiones de la gente. Os creéis los reyes del mundo. Los políticos os adoran. Política y banca han sido letales para este país. ¡No sé cómo no levantasteis la voz cuando los políticos pusieron el pie en los consejos de administración de las cajas de ahorros! ¡Caja que han tocado, caja que está arruinada! ¡Ah, se me olvidaba! ¿A quién se le ocurrió poner en el contrato que mi abuela no podría recuperar su dinero hasta el año dos mil ciento veinticinco?

—Te juro que yo no sabía nada de eso.

—¿Te parece normal? Hasta dentro de ciento trece años mi abuela no

podría volver a disponer de sus ahorros. ¿Qué esperabais?... Que lo fuese a cobrar desde la tumba. ¿Qué sois? Sanguijuelas, unos malditos estafadores...

—Yo no...

—¿Te parece justo, eh? Engañar de una forma tan ruin a la gente mayor. Porque gran parte de las personas a las que habéis timado son pensionistas, jubilados que se han quedado sin nada. Pero la culpa no es vuestra. Lo que ocurre en este país es que no hay justicia. Los políticos frenan con sus leyes a los jueces. Idean todo tipo de artimañas para paralizar los casos. ¡Una justicia lenta no es justicia!

—¡Déjame ir, por favor!

—Tú no adquiriste ninguna preferente. Es más, comunicaste a los tiburones financieros y a las agencias bursátiles que habían adquirido este tipo de productos tóxicos que se deshiciesen de las acciones cuanto antes. ¿Y el pequeño accionista, eh? Que se joda, ¿no?

Aitor está fuera de sí.

—¡Te lo repito! ¡Yo no tuve nada que ver!

—No tenéis conciencia. ¿Y tu jefe? Por ahí de cacerías en Sudán, pegándose unas comilonas del copón y viviendo a cuerpo de rey. Y mientras, mi abuela iba a protestar todas las semanas a la caja de ahorros. Ella y otros cientos de miles de estafados se reunían para reclamar lo que era suyo. ¡Les habéis quitado la salud! Os habéis burlado de ellos.

—Yo no he engañado a nadie. Siempre los avisé de los riesgos.

—O sea que piensas que los preferentistas eran unos listillos que estaban especulando con su dinero. ¿Tú crees que si hubieses advertido a mi abuela de que sus ahorros iban a quedar retenidos en la entidad durante más de un siglo, hubiese dado su consentimiento? Una cosa es que la yaya fuera analfabeta, pero mi abuela, y la conocía bien, no tenía un pelo de tonta. La gente a la que habéis robado son personas con escasa o nula formación financiera. ¿Te gusta leer?

—¿Cómo?

—Que si lees a menudo.

—Algunas veces, cuando el trabajo me lo permite...

—Yo suelo leer mucho. Leer abre la mente. Los carnets de las bibliotecas son fabulosos. De momento son gratis, aunque con este gobierno... nunca se sabe. Pronto impondrán algún canon o se les ocurrirá algo para que la gente no tenga acceso a la cultura. Ser socio de la biblioteca te permite acceder a montones de novelas. Los libros son una fuente inagotable de conocimiento. Lo

curioso es que en este país pocas personas leen. Prefieren ver los realitys, los partidos de fútbol y los programas del corazón que emite la caja tonta. La gente se está volviendo estúpida. Está perdiendo la capacidad de raciocinio y de crítica. ¿Conoces a Shirley Jackson?

—No. ¡No sé quién es!

—Hace unos meses leí un relato suyo titulado *La lotería*. La historia se centra en un pueblo de la América profunda, donde cada año se realiza entre los cabezas de familia un sorteo. El ganador es lapidado hasta la muerte por todos los vecinos, incluyendo a su propia familia. Sus hijos y hasta su mujer, le lanzan piedras. El hecho en sí podría resultar macabro. Pero lo vienen realizando durante siglos. El sacrificio es una forma de asegurarse una buena cosecha.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—No temas, ya falta poco.

—Poco, ¿para qué? ¿Qué piensas hacer?

—De momento, te tatuaré en el pecho una cifra: treinta y cuatro mil quinientos setenta y nueve. ¿Te resulta familiar?

Aitor hace memoria. «El tres, el cuatro, el cinco, el siete, el nueve . ¿De qué me suena? ¿Dónde lo he oído antes?», piensa.

—¿A... a qué vienen esos números? —dice.

—Esa es la pasta que tú y otros golfos le timasteis a mi abuela: treinta y cuatro mil quinientos setenta y nueve euros.

—E... eres el Asesino Numérico —dice aterrado.

—Ajá —dice sonriente—. Y después de tatuarte, seguramente, te sacaré los ojos y te cortaré la cabeza.

Se escucha el sonido de un timbre.

La puerta se abre parcialmente. Jota se fija en el joven que se encuentra en el umbral. Una tibia luz emerge del interior. Le echa unos veinticinco o veintiséis años. Quizá más. Es alto, fuerte, con los ojos rasgados y el pelo, rubio, cortado a cepillo. Su mirada tiene algo de infantil. Como la de un niño que se niega a crecer y aguanta estoico el devenir del tiempo. Lleva una sudadera azul, pantalones vaqueros y zapatos de piel con las suelas desgastadas. Le dedica una fría sonrisa. El tipo parece estar molesto. Al verlo, tiene la impresión de estar frente a un vendedor de seguros.

—Lo siento, pero está cerrado.

—He visto la luz encendida y pensaba...

—Tendrá que ir a otra clínica de guardia. La más cercana se encuentra en la calle Justo Vega número quince —dice en voz baja.

—¿No podrías echarme una mano? Se trata de una emergencia.

—¿Una emergencia? —dice sorprendido.

—Sí.

—¿Qué ocurre?

—Hace unos minutos he atropellado a un perro. Se me cruzó en la carretera cuando me disponía a girar. Salió de repente. ¡No lo vi! Intenté esquivarlo pero... El pobre animalito está malherido —dice señalando el vehículo del aparcamiento.

Observa el automóvil con desgana. Como si estuviese muy ocupado y tuviera muchas tareas pendientes.

—Lo siento, pero en estos momentos no puedo...

El veterinario se queda perplejo al vislumbrar la pistola. Jota le apunta en medio de los ojos para que pueda ver bien el gatillo. Su mirada parece indicar: «No es ninguna broma. Esto va en serio. Como no me hagas caso, puedes terminar en un hoyo».

La Bersa Thunder reluce en la penumbra.

A esa distancia es muy difícil que falle, incluso en su estado.

—¡Está bien! De acuerdo. No hace falta ponerse así. Atenderé al...

—¿Cuántas personas hay dentro?

La pregunta le coge desprevenido.

—Es... estoy solo.

—¿Solo?

Titubeos. Nervios. Dudas.

—Sí. Me disponía a marcharme. Ya he terminado mi jornada laboral. La he alargado porque tenía unos asuntillos pendientes.

Algo en la forma de hablar, llama la atención de Jota que parece no creerle. El joven traga saliva y retrocede sobre sus pasos como si estuviera indicando que no tiene nada que ocultar.

—Por tu bien espero que no me jodas. No estoy para bromas. Como no me hayas dicho la verdad... te juro por mis muertos que esta noche terminas dentro de una caja de pino.

El rostro del veterinario se congestiona. La sonrisa se ha evaporado de su semblante. Advierte en el miedo que proyectan sus ojos. Ahora sí parece haber captado su interés. Ahora sí tiene tiempo para un chucho inexistente.

—No hay nadie.

—¡Entra, vamos! Si cooperas, no voy a hacerte ningún daño.

El sicario gira la cabeza y mira a ambos lados de la calle como si temiese que alguien le estuviese espionando. A lo lejos, se ven los faros de los coches mientras circulan por la autopista.

En el polígono industrial se ha instalado el silencio. Cuando cierra la puerta detrás de sí, el lugar le resulta acogedor. Aunque en el ambiente flota un olor extraño. Tarda un poco en reconocer ese aroma. Huele a pis, amoníaco y lejía.

—¡En la caja no hay dinero!

—No he venido por eso.

Echa un vistazo hacia el pasillo. A la izquierda vislumbra un pequeño recibidor con una mesa de cristal sobre la que descansan multitud de dípticos publicitarios, un cenicero y media docena de sillas colocadas en forma de U. Las paredes están saturadas de carteles. «No al maltrato animal» se puede leer en uno de ellos. Ve fotografías de perros que piden que no se los abandone. Anuncios de comida para gatos. La ilustración de una rana que nada feliz en el estanque.

A ambos lados de un estrecho pasillo se suceden las puertas. Como no se fía, comienza a revisar si hay alguien más en la clínica. Al abrir la primera de las puertas, se topa con una sala en la que descubre sacos de pienso, collares antiparásitos, comederos, juguetes, trasportines y toda clase de accesorios para los animales. La segunda de las dependencias es la sala de diagnóstico. Advierte en el aparato de rayos X y en las ecografías que cuelgan de la pared.

En la tercera descubre una sala de consulta con una gran mesa de aluminio, un montón de bártulos que ni siquiera sabe para qué sirven y una estantería en cuyos estantes hay muchos medicamentos.

—Te lo dije. No hay nadie.

—¿Y esa puerta del fondo? —dice señalándola.

—Está cerrada.

—¡Ábrela!

—Ahí solo hay trastos viejos y el material de la limpieza.

—No quiero sorpresas de última hora.

El veterinario obedece. La estancia es amplia y como le ha confirmado antes, solo hay objetos inservibles apilados encima de una estantería de metal llena de polvo. Advierte en las jaulas de animales, en un carrito de bebé y en las telarañas que se hacinan en el techo. Tras registrarla, se gira hacia el joven y le mira a los ojos.

—Necesito tu ayuda —dice con voz solemne.

—Soy todo oídos.

—Tengo pasta... mucha pasta. Si me echas una mano y no abres la boca, recibirás un buen pellizco.

Jota saca un fajo de billetes del bolsillo del pantalón y se lo entrega. El joven se queda inmóvil y emite un silbido. Observa el dinero, luego al asaltante y finalmente vuelve a mirar los billetes. Algunos están manchados de sangre. En sus ojos se refleja la curiosidad.

—¡Ahí hay cinco mil euros! Son tuyos.

—¿Míos?

—Sí —dice meneando la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer?

—Veo que hablamos el mismo idioma. Si lo haces bien, recibirás otros quince mil euros al terminar.

Al quitarse la chaqueta, la sangre le cubre parte del pecho y la manga de la camisa. Se deshace del improvisado cabestrillo y se va quitando los botones. Cuando trata de desprenderse de la camisa, un trozo de tela se rompe y se queda pegada en la piel. Un escalofrío le sacude las articulaciones.

Ahoga un grito de dolor y tuerce el semblante. Rememora una frase de Mike Tyson: «Todo el mundo tiene un plan hasta que le golpean en la boca».

—¡Joder! Pinta mal.

Una sonrisa emerge del rostro de Jota.

—¡No me digas, Einstein!

El veterinario observa con detenimiento el hombro. Al vislumbrar el estropicio, frunce el ceño y se acaricia la barbilla.

—Yo no soy médico —dice.

—Pero sabes curar...

—A animales.

—Yo soy un animal... racional, pero un animal al fin y al cabo. Algo podrás hacer, ¿no? O voy a necesitar un cura.

Resopla y le observa con preocupación. Inspecciona detenidamente la zona. Evalúa lo que puede suponer una intervención de esas características.

—Necesito mi maletín.

—¿A dónde crees que vas?

Se dispone a salir de la sala cuando las palabras de Jota le frenan en seco. El joven se gira lentamente. Está confuso.

—A coger el instrumental.

No quiere presionarle. Su vida depende del grado de implicación del veterinario. Es preferible llevarse bien. Está a su merced. Además, al chaval le gusta el dinero. No obstante, es consciente de que cuando le haya extraído el proyectil y cosido la herida, tendrá que tomar una decisión.

—Te lo advierto, si me la juegas... lo pasarás muy mal.

—Aunque no nos conocemos, yo soy un hombre de palabra. Y mi palabra va a misa.

—A misa, ¿eh?

—Hemos hecho un trato, ¿no?

—Eso espero...

—Vengo en un momento. No tardo nada.

Cuando desaparece, Jota se sienta en la mesa de metal y mira a su alrededor. Allí deben de operar a los animales. Es la primera vez que se encuentra en un lugar así.

La imagen de doña Inés, la vecina del 2ºC, viene a su memoria. La anciana es viuda y ama a los perros. Los quiere con locura. Tenía tres: Mimo, un pastor alemán, y Francis y Brenda, dos cockers spaniel que se pasaban las horas ladrando en el balcón. Ella los sacaba a diario: mañana, tarde y noche. Los llevaba al parque para que hicieran sus necesidades, correteasen por el césped y jugasen con otros perros. Estaba orgullosa de los canes.

Decía que eran los hijos que nunca tuvo. A veces, se ponía a hablar con ellos. En invierno los vestía con ropa estrambótica con la intención de que no pasaran frío. Una calurosa tarde de agosto la señora se sobresaltó. El pastor

alemán yacía en el suelo y los otros dos canes se retorcían de dolor en la hierba. Los llevó de inmediato a un veterinario. Por desgracia, no pudieron salvarles la vida. Los animales fallecieron. Unos desconocidos habían tirado salchichas con clavos y alfileres.

Desde ese día, la anciana está luto. Una parte de ella murió con sus perros. Cada vez que se cruza en el portal con ella, Jota tiene la sensación de que la vida de la mujer parece no tener ya ningún sentido.

Al cabo de un par de minutos, el veterinario vuelve a entrar. En sus manos sostiene una especie de neceser y una botella de whisky medio vacía.

—¡Bebe!

No hace falta que se lo repita. Jota da un buen trago a la botella. El alcohol le arde en la garganta. Hubiera preferido un Daikiri o un Mai Tai. Tras engullir hasta la última gota, se limpia los labios con el dorso de la mano.

El chico abre un pequeño botiquín de primeros auxilios, se enfunda unos guantes de látex y extrae una jeringuilla.

—¡Nada de pinchazos!

—Esto va a doler. Por tu bien, sería conveniente anestesiarse la zona.

Desconfía de las palabras del joven. No quiere quedarse dormido.

—Como prefieras.

El veterinario echa un nuevo vistazo a la herida y limpia la zona con una gasa. Hay moratones alrededor. Solo le han operado una vez. Y eso ocurrió cuando apenas era un crío y le extrajeron el apéndice. Cuando coge las pinzas, Jota cierra los ojos y aprieta los dientes. En el fondo es un blando.

—¡Deséame suerte! Allá voy.

En cuanto las pinzas entran en contacto con la carne, se le saltan las lágrimas por los rabillos de los ojos. El dolor comienza a latir en su cráneo. Una película de sudor le baña el semblante.

—Si no te estás quieto no puedo hacer nada.

—Cre... creo que lo de la anestesia no sería una mala idea.

Coloca la aguja en la jeringuilla hipodérmica, la introduce en un frasco y poco después se la inyecta. Al cabo de un par de minutos, le pesan los párpados y empieza a ver borroso a su alrededor, como cuando un miope se desprende de las gafas. Oye una voz lejana, pero las palabras le resultan ininteligibles.

—¡Te vas a enterar de lo que vale un peine, hijo de perra!

Le envuelve una espesa oscuridad.

SEGUNDA PARTE

«La vida es una puta mierda», piensa el sucedáneo de Guy Fawkes.

Todo comenzó veintidós años atrás con una carta. Por aquel entonces, Mikel García López no tenía más de cuatro años y apenas sabía hablar. Su padre le había llevado a un logopeda esa misma semana a causa de sus problemas para pronunciar correctamente ciertos sonidos. Su hijo se liaba con la erre. No había forma de que dijese la palabra perro. Decía «ppego», «gomper» (en vez de romper) o «guido» (ruido). Al parecer, el pequeño no conseguía que la lengua vibrase contra el paladar.

El hombre le explicó que eso podía deberse a múltiples factores. Quizá el uso prolongado del chupete. Aunque en su caso sentenció que se debía a una incorrecta colocación de la lengua y del aire. Empleó la palabra rotacismo. Le recomendó que silbara e hiciera un montón de ejercicios como inflar globos, soplar velas, tocar la flauta o chasquear la lengua simulando los pasos de un caballo.

—Pues para eso... nos podíamos haber quedado en casa —dijo su padre después de salir de la consulta.

De camino al coche algo llamó la atención del niño.

—*Aita, aita* una carta....

La misiva había quedado atrapada en una de las varillas del parabrisas. El hombre la cogió, giró la cabeza y miró en todas las direcciones.

Al principio pensó que se trataba de alguna clase de folleto publicitario. La abrió con cuidado. En el membrete descubrió una serpiente enroscada a un hacha y el sello de la organización terrorista ETA. En la esquina superior izquierda aparecía su nombre completo. Estaba escrita en euskera. Una alarma se despertó en su interior. Sus peores temores se habían confirmado.

La leyó en silencio:

Euskadi Ta Askatasuna se dirige a Ud. para reclamarle una ayuda económica de 15 millones de pesetas ya que le considera parte responsable de la actual situación de conflicto entre Euskal Herria y el Estado español.

El pago deberá realizarse a partir del quinceavo día del recibo de la presente carta como contribución económica a la lucha del Pueblo Vasco. El importe lo hará en efectivo en pesetas o en su defecto en francos franceses y billetes usados. Para ello, deberá utilizar los medios abertzales habituales y con la mayor discreción posible.

En caso de que se niegue a pagar o se ponga en contacto con la policía, tomaremos las medidas pertinentes contra sus bienes y su persona.

Euskadi, 1 de abril de 1995

Organización Militar Socialista Revolucionaria Vasca de Liberación Nacional

Esa noche en casa, su esposa Maider le observó con preocupación mientras se movía de un lado de la cocina al otro. No podía estarse quieta.

—¿Qué vamos a hacer? —le dijo.

—Solo hay tres posibilidades: pagar, no hacerlo o marcharnos de aquí.

Llevaban más de trece años en la localidad guipuzcoana de Bergara. Alberto era de Ávila y, a finales de los años setenta, había emigrado a Euskadi con la intención de forjarse un futuro. En el País Vasco abundaban las oportunidades. En los pueblos de la comarca florecían las empresas metalúrgicas y los sueldos eran mayores que en otras regiones de España. Muchos emigrantes como él habían venido a hacer fortuna.

El valle del Deba era la zona ideal para labrarse un nuevo porvenir. En casi todas las empresas de la zona necesitaban mano de obra. Al principio había trabajado como peón en una cadena de montaje, después en un taller y, por último, en una calderería. Cuando hizo un poco de dinero, montó una serrería que con el tiempo fue creciendo. En la actualidad contaba con siete empleados.

—Pues pagamos, Alberto.

—¿De dónde coño voy a sacar quince millones de pesetas? Tengo todo el capital invertido en la empresa.

—¿Y si pedimos un crédito?

—¿Un crédito para hacer frente al puto impuesto revolucionario?

—Si no lo haces te matarán. ¡No querrás que nuestro hijo se quede sin padre!

El semblante de Alberto se llenó de arrugas.

—Si les pago, ¿sabes lo que harán con ese dinero? Comprarán armas, bombas y matarán a más gente. A todos los que se pongan por delante: políticos, guardias civiles, empresarios... Si accedo al chantaje y les entrego los quince millones volverán. Hoy son doce, pero mañana quizá sean veinte o treinta. Nunca estarán contentos. ¡Nunca será suficiente! Esto será la historia de nunca acabar.

—¿Qué sugieres entonces?

—¿Y si acudimos a la policía?

—Eso sería firmar tu sentencia de muerte. En la carta lo dejan muy claro —dijo ella.

—Nos pondrían protección: escoltas.

—Nos marchamos de aquí.

—¿Y a dónde vamos a ir? En Bergara tenemos nuestra vida, Maider. Está nuestro negocio, nuestros amigos, la casa que tanto nos ha costado pagar. Todo lo que hemos construido se encuentra aquí.

—Ya, pero de nada nos servirá si estás muerto.

En la cama, Alberto apenas pegó ojo. Estuvo toda la noche buscando una solución. Las palabras de Maider le habían afectado profundamente. Tenía razón. Debía pagar. Era absurdo negarse. Por su bien y el de su familia.

Quizá podía recurrir a los amigos o incluso a su tío Andrés para que le echase una mano. Pero con ello solo conseguiría una pequeña parte.

La otra posibilidad consistía en pedir un crédito y poner la casa como aval. Tal vez no fuera suficiente. Con toda seguridad tendría que hipotecar la serrería. Le esperaban dos semanas muy largas. Aquellos desalmados creían que el dinero florecía en las ramas de los árboles.

A primera hora de la mañana del día quince de noviembre se duchó, salió de casa y llegó a la sucursal antes de que hubieran abierto. Esperó paciente en la puerta mientras se fumaba un cigarrillo. Estaba nervioso. Le sudaban las manos. La corbata le oprimía el gaznate. Pensó en el discurso que había ensayado delante del espejo durante la última semana y media. Debía resultar convincente. No podía mencionar a ETA ni dejar entrever el miedo que sentía.

Le recibió don Casimiro, el director. Un señor trajeado y entrado en carnes que no cesaba de sonreír. Tras estrecharle la mano, le dijo si quería un café, pero Alberto declinó la oferta. Fue directo al grano. Tenía pensado realizar una inversión en maquinaria y quería mejorar las instalaciones del local. El tejado requería un arreglo. Lo mismo que algunas otras partes del local. Decidió no entrar en más detalles. Si le concedía el préstamo bien y si no probaría suerte en otro banco.

Casimiro le hizo firmar un montón de documentos y le obligó a formalizar un seguro de vida.

—Por lo que pueda pasar —dijo con una sonrisa.

—Me parece bien.

Si a él le ocurría algo malo, no deseaba que Maider y el pequeño quedasen desamparados. Debían estar bien cubiertos.

El director de la sucursal mostró su sorpresa cuando le pidió el dinero en efectivo.

—Ya sabes cómo funciona esto. ¿Con factura o sin factura?

—Te entiendo —dijo—. Yo hace unos meses reformé el servicio y tuve que pagar en negro.

—¿Podrían ser billetes usados?

—Claro.

Casimiro le prestó un maletín. Introdujo los billetes en fajos de cinco y diez mil pesetas y salió de la sucursal.

Las ráfagas de aire sacudían las aceras. El día comenzaba a desperezarse.

Detestaba llevar tanto dinero encima. No resultaba seguro. Una vez en San Sebastián le habían robado la cartera en el metro. Se percató del hurto horas más tarde cuando se dispuso a pagar unas provisiones en un supermercado.

Caminó hacia la plaza Mayor. A los pocos minutos tuvo la sensación de que le estaban siguiendo. De que había decenas de ojos posados en él. Cuando se cruzaba con algún conocido sonreía y le decía en euskera: «¡Buenos días!»

El entorno abertzale se reunía en las «herriko tabernas». Aquel era el nombre que recibían los bares que solían frecuentar los simpatizantes de ETA y los afiliados a los partidos independentistas vascos. Alberto jamás había entrado en uno de esos lugares, pero conocía el ambiente y sabía lo que se cocía allí dentro.

Cuando atravesó el umbral de la taberna, advirtió en el olor a humo y a porro que flotaba en el aire. Algunos parroquianos giraron la cabeza y le miraron con arrogancia y desprecio, como si creyesen que no tenía derecho a estar allí. Fue directo hasta la barra y al avanzar se percató de que las suelas de los zapatos se le pegaban al suelo. Las baldosas estaban llenas de mierda.

Pidió un chiquito. El camarero era un tipo calvo, con barba y bastantes kilos de más. Aquella tripa almacenaba demasiados chuletones. El hombre llevaba una camiseta negra con el nombre de un grupo musical «Soziedad Alkoholika» y sostenía un trapo con el que, de vez en cuando, limpiaba la suciedad de la barra. Su mirada parecía decir: «¿Qué coño hace este aquí?»

Tras servirle la consumición, tomó asiento en una de las mesas y puso el maletín encima. Miró a la gente que había a su alrededor. Conocía a dos de los sujetos de vista, pero nunca había hablado con ellos. Uno estaba afiliado a Herri Batasuna y el otro era el enlace sindical de una cooperativa de Éibar. Reparó en la ikurriña, la bandera vasca, que cubría gran parte de la pared.

También en un cartel con el mapa de Euskal Herria y el lema: Gora ETA.

Sobre un pequeño mueble reposaban un par de ejemplares del periódico Eguin y una hucha transparente medio llena de monedas de cinco, veinticinco y cien pesetas y con algún que otro billete. Esas aportaciones iban destinadas a los presos etarras que se hallaban desperdigados por la península en las cárceles españolas y también servían para financiar lo que la izquierda vasca denominaba «*kale borroka*», peleas callejeras en las que jóvenes descerebrados (y no tan jóvenes) se cubrían el rostro con pañuelos, lanzaban cócteles molotov y quemaban coches y contenedores.

Dio un sorbo al vaso de vino y guardó silencio.

«¿Quién de ellos sería?», se dijo mientras centraba la atención en un anciano con boina que le miraba de reojo.

Al fondo un chico jugaba en la máquina tragaperras. De vez en cuando, el artilugio vomitaba algunas monedas. Estar en aquel sitio le generaba desconfianza. Se sentía fuera de lugar. Esperó un largo rato. Contuvo las arcadas al recordar lo que harían con aquel dinero. Si abonaba los quince millones los estaría financiando y, lo que era peor, se convertiría en cómplice. En caso de que hubiera un nuevo atentado él sería el único responsable.

Un hombre con bigote a lo Hitler, ojos azules y un semblante lleno de marcas de viruela se acercó a él. Tenía el pelo gris y unas cejas superpobladas. Estaba en los huesos como si un cáncer estuviera a punto de consumirlo. Calculó que tendría unos cuarenta años. Nunca le había visto. Vestía un jersey gris de cuello alto de los que pican, pantalones de pana y unas zapatillas que años atrás debían de haber sido verdes. Le examinó de arriba abajo. Sus ojos, astutos, se asemejaban a los de un zorro. Un palillo le sobresalía de la boca.

—¡Ven conmigo! —dijo con una voz seca y baja para que los demás no pudieran escucharlo.

Al hablar se le marcó la nuez de la garganta. Alberto se levantó con torpeza de la silla, agarró el maletín y vio que se dirigía a los servicios. Contuvo el aliento durante unos instantes y pensó en su familia. Le reconfortó la imagen del pequeño Mikel: «ppego», aita, «ppego». Una risita se proyectó en su boca.

Acompañó al sujeto a través de un angosto pasillo. Cuando se abrió la puerta del fondo, entró en una dependencia que servía como almacén. En las estanterías había decenas de palés con cajas de botellas de vino, coñac y latas de refrescos envueltas en plásticos. A su izquierda vio a un sujeto embutido en

un pasamontañas. Estaba de pie. Era bajo y llevaba una camiseta negra con rayas azules y tejanos. Advirtió en el bulto que sobresalía de la cintura. Ahí debía de ocultar la pistola.

Al mirarle a la cara, un brillo amenazador se reflejó en sus ojos. Ni siquiera le saludó.

—No le ha seguido nadie —farfulló el hombre del bigote.

El desconocido se acercó, le dijo que dejara el maletín en el suelo y comenzó a cachearle.

«¿Qué espera este hijo de perra? ¿Se cree que llevo un micro? ¿Un arma? Este debe de ser uno de esos sicarios de gatillo fácil», pensó Alberto mientras sentía las manos del desconocido.

El enmascarado abrió el maletín y vio el dinero. Cogió un fajo y pasó la yema de los dedos por las esquinas de los billetes.

—¿Está todo? —preguntó.

—Sí, claro. Los quince millones que exigíais.

—Me fío de ti. Si falta algo, ya ajustaremos cuentas. Sabemos dónde vives.

—¡No habrá ninguna necesidad! —dijo nervioso.

—Con esto estás contribuyendo al Movimiento de Liberación Vasco.

«Sí, un movimiento que asesina a inocentes, coloca bombas en los centros comerciales y ha puesto de moda el tiro en la nuca».

—Cuando nos hayamos marchado, espera diez minutos y después te largas.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Maider en cuanto llegó a casa.

—Creo que nos dejarán tranquilos.

Ella lo estrechó en sus brazos y le besó en la boca hasta que Mikel rompió el hechizo y se puso a llorar.

—¡A ver qué quiere ahora ese mocoso! —dijo mientras recorría el pasillo en dirección a la habitación de su hijo.

Alberto fue hasta el salón, tomó asiento en el sofá y se quedó callado. Le carcomían los remordimientos. No podía apartar de su cabeza lo que había hecho. Aquellos malnacidos se habían salido con la suya y, por desgracia, no podía hacer nada para evitarlo.

No le apetecía ir a trabajar. En los últimos días había descuidado el negocio. Los pedidos habían salido gracias a la profesionalidad de los siete trabajadores que tenía en nómina. Ahora estaba endeudado hasta las cejas. Si la empresa seguía dando beneficios en cinco o seis años tal vez podría saldar la deuda con la caja de ahorros.

«Has hecho lo correcto. Lo único que importa es tu familia. ¡No hay más!»

Se trataba de seguir adelante y pasar página. Le hubiera gustado poder borrar lo que había ocurrido durante las últimas dos semanas, pero algo en su interior se lo impedía. Debía guardar para sí aquel secreto. Nadie podía enterarse de que había cedido al chantaje. En caso de que la noticia llegase a los oídos de la *ertzania*, podría tener graves problemas.

En los últimos tiempos el País Vasco se había vuelto inseguro. La prensa había bautizado esa época como los «años del plomo». Raro era el día en que no había un atentado terrorista, una manifestación o una muestra de violencia en las calles. La convivencia en los pueblos no resultaba fácil. Muchas familias habían hecho las maletas y se habían marchado ante el clima de hostilidad y odio que se respiraba.

A dos manzanas de su casa, vivía un concejal que militaba en un partido de derechas. Con frecuencia, la fachada del portal de su casa amanecía llena de grafitis y pintadas con insultos como «Fuera de nuestro país, perro», «Torturador fascista» o «Chivato». En más de una ocasión, las personas que querían atemorizarlo habían dibujado una diana y debajo el nombre del

político.

El hombre trabajaba en una fundición y, a cualquier sitio que iba, le tenía que acompañar un escolta. Muchas veces Alberto había imaginado lo que debía ser vivir así. Coaccionado, recibiendo a diario decenas de amenazas mientras veías como los habitantes del pueblo se alejaban. Cambiaban de acera cuando se lo encontraban en la calle o le negaban el saludo. Algunos de sus familiares y personas más allegadas habían dejado de invitarle a las bodas, los bautizos y los eventos sociales porque no querían ver a un escolta armado por allí. Incluso el dueño de un restaurante le había pedido con educación que no entrara más en su local a tomar café porque su presencia asustaba a la clientela. Estar cerca de un concejal amenazado implicaba un gran riesgo.

Aquello no era vida.

—Lo mejor es olvidar. ¡Borrón y cuenta nueva! —dijo Mainer después de que volviese de atender a Mikel.

Cuando ya creía que la extorsión de ETA había quedado atrás, le estremecieron unas imágenes que vio en Televisión Española. Eran las ocho de la mañana y habían transcurrido más de tres meses desde que había entregado los quince millones de pesetas. Se quedó sin palabras al observar cómo había quedado un convoy militar en Madrid poco después de que hiciera explosión una bomba con sesenta kilos de amonal.

Advirtió en los cascotes y los restos inservibles de chapa y metal, en una mujer que seguía en *shock* mientras la enfocaban las cámaras, en los restos de sangre esparcidos por el suelo. A lo lejos, vislumbró varios cuerpos cubiertos con mantas. El presentador confirmó cinco víctimas mortales y una sexta ingresada en el hospital 12 de Octubre que se debatía entre la vida y la muerte.

Apagó la televisión y le entraron ganas de vomitar. Sentía rabia e impotencia. Él los había financiado.

Nunca debió sucumbir al chantaje.

—Han vuelto a matar —dijo con una voz lastimosa.

Mainer contuvo el aliento y se echó las manos a la cabeza.

—Yo soy el responsable —continuó—. He contribuido a esa masacre. Si no hubiese...

Ella le cortó.

—¡No digas eso! Tú no tienes la culpa de nada, ¿lo entiendes?

Muchas veces, en la serrería, había pensado quién le había podido delatar. ¿Quién había hablado con la organización terrorista para que le extorsionaran?

Tenía la certeza de que había sido una persona a la que seguramente conocía. Alguien cercano. La envidia era una enfermedad terrible. En el pueblo había muchas personas que le querían mal. Individuos que en público exhibían una cara y en privado otra. Falsos amigos. Judas.

Apuñalarse por la espalda se había convertido en el deporte nacional.

Alberto procuraba llevarse bien con todo el mundo. Su empresa pagaba la equipación que los chavales utilizaban en los eventos deportivos tanto en categoría masculina como en femenina. El logotipo de serrería García se hallaba serigrafiado en las camisetas. Además, todos los meses donaba cierta cantidad económica a varias asociaciones del pueblo. También colaboraba con Cruz Roja, Cáritas y con una asociación que trataba de reinsertar a muchos jóvenes que habían caído en el infierno de las drogas. En Navidad y junto con otros empresarios costeaba la comida de los pobres.

Sus primeras sospechas recayeron en un antiguo trabajador que estaba afiliado a un sindicato de la izquierda abertzale. Ibai era un inútil al que había mantenido en nómina durante más de un año y medio. No sabía hacer nada, pero como era el hijo de un conocido trató de tener paciencia con él. El chico había estudiado empresariales y poseía la extraña habilidad para meterse en toda clase de problemas. La mayoría de las mañanas llegaba tarde y ni siquiera se molestaba en fichar. Trabajaba en la oficina junto con Jokin, el contable.

—Este chaval es un puto inútil —le confesó una tarde que fue a pedirle el libro de cuentas.

El joven se liaba con las facturas, hacía mal los presupuestos, perdía los albaranes y se ausentaba cuando le convenía. Los descansos los cogía en los momentos más inoportunos. Cuando llamaban al teléfono, Ibai ya no se encontraba en la oficina.

Varios conocidos le advirtieron que tuviese cuidado con él. Al joven le habían visto en algunas manifestaciones con los miembros de Jarrai, una organización juvenil de izquierda radical que pugnaba por la independencia del País Vasco.

—Era ese cabrón que trabaja para ti. Estaba en la primera línea de la «manifa», con un pañuelo en la boca y tiraba piedras a la policía —le comentó un antiguo colega con el que solía salir los domingos a dar un paseo con la

bicicleta.

Hasta entonces el conflicto de Euskal Herria era solo un problema que no iba con él. Alberto procuraba meterse lo mínimo en política. En el bar solo abría la boca para conversar sobre ciclismo, pelota vasca o fútbol. Y eso que la Real Sociedad en esos instantes no atravesaba por su mejor momento.

Cuando alguien se ponía a hablar de autodeterminación y de la represión que sufría Euskadi, encogía los hombros y miraba hacia otro lado como si aquello no fuera con él. No quería saber nada del tema. La política era un tema tabú. A él le importaba una higa. A veces, le reprochaban que no abriera la boca.

—Debes mojarte. Aquí hay una guerra encubierta —le recriminó Iñaki después de haberse tomado unos cuantos vinos.

Tuvo aguante con el chico. Trató de enderezarlo hasta que una tarde metió la pata en un presupuesto y la empresa perdió cuatrocientas cincuenta mil pesetas y a uno de sus clientes más importantes.

Cuando le despidió, Ibai le amenazó con hacerle la vida imposible. Aún recordaba lo que le había gritado:

—¡Te acordarás de mí, puto explotador fascista!

Pero de eso hacía más de cuatro años y nunca había tenido noticias de que el chico hubiese ingresado en ETA. Pese a ello, sabía que existían observadores. Individuos que en la sombra se dedicaban a espiar y más tarde pasaban información a los terroristas. En ocasiones eran ellos los que anotaban los horarios, los movimientos y las relaciones de los sujetos que no comulgaban con la causa vasca. Y los incluían en una lista negra en la que había policías nacionales, soldados, funcionarios, empresarios y periodistas que discrepaban con la ideología *abertzale*.

—Ci... cinco muertos. Dos civiles y tres militares —dijo con titubeos.

—¿Dónde?

—En Madrid —dijo mientras se acariciaba el mentón—. ¡No puedo seguir así!

—¿Y qué sugieres? La alternativa que se nos presenta es muchísimo peor. De momento, nos han dejado en paz. En el fondo se trata de eso, ¿no?

—Sí, pero hasta cuándo. ¡Esto es una mierda, Maider! —dijo en voz alta.

Ella miró a su alrededor y se llevó el dedo índice a la comisura de los labios. Vislumbró cierta inquina en sus ojos.

—No grites y ten mucho cuidado con lo que dices. Se oye todo a través de las paredes.

—¡Me importa una mierda!

—No te pongas así, ¿vale?

—¡Estoy harto, joder! A cualquier lugar que voy, lo hago con miedo. Todos los días estoy pendiente de si alguien me sigue. Cuando salgo a la calle, lo primero que hago es mirar a derecha e izquierda por el rabillo del ojo por si hay alguien. Últimamente me ha dado por agacharme y comprobar si no hay nada debajo del coche. Antes podíamos ir al cine los sábados por la noche y dar una vuelta en libertad por las calles del pueblo. Ahora ni siquiera me atrevo a salir con la bicicleta por temor a lo que pueda ocurrir. ¿Y si alguno de esos descerebrados me atropella adrede? ¡Esto es la puta dictadura del miedo! ¡Eso es lo que pretende esta gente, joder! Que yo contribuyo al bienestar del pueblo. Genero riqueza: puestos de trabajo. Pago religiosamente todos mis impuestos, pero esto, por desgracia, se está convirtiendo en una región sin ley, en una selva.

—Pues coméntaselo a los políticos.

—Esos son peor que los etarras. Solo piensan en llevarse el dinero. Y cuando vienen a Euskadi lo hacen con la intención de comer bien y salir en las fotografías de los periódicos. ¡No tienen ni idea de lo que ocurre aquí! Si al menos, abrieran de una vez los ojos.

—Creo que lo más conveniente sería marcharnos. Podríamos mudarnos a Valladolid con tu madre.

—¿Mi madre?

—Lo que faltaba.

—Desde que enviudó la mujer está muy sola. Deberíamos haberlo hecho el mismo día que recibiste la carta. Si me hubieras hecho caso, ahora no tendríamos este problema.

—¿Y qué hago con la serrería? No puedo marcharme así como así. Tengo responsabilidades. Hay muchas personas que dependen de mí.

—Podrías vendérsela a tus empleados.

—¡No es el mejor momento!

—Nunca será un buen momento. Siempre surgirá algo. No deseo que nuestro hijo se críe en este entorno. Aquí hay muchas manzanas podridas, Alberto. Y no quiero que intoxiquen a Mikel y le laven el cerebro. Aún es pequeño, pero cuando comience a tomar conciencia de lo que ocurre.

—Las personas se adaptan.

—Porque no tienen más remedio. Pero nosotros contamos con una alternativa. Podemos iniciar una nueva vida en otro sitio alejados de esta

mierda.

Esa misma conversación la volvieron a mantener varias veces más hasta que ocho meses después recibió en el buzón una nueva carta. Sintió escalofríos al divisar la serpiente enroscada en el hacha.

En esta ocasión le exigían noventa millones de pesetas. Le daban tres semanas de plazo. De otra forma, tomarían represalias. Y en la esquina inferior de la misiva habían escrito, a lápiz y con mayúsculas, el nombre de su hijo. La amenaza iba en serio. Una cosa era que fueran a por él y otra bien distinta que pusieran en peligro la vida de Mikel.

Los terroristas lo estaban presionando. Querían ponerlo a prueba.

Ahora Alberto era para ellos una vaca a la que ordeñarían hasta la extenuación. Los etarras se habían topado con la gallina de los huevos de oro. Mientras diese leche, no habría ningún problema. Exprimirían la ubre hasta que la dejaran seca. Sin embargo, esta vez habían ido demasiado lejos. Él podía ser muchas cosas, pero jamás haría algo que perjudicase a su hijo.

Cuando atravesó el umbral de la puerta intentó que su voz sonara tranquila:

—¡Haz las maletas, Mainer! Tú y el niño os vais esta noche. Y yo en cuanto arregle los asuntos que aún están pendientes.

—¿Qué pasa? Ni que hubieras visto un fantasma.

—Peor. ¡Otra carta!

Ella dio un brinco.

—¡Joder! ¿Qué pone?

—Ten —dijo tendiéndole la hoja.

Cuando la leyó, su mujer estuvo a punto de desmayarse. Apoyó la espalda en la pared y contuvo la respiración. Su semblante exhibía hilaridad y estupor. No podía creer que esos malnacidos fueran a por su pequeño. Aquello debía tratarse de un error. Miró de nuevo el nombre que aparecía escrito y se le formó un nudo en la garganta. Apenas podía articular palabra.

—Te lo advertí, pero no me hiciste caso. Deberíamos habernos marchado hace mucho tiempo. ¡Hay que ir a la policía! —dijo ella.

—¿Y crees que podrán protegernos?

—Sí, claro —dijo perpleja.

—¿Y qué coño les cuento? ¡Miren agentes, he financiado a ETA con quince millones! Porque... como me amenazaron. Me acusarán de complicidad, colaboración con banda armada. Terminaré en la cárcel. O quizá me liquiden por chivato.

Ella perdió los nervios.

—Pues entonces tendrás que hablar con los terroristas.

—¿Pero tú has perdido el juicio? Esa gente no atiende a razones. Lo único que entienden es la bala en la nuca.

—Podrías hacerles ver que estamos en números rojos. Que no podemos pagar. ¿De dónde vamos a sacar el dinero? ¡Si no tenemos ni un duro!

—Les da igual. A ellos únicamente les interesa la causa vasca.

—Entonces habrá que venderlo todo: la empresa, la plaza de garaje, la casa, las acciones que están a mi nombre.

Las palabras de su esposa le hicieron reflexionar.

—¡Nos quedaríamos sin nada! Perderíamos todo lo que hemos construido durante los últimos diez años. Todo nuestro esfuerzo habrá sido en balde.

Maidier respiró hondo e intentó aguantarse el genio.

—Conservaríamos la vida —dijo con hostilidad.

—¿Hasta cuándo? ¿Cuándo llegará una nueva carta? Nunca nos dejarán tranquilos, Maidier. ¡Asúmelo! Una vez que entras en su juego, jamás nos permitirán salir. Estamos bien jodidos. Hoy ya son noventa, pero ¿y mañana? Doscientos. Trescientos millones de pesetas. Estoy seguro de que esto lo hacen para asustarnos. Una cosa es que atenten contra mí, pero no creo que se atrevan a matar a nuestro hijo. La opinión pública los crucificaría.

—¡Son capaces de cualquier cosa, Alberto! Parece mentira que no lo sepas después de tantos años y tantos atentados. ¡Son unos fanáticos! ¡Unos putos locos! —dijo exaltada—. ¿Acaso no ves las noticias? Mira lo que sucedió en ese hipermercado de Barcelona. Colocaron una bomba en el garaje y no discriminaron entre hombres, mujeres y niños. ¡No tuvieron contemplaciones! A esa gente solo le interesa poner muertos sobre la mesa para así tratar de negociar con el Estado.

—Se supone que solo atentan contra las instituciones españolas.

—¿Y los empresarios que han secuestrado? ¿Y las amenazas a los periodistas?

Se hizo el silencio. Alberto sopesó las palabras de Maidier. Estaba en lo cierto. No atenderían a razones.

—Deberíamos desaparecer. Y no me refiero a marcharnos con mi madre a Valladolid —dijo él.

—Y, ¿a dónde iríamos?

—Elige tú el sitio: Colombia, Bolivia, Venezuela, Perú, Costa Rica... Allí nunca nos encontrarán. Comenzaríamos de cero.

—Es demasiado arriesgado.

Él pensó en comprar nuevas identidades.

—Podríamos hacernos con unos pasaportes falsos y cambiar de vida.

—¿Cómo lo haríamos?

—Conozco a un hombre en Burdeos que está metido en esta clase de asuntos. Es de fiar. No abrirá la boca. Nos proporcionaría licencias de conducir, documentos de identidad, pasaportes y todo aquello que pudiéramos necesitar.

Ella se humedeció los labios y meditó la propuesta.

—Tiene que haber otra solución. No quiero estar huyendo toda mi vida.

—¿Y qué sugieres?

—No lo sé.

Una idea sobrevoló la mente de Alberto.

—Quizá no todo esté perdido. Tal vez lo pueda arreglar. Esta semana tengo que realizar un viaje a Francia. Iré solo. Necesito hacer unas gestiones. Voy a deshacerme de la empresa y pondré a la venta todos los activos que poseemos. Pero mientras tanto, vosotros os vais. ¡Aquí no estáis a salvo! En cuanto pueda me pondré en contacto. Por el momento, nada de llamadas.

—¿Y qué va a ser de ti?

—Ya me las arreglaré. De peores situaciones he salido.

Maidier lo abrazó. Las lágrimas le nublaron los ojos.

Alberto viajó en coche hasta Marsella y regresó a Bergara tres días más tarde. Cuando volvió, Maidier y Mikel ya no estaban. Se habían marchado con su madre a Valladolid. Ella, pese a su advertencia, le había llamado por teléfono para que no se preocupara y supiera que habían llegado bien. Si su plan funcionaba, en cuarenta y ocho horas, estarían juntos. En caso de que el asunto se torciera, había la posibilidad de que terminase enterrado en cualquier cuneta.

Restaban dieciocho días para que se cumpliera el plazo. No lo podía ocultar. A pesar de que intentaba mantener la calma le devoraban los nervios. Pensó si habría más cartas en caso de que se demorase, si quemarían su coche o si recurrirían a alguna otra treta con la que intimidarlo. Tal vez lo amedrentasen con grafitis en la puerta de la serrería, con algún matón que le quisiera partir la cara o con más misivas amenazantes. En el piso sonó el eco

de su voz cuando se puso a hablar a solas. Había diseñado una estrategia y no podía desviarse ni un milímetro de lo que había planificado.

Empuñó la pistola y quitó el seguro. La Glock la había adquirido en Marsella. La pistola estaba limpia. O eso le dijo la persona a la que se la compró. Durante el viaje de vuelta se había detenido cerca de un bosque. Como no deseaba llamar la atención, se había internado entre los árboles y había realizado prácticas de tiro. Al principio, le había costado acertar a las latas de cerveza vacías que había utilizado como diana. Tras recargar el arma varias veces, se dio cuenta de que no lo hacía tan mal. El truco consistía en flexionar bien los brazos, fijar un objetivo concreto y mantener la calma. Controlar la respiración era muy importante. Cuando se ponía nervioso fallaba.

Minutos más tarde se echó en el sofá, se colocó la Glock en la frente y contuvo la respiración durante unos instantes. Sus problemas podían terminar allí mismo. Si se quitaba de en medio, ¿se olvidarían de su mujer y de su hijo?

«No, no lo harán», se dijo.

Trató de pensar en las represalias. Imaginó las peores torturas. Un escalofrío le sacudió la espalda cuando comprendió lo que le podía ocurrir a su mujer.

Volvió a repasar las partes más espinosas del plan. No le podían entrar las dudas. Si detectaban miedo, estaría perdido. El abogado no saldría de su despacho hasta pasadas las diez y media. Siempre realizaba el mismo trayecto. Se lo había confirmado Igor, un compañero con el que solía tomar café.

—Ese nunca falla. Con lo que le gustan los chiquitos —le comentó.

A diario caminaba desde la calle Mintegui hasta la plaza de San Martín. Solía ir solo, pero en el caso de que se le uniera alguien debería posponerlo para la noche siguiente. No quería correr ningún riesgo.

Cuando salió a la calle, le sorprendieron las luces de las farolas. Vio la fila de coches aparcados en batería y caminó despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. En el barrio no había ni un alma. Los chavales que solían jugar a *bote-bote* ya se habían marchado. También los adultos que copaban los bancos. Eran muchos los que a la mañana siguiente debían levantarse temprano para acudir al trabajo. Dio un rodeo por la plaza. Le sorprendió una ligera brisa que agitaba los toldos de algunos comercios. Miró hacia las ventanas de los edificios. La mayoría tenían echadas las persianas. Imaginó que las familias estarían terminando de cenar. Llegó antes de lo esperado. El reloj marcaba las diez y veinte.

Se acercó hasta un pequeño callejón donde se apilaban los contenedores de basura y esperó. Desde allí podía divisar bien la puerta. En cuanto se cerciorase de que estaba solo, le dejaría pasar y después iría a por él. Mientras aguardaba oculto entre las sombras, fantaseó con la posibilidad de entrar armado en el bar y liarse a tiros. «Si hiciera algo así, se cagarían en los pantalones».

Un ruido le sacó de sus pensamientos. Lo vio acercarse en la distancia. Cojeaba de la pierna izquierda. Al distinguir su silueta a contraluz, se escondió detrás de los contenedores. Olía a ratas y el hedor de la basura resultaba irrespirable. Lo conocía de vista. Nunca habían entablado una conversación. Oyó sus pasos resonando en la acera. Aguardó pacientemente hasta que pasó. Con sigilo, se acercó por detrás al abogado.

El letrado estaba afiliado a Herri Batasuna, un partido nacionalista que pugnaba por la independencia. Lo abordó antes de que pudiera girar hacia la calle que conducía a la taberna del pueblo. Le puso la pistola en la nuca y sintió deseos de apretar el gatillo. El mundo sería un lugar mejor sin él. Se preguntó qué es lo que se sentiría.

—¿A cuántas personas habría extorsionado aquel tipejo?

—¡Ni se te ocurra gritar ni darte la vuelta!

La presa se había convertido en el cazador. Así actuaban ellos, con alevosía y nocturnidad.

—No llevo dinero encima —dijo el hombre.

—Sé que estás con ellos.

—No sé de qué me hablas.

—Estás dentro de la organización.

—Te equivocas.

—¡No me cuentes milongas! Sé que tienes contactos con ETA. Una fuente fiable me lo ha confirmado.

—¡Eso es mentira!

—Quiero que me escuches con mucha atención y les hagas llegar un mensaje. ¡No lo repetiré!

—¿Quién eres?

—Alberto García. Ese al que tú y tus colegas asesinos habéis amenazado. Hace un par de días, hablé con varios jefes de la mafia marsellesa. Si a mi hijo, a mi mujer, a mí o a cualquiera de mis familiares más cercanos les pasa algo, tú y todos los nombres que aparecen en esta lista moriréis. También morirá Arantxa, tu mujer, y tu hija que está cursando periodismo en Leioa. Y

será una muerte *jodida* y cruel. No se andarán con contemplaciones. ¡No bromeo! Un sicario os matará uno a uno. He puesto precio a vuestras cabezas. En un banco francés he metido noventa millones de pesetas. La misma cantidad que me exigíais. En caso de que nos ocurra algo malo, he dado instrucciones para que procedan. El dinero lo he obtenido de la venta de la serrería. Yo ya no soy el propietario. Me piro de aquí. No quiero saber nada más de vuestras mierdas.

Para que supiese que no se trataba de ningún farol le soltó y le entregó una hoja de papel. En ella había anotados nombres y direcciones de personas afines al entorno radical que, de una u otra forma, estaban vinculadas a la organización terrorista. Algunos de esos nombres eran *vox populi*. Otros familiares de algunos de los etarras encarcelados o que se encontraban en busca y captura. El abogado le lanzó una mirada cargada de arrogancia y desdén a partes iguales. Le había herido en su amor propio. Alberto no visualizó a un hombre sino a una irracional bestia. Alguien que disfrutaba con la máxima del ojo por ojo.

—Lo pagarás caro —dijo entre dientes mientras se marchaba de allí.

Si las miradas matasen, aquella le habría arrancado la cabeza de cuajo.

Nunca antes había visto a todas aquellas personas que ocupaban los bancos de las primeras filas de la iglesia. Mikel se fijó en un señor mayor al que escoltaban dos hombres uniformados. Debía de ser alguien importante. Todos los asistentes vestían de negro e iban impecables. No sabía quiénes eran.

—Son autoridades —había escuchado a un hombre de tez cetrina y ojos apagados cuando se disponía a entrar en el templo.

Antes de que comenzara el funeral, muchos de esos individuos se habían acercado a la abuela para comunicarle que lo sentían y la acompañaban en el sentimiento. Algunos le habían dedicado unas palabras de afecto, otros se habían abrazado a ella e incluso se habían atrevido a darle una palmadita amistosa en el hombro.

Los féretros de sus padres descansaban junto a las escalinatas y estaban rodeados de coronas de flores. Reparó en las fotos enmarcadas de Alberto y de Mainer. En el templo olía a velas y el silencio se extendía por todos los bancos. Aún seguía sin comprender por qué no podía ver a su *aita* y a su *ama* si estaban en el interior de aquellas cajas.

—No están presentables —le había dicho horas antes la abuela Trini entre lágrimas.

Él no supo a qué se refería. «¿Qué era eso de que no estaban presentables? ¿Acaso tenían que arreglarse, que ponerse guapos?» No le importaba el aspecto que tuvieran. Eran sus padres. Él solo quería verlos una vez más.

—¿Cómo?

—Ellos... ellos se han ido cariño —añadió visiblemente emocionada.

La mujer tenía la piel oscura, unos enormes ojos azules y el cabello totalmente negro recogido en un moño. La madre de Mikel solía decir que la abuela se excedía con el tinte. A pesar de que sobrepasaba los cincuenta, no los aparentaba. Estaba muy delgada y poseía una envidiable figura que le permitía lucir unas piernas largas y bronceadas los días en que hacía calor. Se había quedado viuda doce años atrás cuando su marido perdió el control del coche en el que viajaba, atravesó la mediana y se estrelló contra los bajos de un camión. Desde entonces no se había vuelto a casar. Había convivido con un

hombre, pero, tras un tiempo, se convenció de que el matrimonio no estaba hecho para ella.

—¿Por qué se han ido?

—El Señor se los ha llevado. Los ha acogido en su seno —dijo mientras se mordía el labio inferior.

Las patas de gallo asomaron alrededor de sus ojos. Las arrugas comenzaron a vislumbrarse en sus pómulos.

—Pues el Señor debe de ser muy malo.

Trini quería salir del cuarto y apagar la luz de la habitación. Había sido un día muy largo y muy duro. Deseaba estar a solas para poder llorar. La policía se lo había comunicado unas horas antes. Su nuera y su único hijo habían sido asesinados en el aparcamiento de un centro comercial. Los dos habían fallecido en el acto. Alguien se había acercado a ellos por la espalda y les había pegado varios tiros en la nuca. Todos los indicios apuntaban a un atentado terrorista.

—¿Por qué me han dejado solo? ¡Jo, yo también quiero irme con ellos!

—Eso no es posible, cariño.

—Sí, sí que lo es —dijo mientras ponía los brazos en jarras.

—¡No seas cabezón, Mikel! Papá y mamá no van a volver. ¡Se han marchado muy lejos!

—¿A dónde se han ido?

Ella se dirigió a la parte opuesta de la habitación, movió las cortinas y apuntó hacia la bóveda celeste.

—¿Allí arriba?

—Sí, al cielo.

Mikel se acercó hasta la ventana y miró las estrellas.

—Y eso, ¿dónde está?

—Lejos, muy lejos, cariño.

—¿Para siempre?

—Así es, pequeño.

—¿Y no los volveré a ver?

Una mueca de disgusto deformó su rostro.

—No —dijo negando con la cabeza.

—Te equivocas.

Ella exhibió una mirada cargada de escepticismo y sorpresa.

—¿Cómo?

—El *aita* me dio esto.

Y el niño le enseñó una piedra que tenía escondida debajo de la almohada. La abuela la examinó con detalle. Era un pedrusco vulgar. Un trozo de arenisca que se podía encontrar en cualquier cantera. Desconocía qué es lo que su nieto podía haber visto en aquel guijarro. Decidió no llevarle la contraria.

—¡Qué bonita!

—Es mágica.

—¿Mágica?

Mikel asintió.

—Papi dice que si la frotas y pides un deseo con mucha fuerza se hace realidad.

—¿Lo has probado alguna vez?

—No.

—¡Ven cariño!

Ella lo estrechó entre sus brazos. A Mikel le gustaba el olor de la abuela. Su pelo olía a jabón y a fresas.

—A partir de ahora solo vamos a estar tú y yo, ¿lo entiendes?

—Pe... pero yo quiero a mis *aitas*.

—Lo sé, cariño. Y ellos también te querían mucho.

Después, le indicó que debía irse a dormir porque al día siguiente tendrían que madrugar. Lo obligó a que se metiera en la cama y lo tapó con las sábanas. Nunca había visto a la abuela tan triste. Tenía los ojos rojos y la cara descompuesta, como si le hubiese entrado una terrible cagalera. Cuando salió del cuarto, Mikel cogió la piedra, cerró los ojos y concentró toda su atención en pedir un deseo:

—¡Por favor, por favor, que vuelvan el *aita* y la *ama*!

Y después frotó la piedra decenas de veces. Primero con la mano derecha y después con la izquierda hasta casi desgastarla.

—Sí, sí que vendrán. ¡Ya lo verás, abuela! —dijo poco después de depositar el canto sobre la mesilla de noche.

El deseo no se había cumplido. Él seguía allí mirando a su alrededor mientras un hombre calvo, con un traje blanco y una casulla roja, hablaba de Dios y leía un sermón que versaba sobre la necesidad de poner la otra mejilla. Decía que eran tiempos difíciles y que una familia había perdido a dos de sus miembros de una forma cruel e injusta.

Cuando concluyó la misa, varios hombres metieron los ataúdes en sus respectivos vehículos y los trasladaron hasta el cementerio. El lugar

sorprendió a Mikel. Nunca había estado en un sitio así. Se fijó en la cantidad de nichos y tumbas que había. Todas tenían nombres, inscripciones y flores marchitas en jarrones de diferentes tamaños. En algunas había hasta esculturas de ángeles.

Varias hileras de robles flanqueaban las sepulturas. Caminaron durante un par de minutos y se detuvieron delante de una zanja rectangular que habían excavado en la tierra. Los asistentes se arremolinaron alrededor del agujero. El niño vio a un par de mujeres que no cesaban de llorar. Ni siquiera las conocía. La abuela le dijo que eran familiares. Finalmente, llegaron los ataúdes. Los llevaban al hombro varias personas. Mikel miró el agujero. Medía más de cinco metros y parecía no tener fondo.

—¿Por qué los van a meter ahí?

La abuela se agachó, se puso a la altura del pequeño y le pasó la mano por los cuatro pelos rebeldes que el peine no había conseguido domesticar.

—Porque...

—Pero ¿no se habían marchado al cielo?

—Sí, pe... pero.

Ella titubeó y trató de buscar las palabras más adecuadas:

—¡Es difícil de explicar, cariño!

—¿Por qué?

—El espíritu es lo que se ha ido. Y ese es el lugar donde descansarán los cuerpos —le susurró en voz baja.

Él la miró confundido. En su cabeza emergieron decenas de preguntas: «¿Cuerpo? ¿Espíritu? ¿Qué es eso? ¿De qué habla? El jueves, en cuanto regrese a clase, se lo preguntaré a Ginés. Él sí sabrá responder. Es un maldito sabelotodo».

A pesar de que solo tenía ocho años, no había cosa que su amigo no supiera. Se acordó de la conversación que había mantenido con él unos días antes de Navidad. Alguien había mencionado en clase de dónde venían los niños. Una chica había dicho que de París. Otra que los traía la cigüeña. Solo había que encargárselos. Mikel había levantado la mano. Conocía la respuesta. Su madre le había hablado del asunto.

—Papá introduce una semillita en mamá y, a los nueve meses, nace un niño o una niña.

La profesora había asentido con la cabeza como queriendo pasar de puntillas por el tema.

Durante la hora del recreo, Ginés se había burlado de él:

—¿Una semilla? —dijo.
—Pues sí, listo. ¿A que no lo sabías?
Ginés arrugó el semblante y se echó a reír.
—¡Y una leche! Menudo gilipollas que estás hecho. Te crees cualquier chorrada que te cuentan. Y tú tienes, ¿ocho años?
—Siete y medio —le había replicado Mikel.
—¡A ver si te enteras! De semillita nada de nada.
—¿Ah, no? —dijo sorprendido.
—¡Tu padre se tira a tu mami, tonto del culo!
—¿Tirarse? ¿Qué es eso?
—Se la cepilla, se la pasa por la piedra —dijo mientras simulaba usar unos palos de esquí imaginarios.
—¡Ni idea!
—¡Le mete lo que tienes ahí abajo, tonto!
—¿La cosa esa? —dijo con sorpresa.
—Ajá.
—¿Dónde?
—Pues en lo que tienen las niñas.
—¡Qué asco!
—¿Asco? Mañana te enseño una revista para que lo veas. Mi hermano tiene una. Se la robó a mi padre —le dijo mientras le daba un empujón y le tiraba al suelo.

Esa tarde, cuando regresó del colegio, ya no vio a sus padres de la misma forma. Odiaba que le contasen las verdades a medias.

—Despídete —dijo la abuela.

—¿Cómo?

—Di algo.

—Y, ¿qué quieres que diga?

—Lo que quieras. Lo que se te pase en estos momentos por la cabeza.

Se quedó en silencio observando los ataúdes. No se le ocurría nada. Advirtió en el crucifijo pegado a la madera. Una ligera brisa sacudió las hojas de los árboles. El cura se puso a hablar. Mientras les daban sepultura, Mikel pensó por qué los habían tenido que matar. En las noticias había escuchado algo. Hablaban de un ajuste de cuentas. De la posibilidad de que su padre estuviese metido en asuntos turbios.

Tras concluir el funeral, muchos de los asistentes se dirigieron a la casa de la abuela. En el salón había comida como para alimentar a un ejército.

Fuentes con toda clase de canapés. Tostas con anchoas. Pinchos de salchichón, queso, aceitunas, chorizo, jamón york y bocadillos. Él no tenía hambre. Los murmullos de las conversaciones revoloteaban por todos los rincones de la estancia como si fueran los arrullos de una paloma enferma. Sentía que estaba de más en aquel lugar. Deseaba salir a la calle y echar a correr. No soportaba aquella opresiva atmósfera. Tampoco deseaba hablar con nadie.

Volvió a coger la piedra, salió a la parte de atrás del jardín y la tiró lo más lejos que pudo. El guijarro se estrelló contra la pared de un bloque de viviendas que había unos metros más allá. Se escuchó un impacto seco y después el ladrido de un pastor alemán que aguardaba vigilante en uno de los balcones. Una vecina del bloque se asomó a la ventana. El chico se escondió detrás de unos rosales. Esperó un rato hasta que se aseguró de que se había vuelto a meter en casa.

Una mujer morena, ataviada con un vestido negro, se le acercó. La conocía. Era Clara, una íntima amiga de su madre.

—¿Cómo estás?

Él se encogió de hombros. Sentía un enorme vacío en su interior.

—No estás solo, Mikel —dijo tras colocarse a su altura.

—Ya.

—Si me necesitas... para lo que sea. Puedes contar conmigo.

—¿Qué ocurre cuando te entierran?

—Pues... que te meriendan los gusanos.

Cuando cumplió doce años, tres chicos del colegio lo cogieron desprevenido y lo arrastraron hasta los servicios. Mikel trató de zafarse, pero uno de ellos le tiró del pelo y le dio una patada en la entrepierna. Se dobló a consecuencia del dolor. Saúl había repetido un par de cursos y le sacaba tres cabezas. El chico se había obsesionado con él de una forma enfermiza.

En los últimos meses no le dejaba respirar. En cuanto lo veía en el patio, iba directo a meterse con él. Mikel desconocía qué es lo que le había hecho. Una vez incluso se lo preguntó.

—¡Porque puedo y me sale de los cojones! —le espetó desafiante.

No le costó demasiado llegar a la conclusión de que le acosaba por lo patética y miserable que debía ser su vida.

Durante el recreo aquel abusón de ojos grandes, facciones duras y labios finos, le amargaba la existencia. La mayoría de las mañanas le sustraía el bocadillo. A veces, levantaba una de las rebanadas de pan, echaba un vistazo al interior y, si no le gustaba el queso, el salami o lo que hubiera para comer, escupía.

—Ya puedes almorzar. ¡Ah, y mañana sin falta, lo traes de jamón serrano! ¡Y ya sabes lo que pasará si te chivas! —le advertía tras propinarle un tortazo.

Otros días le quitaba el sándwich, daba un mordisco y el resto lo tiraba a la papelera.

Como no quería contrariarle, Mikel asentía. Decía a todo que sí mientras trataba de rehuirle. Cuando sonaba la campana, procuraba salir el primero del aula con la intención de quitárselo de encima. No era fácil sortear a Saúl ni tampoco a sus matones.

—¿A dónde coño crees que vas? —le decía tras cogerle por sorpresa.

—A... a casa.

—¿Cuánto llevas encima?

—Nada. Hoy no he traído dinero.

Y le registraba los bolsillos. A menudo lo obligaba a que le entregase la mochila y sacaba los libros, los cuadernos y los bolígrafos.

—Este me lo quedo —decía.

—Sí, es tuyo.

—¡Veis lo buena persona que es! —decía a las personas que hubiera

alrededor.

—Lo que sea...

—El viernes quiero quinientas pesetas, ¿me oyes? Si no te daré una paliza.

—Claro. Las tendrás.

Con frecuencia, lo escoltaban dos energúmenos de séptimo: Pera y Luis. Unos repetidores crónicos que no dudaban en abusar de los chicos más pequeños. Aquellos tiparracos daban collejas a diestro y siniestro, ponían chinchetas en las sillas, robaban los libros a los otros estudiantes, realizaban toda clase de perrerías a todo aquel que no les cayera bien, ensuciaban las instalaciones con grafitis que no venían a cuento y se ensañaban de forma cruel con el mobiliario.

Mikel no comprendía aquella actitud tan ruin. Supuso que el acoso sería algo temporal. Algún día se tendrían que cansar. Quizá cuando encontrasen una nueva víctima con la que pagar su frustración.

—¡Esperad un momento! Voy a mear antes de que le metáis la cabeza.

—Eso sí que no, ¡joder! ¡Soltadme, por favor! —dijo preocupado.

Saúl se bajó la cremallera del pantalón y orinó. El ruido resonó con fuerza en los servicios. Los otros dos chicos le retuvieron. Uno le había inmovilizado y el otro le había puesto los brazos sobre la espalda y le había aprisionado las muñecas.

—¿Por qué no me dejáis en paz?

—Porque no nos sale de los cojones.

—No os he hecho nada.

—¿Qué dices, puto huérfano?

—Que te jodan.

Odiaba que se lo recordasen.

—El que te voy a joder bien... soy yo —dijo amenazante.

Entre los tres le metieron la cabeza en el inodoro. Trató de evitarlo a toda costa, pero cuando le retorcieron el brazo supo que se saldrían con la suya.

Sintió náuseas al oler y vislumbrar el agua amarillenta. Mientras le sumergían, trató de contener las arcadas. El líquido le empapó el semblante. Le entraron ganas de vomitar.

«¿Qué coño había bebido aquel desgraciado? Su meada olía peor que el estiércol».

De fondo pudo escuchar las risas. Pensó que eso no podía quedar así. Se lo contaría a su tutora o acudiría al despacho del director. Él sabría qué hacer.

Esos cabrones no se saldrían con la suya.

Cuando ya le habían humillado lo suficiente, se marcharon. Al incorporarse, se dio cuenta de que ya no podía más. Estaba harto de que le amargasen la vida a todas horas. Aquella situación resultaba insoportable. Fue al lavabo, vio su imagen proyectada en el espejo y accionó el grifo. Estaba completamente calado. Apestaba a orín. Se quitó la camiseta, la restregó con agua y jabón y se limpió como pudo. No le apetecía regresar a clase. No quería inventarse ninguna excusa. Tampoco deseaba mentir a nadie.

Tras sonar la campana, esperó unos minutos y salió al patio. Los alumnos habían regresado a las aulas. Miró en todas las direcciones por si se topaba con el conserje. Corrió hasta la verja de más de dos metros de altura que custodiaba el edificio, la saltó y se marchó al parque. Allí podría secarse al sol y pensar con claridad. Por nada del mundo deseaba que la abuela le viese en ese estado. Tomó asiento en un banco que había libre. La madera crujió bajo sus nalgas. Por la hierba correteaban algunos perros.

Acudir al colegio se había convertido en una odisea. Recordó una conversación que había mantenido con Ginés dos días atrás. Él le había animado a que se enfrentase con aquellas bestias.

—¡Decirlo es muy fácil! Contigo no se meten.

—Podrías hacerles alguna putada.

—¿Qué quieres? ¿Que me rompan la cabeza?

—Saúl se ha comprado una moto...

—Paso.

—Podrías jodérsela. Con un poquito de azúcar en el depósito de gasolina bastaría.

—No quiero más líos.

—¿Y si se lo comentas al director?

Ahora, en frío, no era una buena idea. Chivarse equivalía a estar muerto. Si lo hacía, jamás le dejarían en paz. De una forma u otra buscarían venganza. Se le ocurrió que quizá podía proponer a su abuela que le cambiase de colegio. Faltaban más de cuatro meses para que concluyeran las clases.

Acudir al Sagrado Corazón se había convertido en un drama. Día sí y día también aquellos cabrones se metían con él. Las vejaciones parecían no tener fin.

Contabilizó la cantidad de perrerías que le habían hecho durante la última semana. El lunes le habían puesto la zancadilla seis veces y le habían tirado la mochila por la ventana del aula. Eso sin contar que les había entregado

cuatrocientas pesetas para que se olvidaran de él. El martes más de lo mismo. El miércoles se repitió la escena del bocadillo. En esta ocasión le pringaron el libro de matemáticas con *Nocilla*. El jueves le dieron una paliza. No contentos con eso, uno de aquellos cafres había intentado robarle las zapatillas.

Sentía que había llegado a un punto límite. No podía soportarlo más. Era hora de ajustar cuentas. Después de un rato, observando a las palomas y a unos ancianos que no cesaban de cotorrear, una idea macabra sobrevoló su cabeza.

El sábado por la mañana se levantó temprano y acudió a una tienda de caza y pesca. Mientras el dueño atendía a unos clientes, se interesó por las cañas y los carretes. Adquirió veinte metros de sedal.

Ya en casa, lo examinó junto a la ventana de su cuarto. El hilo era resistente.

«Puede servir», pensó.

Después de comer, le dijo a su abuela que se marchaba con sus amigos a dar una vuelta.

En la calle el cielo era una uniforme alfombra azul que caía sobre los edificios. Se montó en un autobús de la línea 6 que le dejó a las afueras de la ciudad. Aquella zona era peligrosa. No muy lejos de allí había una casa en ruinas llena de grafitis a la que solían ir muchos drogadictos. En el suelo, junto a las zarzas, las hojas caídas de los árboles y las piedras, vio un sinfín de viales y jeringuillas. Fue con mucho cuidado. No quería pisar las agujas.

Anduvo durante un rato hasta que llegó a un antiguo circuito de motocross. El lugar estaba enclavado en mitad de un bosque y presentaba un aspecto deplorable. Hacía años que no se utilizaba. El ayuntamiento tenía pensado rehabilitar las instalaciones, pero la falta de liquidez había provocado que las reformas se aplazaran de forma indefinida. Ignoró los carteles que prohibían el paso, movió a un lado una de las vallas y entró. Reparó en las zanjas que las excavadoras habían abierto en la tierra. La maleza y los arbustos se habían adueñado de gran parte del terreno.

Caminó hasta una zona apartada y reconoció el sitio con más calma. Era un circuito peligroso, con zonas de gran desnivel. Había decenas de rampas que parecían paredes. Examinó el camino por el que antiguamente circulaban las motos y se fijó en que gran parte del trayecto se abría paso entre los árboles. Se internó en la vegetación y dio varias vueltas. El tramo estaba lleno de zarzas, arbustos y ramas partidas.

Cuando estaba a punto de desistir, le llamaron la atención las sombras que proyectaban unos gigantescos castaños. Los árboles se hallaban fuera del

circuito. Ató el sedal al tronco del primer árbol a un metro y medio de altura y después hizo lo mismo en el otro castaño, pero antes se aseguró de tensar muy bien la cuerda. Al terminar, comprobó la trampa. Deseó que el hilo de nailon aguantase la embestida. Una sonrisa se dibujó en su rostro al pensar en el trompazo que se iba a pegar.

Mientras le hacían aguadillas en el retrete, Saúl había comentado que el sábado por la tarde acudiría al viejo circuito de Vilas a realizar acrobacias con la moto.

No llegó hasta las seis. Le alertó el runrún del motor. Mikel lo vio a lo lejos. Iba solo. No le costó demasiado reconocerlo. Aquel semblante huesudo, con granos y maliciosa sonrisa, no era fácil de olvidar. El idiota no llevaba casco. Enseguida se puso a dar saltos y realizar caballitos en una zona rocosa. Se comportaba como un descerebrado. A lo mejor, con un poco de suerte, tan solo tenía que limitarse a esperar.

Para evitar que le descubriera, se ocultó detrás de unos arbustos. Le vio dar varias vueltas por el circuito a toda velocidad. En cuanto dio la tercera de las vueltas, salió de su escondite, movió los brazos y gritó para atraer su atención.

—¡Eh, tú, puto desgraciado!

El motorista realizó un giro que levantó una nube de polvo. Al detenerse, se colocó la mano en la frente a modo de visera y trató de localizar la procedencia de las voces. Tras unos instantes de confusión, lo vio. Apenas les separaban quince metros.

—¡Aquí me tienes, hijo de perra!

Lo había conseguido. El matón se había fijado en él. Como deseaba que lo siguiera, le hizo una peineta.

En cuanto Saúl aceleró en su dirección, echó a correr colina abajo mientras todas aquellas espinas, zarzas y arbustos le mordían y le arañaban los brazos y las piernas. Nada más salir del circuito, se le enganchó una rama en la ropa y estuvo a punto de perder el equilibrio. Se abrió paso a trompicones entre la maleza.

El ruido del motor se oía cada vez más cerca. Ni siquiera se giró. La motocicleta casi le había dado alcance. Aquel cabrón pretendía atropellarlo. Al entrar en la zona arbolada, se dio cuenta de que casi podía sentir su aliento en el cogote. Pasó por debajo de la cuerda, atada entre los dos árboles, y se echó a un lado consciente de lo que estaba a punto de ocurrir.

Al volver la vista atrás, oyó un grito que desgarró el cielo.

6

La moto salió despedida, zigzagueó unos cuantos metros más y se estrelló contra un árbol. El ruido retumbó más allá de la maleza. El alboroto hizo que muchos pájaros echaran a volar. Saúl cayó hacia atrás y se dio un fuerte golpe en la espalda.

—¡Ayu...! ¡Ayúdame, por favor!

Tras unos segundos de vacilación, Mikel salió de entre los árboles y se aproximó hasta el cuerpo que yacía sobre la pila de piedras, hojas secas y arbustos. Lo hizo con cuidado. No se fiaba. Tenía la impresión de que Saúl estaba actuando. Enseguida comprobó que no se movía y farfullaba palabras ininteligibles.

—¿Qué me has hecho? Me duele mucho la columna y no... no siento las piernas —dijo en cuanto llegó a su altura.

Mikel le estudió de arriba abajo. Su cara estaba pálida y brillante. Allí tirado, bocarriba, no parecía tan fiero. ¿Qué había sido del matón que lo atemorizaba a todas horas? ¿Dónde estaba aquel valiente que se creía intocable y abusaba de los chicos más pequeños?

—Ya no te ríes ¿eh? Ahora el que se descojona soy yo —dijo envalentonado.

Divisó una ira desproporcionada en sus ojos.

—Ne... necesito que me ayudes.

Al hablar respiraba con dificultad, le palpitaba el pecho y tenía un corte profundo en el antebrazo.

—Que te den.

Nada más evaluar los daños, se percató de que quizá había ido demasiado lejos. La trampa había funcionado. Por la expresión de su rostro, dedujo que se había hecho mucho daño.

—Creo que me he partido la espalda. ¡Pide ayuda, por favor! —farfulló en voz baja.

¿Qué hubiera ocurrido si fuera él quien estuviese allí tirado? Saúl no habría tenido compasión. No iba a mover ni un solo dedo. Se lo merecía. Eso y más. Aquel cabrón le llevaba jodiendo la vida los últimos seis meses. Era un maldito acosador.

—¿Te acuerdas de todas las putadas que me hacías durante el recreo? ¿De

todas las veces que me pegabas porque te salía de los cojones? ¿Recuerdas lo que pasó el viernes cuando me metiste la cabeza en el váter? Lo tengo aquí grabado —le dijo mientras se tocaba la frente.

Barajó la posibilidad de bajarse los pantalones y orinarle encima. Se deleitó con esa imagen. Sería una forma de hacer justicia.

—No... yo...

—¿Por qué debería ayudar a un mierda como tú? Dime una sola razón y tal vez...

—Yo... yo... lo... lo siento.

—Con sentirlo no es suficiente. ¡Con eso no arreglas nada!

—Perdóname... yo.

Mikel se levantó y retrocedió sobre sus pasos.

—¿Qué vas a hacer? ¡No te vayas, no puedes dejarme así!

—Claro que puedo —dijo con frialdad—. No eres nadie para darme órdenes. ¡Bastante me has jodido ya!

—Te lo ruego.

Ya había tomado una decisión. Ahora no podía dar marcha atrás.

—Nunca te había visto tan dócil. Pareces un perrito faldero. Ahora lo único que quiero es que me lamas el culo.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una atronadora carcajada.

—¡Ayúdame!

—Vuelvo en un momento.

—¡No me dejes aquí solo! —gimoteó entre lágrimas.

—¡Tranquilo! Yo no soy como tú. Te echaré una mano —dijo con malicia—. De alguna forma, aliviaré ese sufrimiento.

Buscó una piedra lo suficientemente grande, la cogió con las dos manos y le aplastó la cabeza varias veces. Ni siquiera se inmutó cuando, entre lágrimas, le pidió clemencia.

La sangre le salpicó las zapatillas.

Antes de marcharse del circuito de motocross, quitó el hilo que había atado entre los árboles y se deshizo de la piedra. La tiró bien lejos. Donde nunca pudieran encontrarla.

Por precaución, no tomó el autobús. Anduvo hasta la casa de su abuela. Eligió calles poco transitadas. Era sábado y las familias salían a dar una vuelta por la ciudad. Vio que las terrazas de los bares se hallaban abarrotadas. Lo mismo ocurría con las tiendas y los supermercados. Procuró pasar inadvertido. No quería que nadie se fijase en él o se quedase con su cara.

Había acabado con la vida de una persona.

Aunque solo tenía doce años, el asesinato era un delito muy grave. Se acordó de un chaval que había matado a sus padres y a su hermana pequeña con una catana. El chico los había rematado con un machete. Tras juzgarlo, le habían internado en un centro de menores. Pese a que se estaba mejor que en la cárcel, aquel sitio no resultaba nada agradable.

Tardó más de dos horas en llegar. Le recibió su abuela. Le preguntó si se lo había pasado bien. Él asintió y esbozó una sonrisa. Después, se encerró en la habitación y limpió la sangre de las zapatillas con un trapo.

Le había matado y, al hacerlo, había experimentado una especie de liberación. Quizá sonara enfermizo, pero había disfrutado mientras le machacaba la cabeza. Se sentía mucho mejor. Se había quitado un gran peso de encima. Aquella basura ya no le amargaría más la existencia.

El mundo era un lugar mejor sin él.

—¿Te has enterado? Han encontrado muerto a Saúl —le dijo Ginés el lunes nada más entrar en el aula.

—¿Cómo? —dijo sorprendido.

Dejó el walkman y la mochila encima de la mesa y se percató del revuelo que se había montado en la clase. Varios alumnos cuchicheaban entre ellos. Parecían cotorras. No paraban de hablar. La profesora aún no había aparecido.

—Creen que lo han asesinado.

—¿Qué ha pasado?

—Anoche encontraron su cuerpo cerca de la vieja pista de motocross. Dicen por ahí... que le han reventado la cabeza a pedradas. Le han tenido que identificar por las piezas dentales.

—¡Qué movida!

—La policía se encuentra con el director. Me parece que quieren hablar con nosotros.

—¿Con nosotros?

Notó un temblor en las manos. Las escondió con rapidez debajo del pupitre.

—Sí. Con todos los que le conocían.

—¿Por qué? —dijo preocupado.

—Creerán que sabemos algo.

—¡Yo no sé nada!

—Será simple rutina. Querrán saber lo que hizo Saúl poco antes de morir.

—¡Joder!

—Mira el lado bueno...

—¿Cuál?

—Al menos ahora ya no te volverá a molestar —dijo mientras una sonrisa se dejaba entrever en sus labios.

Mikel no tenía pensado contarle lo que había hecho. Ginés solía hablar más de la cuenta. Era un bocazas. Aunque no lo hacía con mala fe. Si alguien quería guardar un secreto lo más conveniente era no contarle nada.

—¿Sospechan de alguien?

—No lo sé, pero seguro que se lo han cargado por alguno de esos trapicheos en los que estaba metido.

—Es posible.

En caso de que le interrogasen debía pensar en una buena coartada. No podían relacionarle con Saúl.

Dos horas más tarde, se encontraba en el despacho del director. Durante toda la mañana muchos estudiantes habían desfilado por allí. Se fijó en los dos agentes de paisano que franqueaban al director. Al parecer, durante el interrogatorio tenía que estar presente un adulto.

—Estos señores quieren hacerte unas cuantas preguntas —le dijo.

El despacho estaba decorado de manera austera. A la izquierda había una estantería con multitud de clasificadores, tomos de una enciclopedia y un enorme ventanal con vistas a la calle por donde se inmiscuían los rayos del sol. A la derecha divisó una mesa llena de papeles, varias sillas y un horrible cuadro abstracto, con rayas y círculos, que colgaba de la pared. En el techo se distinguían pequeñas grietas.

Mikel tomó asiento y miró de reojo a los dos policías. No se fiaba de ellos. Debía ser cauto. Si no se comportaba con naturalidad podrían sospechar. Los había visto actuar en las películas. Normalmente, jugaban al poli bueno y al poli malo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Saúl?

Alzó la cabeza y miró al hombre de ojos azules, pelo ensortijado y tez amarillenta que le había formulado la pregunta. El policía superaba de largo los cuarenta. Vestía un traje gris con corbata y su mirada parecía vagar de un lado a otro.

—El viernes pasado.

—¿Te llevabas bien con él?

Trató de mantener la calma.

—No éramos lo que se dice amigos.

—¿A qué te refieres?

—No teníamos demasiado contacto. Él estaba en octavo y había repetido varias veces y yo... estoy en séptimo. Si le soy sincero, apenas nos veíamos.

—Un pajarito nos ha dicho que no os llevabais demasiado bien.

—Colegas no éramos.

—¿Saúl se metía contigo?

—Conmigo y con mucha más gente. Si tengo que hacer una lista de todas las personas con las que se metía... no terminaríamos hasta mañana. La lista sería interminable.

El investigador se mordió el labio inferior y después se acarició los mofletes. Sus ojos brillaban como dos luciérnagas en la oscuridad.

—¿Sabes si estaba metido en algo turbio?

Mikel se encogió de hombros.

—¿Turbio?

—Sí.

Algo había oído sobre ese asunto. Dudó durante unos instantes. No se fiaba de ellos. Finalmente, decidió ganarse el favor de los policías. Lo que iba a contarles era *vox populi*. Quizá ya lo sabían. Puede que algún otro alumno se lo hubiese confesado.

—Trapicheaba con drogas. Vendía costo. Lo pasaba a algunos chavales mayores durante la hora del recreo.

—¿Vendía drogas en mi colegio y yo sin saberlo? —interrumpió el director.

El hombre cruzó los brazos y mostró su estupor. Estaba indignado.

—Sí. Yo le vi alguna que otra vez. Se lo pasaba a sus colegas.

—¿Quiénes son sus colegas? —dijo el policía mientras sacaba una libreta del bolsillo.

—Gente de octavo. Y algunos otros chicos del instituto que vienen a jugar al patio cuando se terminan las clases.

—¿Podrías ser más específico? ¿Podrías darnos algunos de esos nombres?

—No los conozco. No sé sus nombres. ¡Además, yo no soy ningún chivato!

—Nadie ha dicho que lo seas. Lo que nos digas, no saldrá de aquí. Te lo

garantizo.

—¡Preguntad a los de octavo! Ellos lo saben mejor que yo.

Los dos policías cruzaron sus miradas.

—¿Dónde estuviste el sábado por la tarde? —dijo el poli que hasta entonces no había intervenido.

Era más joven que el otro. Unos treinta o treinta y cinco años. Con el pelo corto y unas entradas que dejaban vislumbrar los primeros síntomas de una incipiente alopecia. Tenía el rostro enjuto, semblante afilado y unas manos grandes y encallecidas que no dejaban de moverse. Llevaba unas voluminosas gafas de pasta con tanta graduación que parecían el culo de un vaso.

—¿El sábado? En casa... con mi abuela.

Se preguntó si se tomarían la molestia de verificar lo que les había contado. En cuanto llegara a casa, se inventaría algo y hablaría con la abuela.

—Una última pregunta, ¿sabes quién podría haber hecho daño a Saúl?

—Ni idea. En el colegio todos le temían.

—O esa... que era un chico muy popular.

—Sí, todo el mundo le conocía.

—¡Gracias, chico! Has sido de gran ayuda.

Cuando salió, cayó en la cuenta de que había hablado más de lo debido. No tenía que haber mencionado el asunto de las drogas. ¿Por qué se había comportado así? Tarde o temprano terminarían averiguándolo.

Saúl no era ningún hermanito de la caridad. Se preguntó si se tomarían la molestia de verificar dónde había estado la tarde del crimen. O si, por el contrario, se trataba de una pregunta rutinaria que habían hecho a todos los alumnos a los que habían interrogado. Corroborarlo les llevaría bastante tiempo.

Estuvo nervioso durante toda la semana. Por la mañana llegaba temprano al colegio y lo primero que hacía era entrar en la biblioteca. Cogía los periódicos locales, se sentaba en una de las mesas y devoraba con fruición la sección de sucesos. Apenas había noticias. La investigación de la muerte de Saúl se encontraba en un punto muerto ante la falta de evidencias. A su abuela, la policía no la había interrogado. Eso solo podía significar una cosa: no sospechaban de él. Creerían que un crimen tan violento no podía ser obra de un chaval de doce años. Trató de no llamar la atención. Durante las semanas siguientes procuró salir lo mínimo de casa.

—¿Quieres quedar para jugar al fútbol? —le preguntó Ginés.

—No, no me apetece. Otro día.

—Te noto raro —le dijo.

—¿Y eso?

—No sé... pero desde que mataron a Saúl pareces otro. Te comportas de una forma muy rara.

—¿Por qué?

—No sé. Pero ya apenas sales.

—Será que me hago mayor.

Pera y Luis dejaron de meterse con él. Lo comprobó dos días más tarde cuando se cruzó con ellos en el pasillo. Sintió ganas de gritarles y de escupirlos a la cara: «¡Yo me he cargado a vuestro colega y os haría lo mismo, mamones!»

Pero se contuvo y no dijo nada. Ni siquiera le hicieron caso. Pasaron de largo como si nunca se hubieran conocido.

Sonrió al ver que se alejaban. La muerte de su amigo les había afectado profundamente. Ellos también trapicheaban con drogas. Movían algo de costo aquí y allá. Imaginó que estarían preocupados. Si a Saúl se lo habían cargado, nadie les podía asegurar que ellos no fueran a ser los siguientes.

Mikel valoró la posibilidad de acabar con ellos. Ahora no era el momento más adecuado. Seguramente, estaban bajo el radar de la policía. Quizá más adelante podría hacerlo.

Otra idea más macabra que la anterior sobrevoló por su mente. ¿Y si los incriminaba? Aún conservaba el hilo de pescar con los restos de sangre de

Saúl. Podía meterlo en la taquilla de Luis. O, mejor aún, en la de Pera. Y luego bastaría con una llamada al 091. Imaginó la cara de estupefacción de ambos cuando encontrasen el sedal. ¿Qué es lo que harían? «¡Oh, yo no sé nada, agente! Soy inocente. Alguien ha metido eso ahí. Alguien trata de jugármela». Una imagen como aquella resultaba impagable.

«No, mejor dejarlo para más adelante», pensó.

Estaba de buen humor y eso era raro en él: había matado y no le habían cogido. Ni siquiera se percató de que tataba una canción de Roxette: *It must have been love*.

Cuando aplastó la cabeza de aquel malnacido, algo había aflorado en él. Algo tétrico y malsano había emergido a la superficie. Algo que se encontraba en su naturaleza y que no había podido reprimir por más tiempo. Al matar había experimentado una intensa y adictiva sensación de poder. La vida de Saúl había estado en sus manos. Recordó que se había recreado en el sufrimiento de aquel gilipollas mientras se retorció en el suelo a causa del dolor. Había sido algo apoteósico. Único.

Se preguntó si era normal tener esa clase de pensamientos. A pesar de ello, decidió no confesárselo a nadie. No quería que pensarán que era un loco o un desviado.

Ocurrió a finales de junio. Para entonces, ya habían finalizado las clases y el verano estaba a punto de comenzar. Como había sacado buenas notas, la abuela le premió con un regalo que le hizo muchísima ilusión: Rocky. Un cachorro de pastor alemán que apenas tenía un par de meses.

—¡Cuídalo bien! —le dijo después de entregárselo.

—Desde luego, yaya.

—A partir de ahora el perro es responsabilidad tuya.

Él asintió.

—Claro. Te juro que no dará ningún problema —dijo mientras le acariciaba el hocico.

—Eso espero. Un perro implica mucho trabajo.

Enseguida hizo buenas migas con el can. Era adorable. Lo sacaba a diario a pasear y daban largos paseos por el parque. Rocky era cariñoso, obediente y muy juguetón. A menudo cogía una piedra, la lanzaba al aire y el perro acudía raudo a recogerla. La traía entre los dientes y la dejaba a los pies de Mikel para que se la volviera a tirar.

En casa se portaba muy bien. Los primeros días había ocasionado algún que otro desperfecto. Nada grave. Nada que no se pudiera reparar: un par de cortinas agujereadas, un charco de orín en el parqué, alguna que otra raja en el sofá, arañazos en la pared y varios cojines hechos trizas. Mikel lo instruyó para que fuese un perro obediente. Si no realizaba ningún estropicio lo recompensaba con galletas. Cuando hacía algo mal lo reñía o le imponía algún castigo.

Rocky dormía con él todas las noches. Cuando oía la palabra: «¿Salimos?» se ponía contentísimo. Abría la boca, soltaba algún que otro ladrido y meneaba el rabo sin parar. Como no tenía nada que hacer, solía sacarlo a pasear a todas horas. Recogía las cacas, las metía en bolsas de plástico y las tiraba a la papelera para que ningún vecino le llamase la atención.

El idilio con Rocky duró hasta principios de septiembre. Una tarde, al salir de casa, el perro tiró con tanta fuerza de la correa que la rompió.

—¡Vuelve aquí! —gritó Mikel.

El can echó a correr detrás de un gato callejero que se había refugiado debajo de uno de los vehículos que había aparcados en la avenida. Mikel lo llamó con insistencia. El cachorro no atendía a razones. Lo estuvo persiguiendo durante un buen rato hasta que lo perdió. Rocky estaba obcecado con el gato.

Unas manzanas más allá, un conductor se lo llevó por delante. El automóvil aceleró y se dio a la fuga. Cuando lo encontró, se le encogió el alma. Al verlo, en mitad de la calzada, experimentó una mezcla de rabia e impotencia. Tenía la cabeza hundida, las patas traseras aplastadas y a su alrededor vislumbró un enorme charco de sangre. Se arrodilló a su lado mientras Rocky emitía débiles aullidos. Le acarició la cabeza. Por el brillo de sus ojos supo que no duraría mucho. Trató de levantarlo, pero no lo pudo mover. Parte del cuerpo había quedado pegado en el asfalto.

Un coche de la Policía Local se detuvo. Se aparearon dos agentes.

—Me temo que no hay nada que hacer, chico —dijo uno de ellos tras quitarse la gorra y pasarse la mano por la frente.

—¡Aún está vivo!

Los dos hombres se miraron.

—Está sufriendo —dijo el más alto.

—¡Déjanoslo! Vete a casa —dijo el otro.

Mikel acarició el lomo del animal, le dio un beso en el hocico y

retrocedió sobre sus pasos. Mientras se alejaba, creyó leer en la mirada de Rocky un: «No, por favor, no me dejes solo. No me abandones».

La culpa la tenía aquel apestoso gato. En cuanto pudiese tomaría represalias. Se disponía a cruzar la carretera cuando le sorprendió el ruido de un disparo. Notó que el corazón se le encogía y sintió una profunda rabia en su interior.

La abuela le propuso que compraran un nuevo cachorro. Él se negó. Estaba enfadado con el mundo. Rocky no era un juguete que se pudiera reemplazar. Como había perdido el apetito, se marchó a la cama sin probar bocado. Entre las sábanas ideó un plan para capturarlo. A la mañana siguiente lo pondría en práctica.

Tras levantarse y desayunar, exploró todos los rincones del barrio. Recorrió los jardines del parque, miró debajo de los vehículos, hurgó en los contenedores de basura e inspeccionó un par de solares abandonados. Le llevó un tiempo dar con él. Lo encontró encaramado a un muro de piedra. Trató de que no se asustara.

El animal era negro, con motas blancas y no cesaba de maullar. Estaba muy delgado. Para un pobre minino la vida en la calle debía de resultar muy dura. A primera vista presentaba un aspecto deplorable. Reparó en el pelaje áspero, los ojos acuosos y las costras alrededor de la cabeza. En el lomo se le marcaban las costillas y tenía algunas calvas.

Abrió una pequeña lata de atún, la dejó a sus pies y se alejó un par de metros.

—¡Ven! ¡Ven, bonito!

El gato miró la comida y esperó durante unos instantes. No era idiota. Como muchos otros de su especie, desconfiaba de los humanos. Mikel permaneció quieto. El animal saltó el muro y se acercó hasta la lata atraído por el olor. Nunca le habían gustado los felinos. Uno no se podía fiar de ellos. Eran traicioneros.

—Eso es pequeñín.

No tardó en hundir la cabeza en la lata. Comía con el ansia de alguien que llevaba semanas sin ingerir alimentos.

—Te gusta, ¿eh? Está rico —farfulló en voz baja.

Cuando lo cazó, lo llevó a casa y lo primero que hizo fue meterlo en la bañera. Olía fatal. A pesar de los maullidos y los arañazos, lo sumergió dentro del agua y lo lavó con jabón.

—¡Quieto cabrón, deja de arañarme o te meto en la lavadora!

El gato se resistía. Se comportaba de una forma muy agresiva. No dejaba de salpicar y de moverse. Se puso a gruñir, le mostró los dientes y le arañó los brazos. A pesar de los ataques, le restregó el lomo y las patas. Cuando terminó, lo secó con una toalla y se le ocurrió que podía infligirle cortes en las patas, en el lomo, en el vientre. Durante unos segundos, sopesó la opción de abrirlo en canal para ver cómo era por dentro. Aunque sentía curiosidad, la idea no le convenció.

Decidió meterlo en una caja para ver qué demonios hacía con él. El cartón resultó tan endeble que a los pocos minutos ya lo había destrozado. En el trastero encontró una antigua jaula para pájaros y no dudó en meterlo allí. El gato se subió a los barrotes. Miau. Miau. Miau.

—¡No vas a salir de ahí en mucho tiempo! Así que cállate de una puta vez —le gritó.

Lo estuvo alimentando durante unos días a base de leche y atún. El minino gozaba de buen apetito.

Una tarde cogió unas pastillas que su abuela usaba para dormir, las machacó y las echó en un cuenco lleno de leche. Tras bebérsela, el minino tardó unos minutos en cerrar los ojos. Cuando lo tuvo a su merced, le cortó la cola con un cuchillo y después hizo lo propio con las orejas. Y se puso a jugar con ellas como si fueran legos o partes de un rompecabezas. Luego lo introdujo en una caja de zapatos, salió de casa y se dirigió a la estación. Allí ató una de las patas del gato a los rieles de la vía y esperó con impaciencia la llegada de un tren de mercancías.

Con su muerte no experimentó ninguna clase de satisfacción.

Con el tiempo empezó a obsesionarse con los psicópatas y los asesinos en serie. Durante meses leyó todo lo que llegó a sus manos sobre Jack el Destripador, Richard Ramírez apodado el Acosador Nocturno, Jeffrey Dahmer al que todos conocían como el Carnicero de Milwaukee y Ted Bundy. Enseguida conectó con John Wayne Gacy. Aquel psicópata había asesinado a sangre fría a treinta y tres personas. La mayoría de sus víctimas eran críos. Siempre operaba de la misma forma.

A John le gustaba conducir por las afueras de la ciudad y si se cruzaba con autoestopistas, chaperos o chicos solitarios se ofrecía a llevarlos a algún bar que hubiera en las proximidades. Cuando subían al coche los drogaba con cloroformo o les apuntaba con una pistola y los trasladaba hasta su casa. Otras veces citaba a sus víctimas en su domicilio con la excusa de ofrecerles un trabajo. Allí abusaba de ellos, los violaba en repetidas ocasiones y se deleitaba torturándolos durante horas. Finalmente los asfixiaba y enterraba los cadáveres en el jardín. El hedor que desprendía aquel lugar debía de ser horripilante. De vez en cuando, también tiraba los cuerpos al río. Tras su detención, la policía encontró en las habitaciones de su casa multitud de objetos de tortura.

Lo que más le fascinaba a Mikel de Gacy era el hecho de que no le bastaba con matar a sus víctimas. No, eso no era suficiente. Quería más. Él necesitaba verlos sufrir y suplicar durante horas por su vida. Cuanto peor lo pasaran, mayor era el grado de satisfacción que obtenía. Por eso, se recreaba en el castigo que les infligía cuantas veces fuera necesario. En su juventud Wayne había sido maltratado por su padre. Y esos maltratos se los trasladaba a sus víctimas.

Mikel se dio cuenta de que tenía impulsos homicidas. Cuando caminaba por la calle imaginaba a las personas que se encontraba asesinadas de mil formas diferentes. Con un punzón en el ojo. Con una soga alrededor del cuello. Degolladas. Quemadas. Enterradas vivas. Lapidadas. Ejecutadas a golpes. Desangradas.

A menudo, no le quedaba más remedio que cerrar los ojos y tratar de pensar en otra cosa. No obstante, una voz en su interior no cesaba de repetir: «Mátalo, mátalo».

Los fines de semana desarrolló una curiosa afición. Cuando veía a alguien en la calle que estaba solo, se pegaba a su espalda y se convertía en su sombra. Durante horas, procuraba no separarse de él. Lo seguía a todas partes. Si montaba en metro, ahí estaba él. Si se reunía con otra persona en un bar no le perdía de vista. A veces, se ponía a su lado y agudizaba bien el oído para enterarse de lo que hablaban. En el fondo, deseaba saber a dónde iba, con quién hablaba, qué es lo que hacía o cómo era su personalidad. Quería averiguar qué es lo que hacía a un adulto ser quién era. La gracia del juego consistía en que no le descubrieran.

Recordó a una joven de ojos claros, pelo rubio hasta la cintura y rostro angelical. Nunca había visto a una chica tan guapa. Parecía una de esas jovencitas diseñadas para dinamitar el corazón de los hombres. Iba sola. Vestía una blusa azul, falda escocesa y llevaba unos zapatos rojos más relucientes que una puesta de sol en Granada. Al verla, notó una punzada en el estómago. No lo dudó ni un solo instante.

La siguió por la avenida Miguel Delibes y no se despegó de ella durante las dos siguientes horas. Mientras la perseguía, fantaseó con lo que podría hacer a esa belleza. La imaginó desnuda, en su cama. Él dentro de ella. Ella hundiendo la lengua en su boca. Él jadeando de placer. Ella susurrándole palabras sucias al oído. Los dos unidos como un solo ser, poseídos por un salvaje fuego interior.

El hechizo se rompió cuando la joven se reunió con un chico que resultó ser su novio. Los siguió a una distancia prudencial. Se dirigieron al parque Ribera de Castilla. Aquel lugar era el pulmón de Valladolid. Más de diez hectáreas de arces, castaños, chopos y tilos bordeaban el río Pisuerga.

Cada poco, se cruzaba con algún corredor que hacía *footing*, con un ciclista o con alguna persona que estaba dando un paseo. El chico deslizó su brazo por el hombro de la joven. Había cariño en sus gestos. Caminaron por una de las sendas hasta que llegaron a una zona, con mesas y sillas de madera, que se utilizaba como merendero. Vio a varias familias conversando de forma amistosa. Encima de las mesas había un montón de táperes. Estaban merendando. Los chicos jugaban encaramados a los columpios mientras comían el bocadillo.

La pareja optó por marcharse a un lugar más íntimo, más apartado. Mikel trató de disimular. Si se giraban podrían verle. Optó por concederles unos cuantos metros más y se escondió detrás de unos árboles. Lamentó no llevar encima unos prismáticos. Los vio avanzar por una vereda que no tenía salida.

Esperó unos minutos, miró a derecha e izquierda y fue detrás de ellos. Caminó de puntillas. Procuró no hacer ruido. Las hojas caídas de las ramas de los árboles crujían bajo sus pies. Estaban cerca y no deseaba que le oyeran llegar.

Anduvo veinte metros más. En el suelo descubrió varios preservativos con regalo, pañuelos de papel, jeringuillas usadas y alguna que otra caja vacía de condones. Aquel lugar era un picadero. Uno de esos sitios donde las parejas acudían con la intención de dar rienda suelta a sus deseos más perversos. Se detuvo de inmediato. En cuanto escuchó unos gemidos de placer. Trató de localizarlos. Alzó la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Aún no los veía, pero dedujo que se encontraban muy cerca. Tal vez se hallasen detrás de los arbustos.

Se puso de puntillas, contuvo la respiración y rodeó las zarzas con cuidado. El corazón le latía muy deprisa. Casi se le salía del pecho. Los jadeos se oían con más ímpetu. Al agacharse los vio. Estaban «dale-que-te-pego». Ella a cuatro patas. Él de rodillas y sin pantalones. La ropa se encontraba desperdigada sobre las zarzas. Los ojos se le salieron de las cuencas. Parecían los protagonistas de una película pornográfica. Una sonrisa se perfiló en su rostro. Por su mente sobrevoló una lasciva idea. Quizá le dejaran participar.

El joven arremetía con fuerza. Ella se estremecía de placer y no cesaba de gritar:

—¡No pares Iñaki, sigue!

Mikel sintió una mezcla de excitación y celos. Anheló estar en el cuerpo del tal Iñaki. Aquella loba quería marcha. Notó una erección en la entrepierna. Su cabeza no dejaba de repetir la palabra sexo, sexo.

—¡Así, ah! ¡Así!

Deseó abalanzarse sobre ellos y golpear al chico. Anhelaba que aquella belleza fuese suya. Aunque solo fuera durante unos instantes. Condujo la mano hacia el bolsillo. En el interior guardaba una navaja. La sacó. Se fijó en el reluciente brillo de la hoja. Se preguntó qué es lo que habría hecho John Wayne Gacy si hubiese estado en su lugar. Probablemente, hubiera recurrido a algún fármaco.

«Sí, Wayne los habría drogado con cloroformo. Después, los habría amordazado y los habría llevado hasta el sótano de su casa. No es tan difícil. Tan solo tienes que clavársela en la espalda. Y luego esa diosa será tuya», se dijo.

Descubrió que le temblaban las manos y una película de sudor le

embadurnaba la frente. Respiró hondo. Matar no resultaba tan difícil. Lo complicado era hacerlo bien.

Imaginó los macabros titulares de los periódicos: Crimen sangriento en Valladolid. Dos jóvenes asesinados junto al río Pisuerga mientras hacían el amor.

La pareja seguía a la suya. Todavía no se habían percatado de su presencia. En caso de que cambiasen de posición podrían descubrirle. Miró la navaja y después la espalda del joven. ¿Cuántos navajazos serían necesarios para que muriera?

Pensó que todo sería mucho más rápido si se acercaba por detrás y le rajaba la garganta de derecha a izquierda. Con un corte limpio sería suficiente. Imaginó la cara de sorpresa que se le quedaría a la novia. Seguramente, se pondría a chillar o trataría de huir. Las familias del merendero habían quedado bastante atrás. Era probable que no escucharan los gritos. Pero ¿y si los oían?

Con Saúl había resultado mucho más sencillo.

«Allá voy», pensó decidido.

Levantó la navaja. Dio un paso. Luego otro. Apretó la mandíbula. Se acordó de los subalternos cuando, puñal en mano, se arrodillaban en el coso taurino con la intención de terminar con la agonía de las reses.

Cada vez se hallaba más cerca. Le separaban menos de dos metros.

El culo del joven se balanceaba con soltura. Hacia delante y hacia atrás. La chica no dejaba de gemir. Una voz en su interior lo alertó: «No, no puedes hacerlo. Es demasiado arriesgado. Te han visto varias personas que estaban merodeando por el parque. Darán tu descripción a la policía. Te cogerán si cometes una estupidez».

—Vamos, si alguien puede hacerlo... ese eres tú. No puedes rajarte ahora —dijo para sí.

John Wayne no se habría asustado tan fácilmente.

Se disponía a acuchillarlo, cuando el novio giró la cabeza y le vio.

Eso truncó sus planes.

—Pee... pero qué cojones pasa aquí —dijo.

Mikel se sobresaltó.

—¿Qué coño haces? —le gritó.

Los ojos del novio parecían echar chispas.

—Yo... yo —dijo con titubeos.

Él no tenía que dar ninguna explicación a nadie.

La joven se cubrió los pechos con la blusa. El placer había dado paso al

rubor y después al miedo. Sostuvo la navaja en alto para que la viesen bien. El factor sorpresa se había evaporado.

—¡Puto mirón! ¡Vete a cascártela a tu casa, desgraciado!

Comprendía que estuviese de mal humor. Le acababa de joder el polvo.

—Vosotros a lo vuestro.

—¿Qué buscas, perverso?

El joven estaba desnudo. Sus pantalones descansaban sobre una pila de zarzas. Con la mano que tenía libre, tiró de la pernera del pantalón y echó a correr.

—¡Hijo de perra vuelve aquí! —le gritó.

«Sí, va a volver tu padre», pensó mientras atravesaba a toda velocidad las hileras de chopos.

El novio le estuvo persiguiendo con no demasiada convicción. Desistió al cabo de un rato. Mikel, tras percatarse de que ya no tenía a nadie detrás, aminoró la intensidad de la zancada. Lo había perdido de vista.

El aire desplazaba las hojas diseminadas por la alfombra de césped. Sudaba. El corazón no le cabía en el pecho. Se detuvo delante del estanque. Vio a un par de patos que esperaban a que alguien les echase algo de comida. Con más calma, registró los bolsillos del pantalón y sacó una cartera de piel. Cogió todo el dinero que había y tiró la prenda y la cartera vacía al agua. Las aves echaron a volar.

De regreso a casa, comprendió que debía reprimir sus instintos. Si no quería pasar en la cárcel el resto de sus días era necesario establecer una serie de normas. Se había excedido con aquella pareja.

A partir de ahora, solo haría daño a quien se lo mereciera.

—¿Quién mató a mis padres?

La abuela siempre se había negado a conversar sobre ese tema. Ella prefería no remover el pasado. A los muertos no convenía despertarlos.

—Ya hemos hablado de eso muchas veces.

Él se cruzó de brazos.

—Sí, pero nunca me dices nada.

—Será por algo, ¿no crees?

—He cumplido los diecisiete y creo que ya tengo edad para saberlo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Quién fue?

—Ya te lo he dicho: ETA

—En ETA hay muchos terroristas. Me gustaría conocer sus nombres. La policía ha hablado contigo. Imagino que te habrán informado.

—La Guardia Civil aún no lo ha podido confirmar.

—¿Después de casi quince años?

Trini se encogió de hombros y le miró con lástima. No comprendía aquella extraña actitud de su nieto. Ya no se podía hacer nada por Mainer y Alberto, excepto rezar.

—No saben quién fue el autor material que llevó a cabo esas acciones criminales. Creen que pudo ser el comando Donosti, pero no están seguros.

Los comandos eran grupos operativos de la banda integrados por tres o cuatro personas. La captación la realizaba el jefe del grupo y muchos de sus integrantes se habían iniciado en la violencia callejera. La *kale-borroka* era la cantera que utilizaba la organización para incorporar nuevos miembros a sus filas. Además, no todos los que se dedicaban a tirar cócteles molotov y quemar cajeros, autobuses y marquesinas en las calles conseguían ingresar en la banda. Solo lo hacían los más válidos y aquellos que poseían las mejores aptitudes.

—¿Y quién era el jefe del comando?

Para Mikel solo existían dos culpables: el que había dado la orden y el que había pegado un tiro en la nuca a sus padres. Quería a ambos.

—Es mejor dejarlo.

Anhelaba venganza.

—¿Por qué?

—De esto no se puede sacar nada bueno.

—Quiero que se haga justicia, abuela. No hay nadie juzgado por ese crimen.

—¿Justicia? Por desgracia, buena parte de los atentados sin autor conocido perpetrados por los etarras han prescrito ya.

Pegó un puñetazo a la mesa. Se escuchó un ruido seco en la habitación. El cenicero y los libros que había encima de la camilla vibraron. La abuela le observó con preocupación.

—Pues eso no va a pasar.

—Y, ¿qué vas a hacer? —dijo intrigada.

—No lo sé.

—Comprendo tu rabia y tu frustración, hijo. Sin embargo, la vida continúa. Hay que pasar página.

—Pero esos cabrones me han privado de la oportunidad de estar con mis padres.

—No me gusta que digas tacos. Yo no te he enseñado a hablar así.

—Perdona.

—Tú lo que debes hacer es terminar el instituto y comenzar la universidad para convertirte en un hombre de provecho. ¿No querrás fregar escaleras como yo, verdad?

Él asintió, pero el veneno de la ira ya estaba almacenado en su interior.

—Un crimen tan horrendo no puede quedar impune.

—Nos guste o no... la vida es injusta.

Mikel respiró profundamente y trató de guardar las formas. No pretendía que su abuela le viese enfadado.

—Ya.

—Pero seguro que el Señor lo enmienda.

—¿Dios?

—Sí. Cuando se cierra una puerta, el Señor siempre abre una ventana —dijo mientras miraba hacia el techo.

—¿Dios no va a hacer una mierda, abuela!

—Que te he dicho sobre utilizar ese lenguaje.

—Lo siento.

En los últimos meses había tratado de controlar sus impulsos, pero sin demasiado éxito. Se acordó del viejo que solía sentarse en uno de los bancos del parque Campo Grande y observaba a los niños mientras jugaban. Parecía

uno de esos adorables ancianos que vivían solos y siempre estaban dispuestos a ayudar.

Él conocía bien a esa clase de individuos. Era un baboso. Un depredador que engatusaba a los chavales con cromos, regalices, huevos Kinder y buenas palabras. Se le caía la baba en cuanto veía a los niños encaramados al tobogán o subidos en los columpios. Nadie se había percatado de su comportamiento. Nadie había prestado atención a aquel pobre viejo. Desde el primer momento, le había calado. Por eso, lo estuvo vigilando durante unas semanas.

Una noche, cuando el parque quedó casi vacío, se acercó a él:

—¿Me puedo sentar? —dijo.

—Este es un país libre.

Su voz sonó ronca como la de alguien que fuma con frecuencia. Una boina, que no conseguía ocultar unas orejas de soplillo, le cubría el cráneo. El viejo vestía con elegancia. Llevaba una camisa azul debajo de una americana gris, pantalones de pana bien planchados y unas botas negras tan relucientes como un vehículo recién encerado. Lo que le otorgaba un toque de distinción era la pajarita roja a la altura del gaznate. Calculó que tendría más de setenta años.

—Parece que no hay mucha gente.

—Ya se ha hecho tarde, chico.

—Soy Iván —mintió.

—Yo Juan Luis —dijo tras tenderle la mano.

Mikel se la estrechó con firmeza.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Me gusta este lugar. Me trae buenos recuerdos.

Su boca parecía un tablero de ajedrez. Le faltaban bastantes piezas dentales tanto en la paleta inferior como en la superior. Dudó entre dar un poco más de cuerda al viejo para ganarse su confianza o sacar directamente el tema a colación.

«Qué demonios», pensó.

—Dejémonos de historias, ¿quieres que te la chupe? ¿O no?

La pregunta descolocó al anciano por completo.

—A mí eso no me va.

—¿Y qué es lo que te va?

Hizo ademán de levantarse, pero Mikel le agarró del hombro y tiró de él hacia abajo. Las maderas del banco crujieron. El hombre se quedó callado.

Observó las arrugas. Las cicatrices alrededor de los mofletes. Los ojos

secos como uvas pasas. Las manos huesudas. Las venas latiendo debajo de la piel.

—¿Quieres pasarlo bien o no? Por dos mil pesetas te hago lo que sea — insistió.

El anciano le observó con creciente interés. A continuación, miró hacia los lados para asegurarse de que no hubiera nadie más.

—¿Lo que yo quiera?

—Mira qué lengua más guapa tengo —dijo mientras se la mostraba.

—¡Vaya!

—Ni te imaginas lo que puedo llegar a hacer con ella. Hago unas mamadas increíbles.

—Pues podrías lamerme el culo.

—¡Muy gracioso!

—¿No nos hemos visto antes?

—Lo dudo.

—Tu cara me suena.

—¿Quieres que te la chupe o no?

—Mil pelas.

—¡Nada de regateos! Por menos de dos mil pelas no abro la boca.

—Y por un completo, ¿cuánto?

—Tres mil pesetas.

El hombre lo pensó durante unos instantes. Se quitó la boina y se rascó las sienes. Mikel tuvo la impresión de que si agitaba las orejas podría echar a volar.

—De acuerdo.

—La mitad ahora y la otra cuando te hayas desfogado.

El anciano no parecía estar muy convencido. Aunque finalmente sacó la cartera y le entregó un par de billetes.

—No serán falsos, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? ¿Un vulgar falsificador?

Se guardó el dinero en el bolsillo y sonrió al viejo.

«No sabes lo que te espera cuando estemos a solas», pensó.

—Iremos a mi casa. Vivo aquí cerca. En la calle Italia —dijo mientras realizaba un extraño malabarismo con el dedo.

—Vale.

—Ve tú delante.

—¿Por qué?

—No quiero que nos vean juntos. Yo iré dentro de un poco.

—Claro.

—Me esperas frente al portal número dieciséis.

Cuando perdió de vista a Juan Luis, se tapó la cabeza con la capucha de la sudadera y apretó el paso. No deseaba que nadie lo reconociese. Se dirigió hacia el paseo Zorrilla. Mientras caminaba acarició la navaja automática que guardaba en el bolsillo. La había probado con varios gatos. Cortaba bien. El ancho de la hoja sobrepasaba los tres centímetros. Aquel carcamal no vería más la luz del sol.

Se acordó de su idolatrado John Wayce Gacy y pensó en la técnica que utilizaría para torturarlo. Había decidido que le haría sufrir hasta la extenuación. Aquel viejo sería un mero entrenamiento. El plato fuerte llegaría cuando descubriese la identidad de los etarras que se habían llevado por delante la vida de sus padres.

Las farolas ya se habían encendido. Los coches ocupaban la calzada. Muchas personas regresaban del trabajo. Se quedó mirando el escaparate de una tienda de bicicletas que había al lado del portal. Siempre quiso una de carrera, pero la abuela decía que la carretera resultaba peligrosa porque circulaban demasiados vehículos y camiones.

El anciano se demoró más de diez minutos. Cuando llegó le hizo un gesto con los ojos para que entrara y le siguiera.

—Es el quinto. Hay que subir a pie. El ascensor está averiado.

Le siguió en silencio. Reparó en que cojeaba levemente al andar. Mientras subían las escaleras pudo oír el ruido agitado de su respiración. Tras más de ciento veinte escalones, sacó unas llaves y abrió una vieja puerta. Los goznes emitieron un chirrido.

—Pasa.

El lugar desprendía un fuerte olor a cerrado. Hacía tiempo que no se abrían las ventanas del piso. Cuando se encendieron las luces, lo primero que captó su atención fue el lamentable estado de las paredes. El papel con el que las habían forrado estaba sucio y desgastado. En el techo vio costras de moho.

—Es por las goteras. Es lo malo que tiene vivir en un ático.

El espejo del recibidor debía de tener miles de años. En la parte inferior observó una raja en el cristal de más de cuarenta centímetros. Un cristal roto equivalía a siete años de mala suerte. Avanzó en silencio. Las puertas de las habitaciones eran viejas y se apreciaban las diferentes manos de pintura.

—Pasa al fondo y no te cortes. Como si estuvieras en tu casa.

Mientras atravesaba el pasillo advirtió en la capa de polvo que cubría el suelo de parqué. Se fijó en las pelusas que campaban a sus anchas por las esquinas. Aquel viejo, además de un perverso, era un cerdo. En vez de pasar tanto tiempo sentado en el parque podía tomarse la molestia de limpiar un poco o de contratar a alguien para que lo hiciera en su lugar. Tuvo la sensación de que los científicos podrían hallar bacterias de la era jurásica entre aquellas cuatro paredes.

—¿Quieres tomar algo?

Acarició la empuñadura de la navaja y sonrió.

—No. Estoy bien.

El salón le resultó demasiado grande. Había un sofá de cuatro plazas en tan mal estado que creyó que lo habían sacado de un contenedor de basura. Los asientos estaban hundidos y deformados. Allí había puesto el culo tanta gente que ya no quedaba ni rastro del tapizado original. La goma espuma sobresalía de los almohadones. Se tranquilizó al comprobar que no había ningún muelle. La mesa sobre la que descansaba una televisión en blanco y negro debía de ser del siglo pasado. A su izquierda descubrió una ventana que daba a un patio interior. Al mover la cortina se formó una pequeña nube de polvo. Las persianas de los pisos que daban al patio se hallaban bajadas.

Juan Luis trajo una botella de coñac y tres vasos.

—Ya verás lo bien que lo vamos a pasar.

Tenía pensado atarlo. Iba a despellejarlo poco a poco. Se preguntó cuánto tiempo sería capaz de aguantar antes de que le diera un infarto.

Mikel se sobresaltó cuando vio a dos individuos salir de una de las habitaciones.

—Mirad lo que he encontrado en la calle —dijo el viejo tras acercarse y palmearle el hombro.

Tragó saliva y miró a los dos hombres que había frente a él. Uno tenía el pelo largo, llevaba una camiseta azul sin mangas con el dibujo de una calavera, mallas negras de nailon que se le pegaban al cuerpo como una segunda piel e iba descalzo. En su rostro, alargado, divisó una cicatriz que descendía desde la ceja izquierda hasta la mandíbula. Le recordó a una mala réplica de Al Pacino en *El precio del poder*. Se fijó en sus bíceps. Estaban fofos como una masa de gelatina. En ambos antebrazos se había tatuado una cruz gamada. Sus ojos poseían la tonalidad del carbón y le estudiaron con suspicacia. Debía de tener entre treinta y cinco y cincuenta años y le sobraban más de una veintena de kilos.

El hombre que se encontraba a su lado era bajo, con cara de hurón y estaba en los huesos. Llevaba puesta una gorra del Real Madrid, una camiseta sucia que estaba rota a la altura del ombligo, un pantalón de chándal que le venía grande y calzaba unas viejas deportivas. Sus manos se encontraban manchadas de pintura y eran tan grandes que parecían garras. Pero lo que intimidaba era su rostro. Pálido, huesudo, como un vampiro que estuviese esculpido en hueso.

No se le había ocurrido que el viejo pudiese estar acompañado. Aquella intromisión no entraba en sus planes. Le habían preparado una encerrona. Él solo se había metido en la boca del lobo. La primera idea que se le ocurrió fue esgrimir cualquier excusa para marcharse de allí cuanto antes.

—No te preocupes. Estamos entre amigos.

—¿Ah, sí?

—Te presento a Rafa y Edu. Son unos tíos muy cariñosos. ¡Los cuatro lo vamos a pasar de puta madre!

Deseó que le hubiese tragado la tierra.

El tío de la gorra del Real Madrid encaminó sus pasos hacia el pasillo. Cuando oyó el cerrojo de la puerta de la entrada, supo que se había metido en un lío bien gordo.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó el viejo.

Mikel se quedó paralizado y los miró como si no entendiera nada.

—Lo de siempre. Aunque este es un poco mayor, ¿no te parece?

Aquello no podía estar ocurriendo. Eran tres adultos contra él. Mientras no encontraran la navaja tendría una oportunidad. Debía actuar con astucia. El más peligroso, por su constitución física y por la forma en que se dirigía a sus compañeros, parecía ser el tipo de las mallas y los tatuajes. Había algo en él que no encajaba. Las greñas no concordaban con las cruces nazis.

—La carne fresca no abunda.

—¿Te ha seguido alguien?

—No. Claro que no. Ya sabes que tengo mucho cuidado con eso.

—¿Qué es lo que queréis?

—Jugar un poco. No eres el primero que viene a esta casa —dijo el nazi mientras se frotaba las manos.

—Yo no quiero movidas ni rollos raros.

Extrajo los dos billetes que guardaba en el bolsillo y se los tendió.

—Ten, tus mil quinientas pesetas. Me marcho y... como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Le has pagado?

—Sí.

—Pues Edu y yo se lo haremos gratis.

—¿Puedo ser el primero? —dijo el viejo tras quitarle los billetes.

Había lujuria en sus ojos. Su mente debía de estar fantaseando con el universo de posibilidades que se le planteaban. Advirtió en el bulto alargado de la entrepierna. Era demasiado obvio como para que pasara desapercibido. El amigo de los niños estaba empalmado y le salivaba la boca. A Mikel le recordó a uno de esos vejestorios acodados en la barra de una discoteca mientras observaban cada ápice del cuerpo de las jóvenes gogós que meneaban el esqueleto en la pista de baile.

—De eso nada. Esta vez le toca a Edu. Después, voy yo y luego tú.

—Siempre soy el último.

—Así te lo dejamos bien lubricado.

Edu regresó y le sostuvo la mirada durante unos instantes. Estudió al joven con gran interés. Por sus ojos desfilaron un sinfín de emociones.

—Es mono el chaval —dijo acercándose.

Mikel apartó la cabeza cuando se dio cuenta de que pretendía acariciarle la cara. Se fijó en las picaduras del brazo, las patas de gallo y las marcas de acné que se hacinaban debajo de los pómulos. Sus ojos estaban enrojecidos y gesticulaba mucho. Se caló bien la gorra y esbozó una sonrisa infantil.

—Se resiste.

—¡Dale tiempo! Zamora no se conquistó en una hora —dijo su colega.

—Es como esos chavales que había en el talego, ¿te acuerdas? En cuanto les dabas un poco de caña en las duchas... se volvían unos viciosos de cuidado. ¡Lo vas a pasar muy bien con el tío Edu, pequeñín!

«¡Pequeñín, tu padre!», pensó.

Valoró sus opciones. Podía gritar hasta la extenuación y alertar a los vecinos para que acudiesen en su auxilio. Aun así, corría el riesgo de que entre los tres le redujeran y con unos cuantos golpes le silenciasen de inmediato. La única vía de escape era la puerta principal. Saltar por el patio de luces desde un quinto piso estaba descartado. Tenía que encontrar la forma de hacerse con las llaves de Eduardo o de Juan Luis. Debía mostrarse más sumiso. Si jugaba bien sus cartas puede que tuviese una posibilidad.

—Está bien. ¡Haré lo que me digáis! No causaré ningún problema —dijo mientras levantaba los brazos.

—Así me gusta, chico. Que cooperes.

—¿No estaríamos mejor en el dormitorio? —preguntó.

—El chico tiene iniciativa —dijo el tipo de las mallas.

—Al catre entonces.

Edu le condujo hasta una puerta cuyo pomo estaba roto. La abrió de un empujón y los dos entraron. Juan y Rafa se quedaron fuera. Decenas de recortes y fotos de chicos desnudos decoraban las paredes. La habitación contaba con una cama cuyo somier estaba hundido y una mesita de madera, con un par de cajones, sobre la que descansaba un flexo.

El cuarto le resultó claustrofóbico. A ello contribuía el hecho de que no hubiese una ventana. Reparó en las sábanas y estuvo a punto de vomitar a causa del nauseabundo hedor a pies y a sudor que desprendían. Las mantas se hallaban desperdigadas por el suelo. En una esquina de la habitación vio

varias jeringuillas usadas, una cuchara, un mechero y unas cuantas bolas de papel de plata. Edu debía de estar enganchado a la heroína. Se preguntó cómo se habían conocido aquellos tres mamarrachos. El trío debía de haber compartido celda en el trullo.

—¿Podría chutarme un poco? —dijo Mikel mientras trataba de ganar algo de tiempo.

—¿Chutarte? ¿Con qué?

—Con eso de ahí —dijo señalando con el dedo una de las jeringuillas.

—Como no sea con pegamento.

—Te podías enrollar un poco, ¿no?

—¿Te gusta el jaco?

—Le doy a todo: coca, anfetis, tripis, caramelos, pirulas, chocolate.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues no tienes pinta de darle mucho.

—Las apariencias engañan.

—Eso es cierto. Aunque no lo parezca, yo lo estoy dejando, chaval.

—¡Sí, si se te ve muy bien!

Mikel estuvo a punto de echarse a reír. Se imaginó a un médico utilizando esas mismas palabras delante de un enfermo terminal que se disponía a iniciar una sesión de quimioterapia. La frase le resultó cuanto menos macabra.

—Me estoy desintoxicando. Pero, ya sabes, voy a mi ritmo. Poco a poco. ¡Sin prisas, tío! Porque yo controlo. De hecho, podría dejar toda esta mierda cuando quisiera.

—Te... te creo —dijo mirando de reojo hacia la puerta.

Edu comenzó a desvestirse. Tras quitarse la gorra y la camiseta, se bajó los pantalones del chándal y los calzoncillos con una asombrosa habilidad. Vio su esquelético cuerpo desnudo. Se le marcaban las venas y las costillas. Sintió repugnancia al divisar el colgajo de piel entre una selva enmarañada de vello. A su nariz llegó un pestilente olor a culo. Respiró profundamente. A aquel desgraciado le hacía falta una ducha.

Mikel reprimió las arcadas y se acercó. Nada más arrodillarse vio las costras de roña adheridas al vientre que se mezclaban con las picaduras y las cicatrices. Se inclinó hacia delante con lentitud. Su rictus, desencajado, adquirió una palidez mortal. En esos instantes, su cabeza dentro del retrete le pareció un grato recuerdo. Era asqueroso. Ese yonqui desconocía el significado de la palabra higiene.

—¡Eso es muchacho! A currárselo bien. Que no se diga.

Pensó en morderle el pene, pero en cuanto aquel desgraciado cerró los ojos, le bastó con sacar con disimulo la navaja del bolsillo de la sudadera. La abrió con la mano que tenía libre e imaginó que el vientre del hombre era un gigantesco globo que podía desinflarse de un momento a otro. Se la hundió en el estómago con todas sus fuerzas. La hoja atravesó la piel. Cuando alcanzó alguno de los órganos vitales, tiró de la empuñadura hacia arriba con determinación para que el estropicio fuera mucho mayor. Edu dio un grito, se retorció a causa del dolor e intentó golpearle con el puño de la mano izquierda para que dejara de hacerle daño.

Mikel sacó la navaja y lo miró con malicia durante un par de segundos. El pobre idiota no tardó en arrodillarse y se dobló como una endeble figura de papel. ¿Dónde estaban ahora sus agallas? ¿Dónde estaba el tipo duro que se jactaba de sodomizar a chiquillos en las cárceles?

La sangre manaba rauda por las rodillas. Pronto formó un pequeño riachuelo debajo de sus pies. El yonqui colocó las palmas de las manos sobre la raja de más de quince centímetros que se extendía a lo largo de su vientre con el fin de contener la hemorragia. Se fijó en que todo el cuerpo le temblaba y una sustancia roja se le escurría entre los dedos.

—¡Hijo de puta! —susurró jadeante.

Los ojos le sobresalían de las cuencas.

—¿Te gusta, eh? ¿Quieres más?

—Ca... cabrón.

—Luego estoy contigo.

Los gritos habían alertado a los otros. De modo que corrió hacia la puerta, se puso a un lado y contuvo la respiración. Los sorprendería cuando entrasen. Enseguida alzó el arma por encima de su cabeza y apretó los dientes. Escuchó el ruido de unos pasos acercándose. Un par de metros más allá, Edu no cesaba de farfullar sonidos ininteligibles mientras se debatía entre la vida y la muerte. Vio cómo intentaba ponerse en pie, pero las piernas no pudieron soportar el peso. Aquel cabrón había recibido lo que se merecía.

Cuando Rafa entró, Mikel tenía pensado clavarle la navaja en la garganta. Pretendía degollarle como a un cerdo. Sin embargo, el azar quiso que estrellara el filo de la hoja en el ojo. Después de eso, el cuerpo del expresidiario cayó hacia atrás igual que un fardo de patatas. Se oyó un ruido seco cuando el miembro de la raza árida se estrelló contra el parqué. Al mirar hacia abajo, vio que le había dado de lleno. No se movía. Se puso en cuclillas

y le tomó el pulso. No se lo encontró.

—¡Qué has hecho! —gritó Juan Luis, aterrado, al contemplar la escena.

El joven saltó sobre él y lo tiró al suelo. El viejo resultaba más manejable que sus compañeros. Juan se revolvió e intentó morderle para que le soltara. Pese a que le faltaban bastantes piezas dentales, le dejó las marcas en los brazos y en la pierna izquierda. Finalmente, le agarró del cuello y comenzó a golpearle sin piedad en la cara. Le dio un golpe detrás de otro. En el pecho. En el vientre. En las costillas. En los testículos. En el cráneo. En la entrepierna. Al cabo de un rato le dolían los nudillos y la cara del viejo se había convertido en una abultada masa de carne. Aún respiraba, pero tardaría en recuperar la consciencia.

Se puso en pie y se acercó hasta Edu. El drogadicto estaba en las últimas. Gimoteaba igual que un mártir.

—Lla... llama a una ambulancia.

—¿Una ambulancia?

Oyó el agitado ruido de la respiración.

—Sí, por favor.

El brillo de sus ojos se había apagado casi por completo.

—Mejor a un cura, ¿no crees?

—No me hagas esto, chaval. ¡Joder!

Tenía la mirada perdida en la pared y el semblante descompuesto. Además, gemía cada poco.

—¿Qué se siente cuando te estás muriendo? —le preguntó intrigado.

—¿Qué siento?

—Sí.

Mientras le observaba, John Wayne Gacy seguía presente en sus pensamientos. Se preguntó qué es lo que habría hecho él con esas bestias. Probablemente, le habría disgustado que hubieran muerto con tanta celeridad. Él los habría atado, torturado y sodomizado durante horas. La idea de violarlos le revolvió las tripas. Se podían emplear otros métodos más sofisticados para que una persona sufriera lo indecible. Tan solo bastaba con recurrir al ingenio.

—¡Que te den, cabrón! —dijo tras toser.

Se quedó viendo cómo se le iba la vida. Después, con más tranquilidad, inspeccionó el resto de las dependencias. Le llamaron la atención algunos de los objetos que encontró en el armario de una de las habitaciones. Se fijó en las canicas, la muñeca de peluche con rostro de chochona, el balón de fútbol,

la comba y el álbum de cromos de jugadores de la Liga.

¿A cuántos niños habrían llevado a aquella casa?

Cogió una caja de puros que había en el segundo cajón. Al abrirla, descubrió decenas de fotos en blanco y negro. En ellas aparecían los tres, desnudos, mientras mantenían relaciones sexuales con niños. Las fotografías le parecieron repugnantes.

¿Desde cuándo llevaban realizando aquellas prácticas? ¿Nadie se había percatado de lo que sucedía detrás de esas paredes?

Cuando el viejo despertó, una sonrisa se perfiló en el semblante de Mikel.

—¿Por dónde íbamos?

Acabó con su sufrimiento dos horas más tarde. Para entonces, el cadáver del anciano estaba irreconocible. Le había cortado la nariz, las orejas y los párpados. A continuación, le había amputado las falanges de los meñiques y le había obligado a comérselas. Mientras lo hacía, le llamó la atención el mal olor. Juan Luis se había cagado encima. Antes de morir le confesó que estaba arrepentido. Él no pretendía hacer ningún daño a los niños. Tan solo les daba amor.

Por último, fue a la cocina y revisó los cajones de las estanterías. Cogió unas cuantas botellas de aceite y las vertió por las habitaciones. Entre la ropa del orondo nazi encontró un encendedor. Cuando salió a la calle, oyó que alguien gritaba desde la acera de enfrente:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Después de aquellos tres idiotas vendrían más.

Un exmiembro de ETA al que torturó, descuartizó y enterró en el bosque.

Cuatro directores de banco que habían arruinado la vida a decenas de miles de preferentistas. Entre ellas a su abuela Trini que lo había perdido todo.

El número 34.579 se convirtió en su firma.

La prensa le bautizó como el Asesino Numérico.

Hoy en día, hay algo que le reconcome por dentro. Todavía no ha podido encontrar al asesino de sus padres.

EPÍLOGO

—Ha vuelto a actuar. En esta ocasión por partida doble. ¡Ese tío es un puto carnicero! —dice Juan Carlos, el Siniestro, mientras examina uno de los cadáveres que un grupo de jóvenes que paseaba por los alrededores ha descubierto.

La policía ha acordonado la zona y hay varios investigadores peinando cada centímetro cuadrado del descampado.

El inspector Ramírez se pone en cuclillas y observa el cuerpo. Hay decepción en sus ojos. Hasta el momento no ha hecho demasiados progresos. Tiene la impresión de que pronto le apartarán del caso. Se fija en el número que el asesino le ha grabado en el pecho y mira desconcertado a Marta, la ayudante del forense.

—¿Habéis encontrado algo inusual? ¿Algo que os llame la atención?

Ella se encoge de hombros mientras examina los dedos del fiambre.

—Uno de ellos tiene un balazo en el hombro y, por los cortes que presenta en el tórax y en las piernas, todo indica que ha sido torturado hasta la muerte. Del otro cuerpo aún estamos buscando la cabeza.

—Volverá a matar —dice el Siniestro.

A lo lejos se escucha el ruido de las sirenas.

AGRADECIMIENTOS

¡Muchas gracias por leer Salvajes! Espero que hayas disfrutado con esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola.

He puesto mucho empeño en que esta edición sea lo más perfecta posible, sin fallos de ortografía o de edición, pero puede haberse escapado alguno. Así que te pido ayuda.

Si encuentras alguna errata, envíame un correo a rubengoled@gmail.com para incorporar esa corrección en la próxima versión del libro.

Como agradecimiento, recibirás completamente gratis un ejemplar electrónico de uno de mis libros.

Si quieres estar al tanto de mis próximos proyectos literarios puedes encontrarme en Twitter:

[@Ruben_Gozalo](https://twitter.com/Ruben_Gozalo)

Por último, si te ha gustado Salvajes (y si no te ha gustado, también), me encantaría conocer tu opinión. Por eso, te invito a que dejes un comentario en Amazon y me digas qué te ha parecido. Tus reseñas me ayudarán a mejorar mis libros y dar a conocerlos a otros lectores. ¡Muchas gracias amig@!

Rubén Gozalo (1978) es autor de las novelas Lobos, Nada que perder, Cuervos, Maldad, Salvajes y de los libros de relatos Dosis comprimidas y La snuff y demás historias.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.